

Socorro Venegas

Leche de silencio

Me da...
Para...
La casa...
fue a...
hacer...
Siento...
dual...
Por...
si me...
la bolita...
y ustedes...
don...
los...
que...
disposición...
solo...
con...
si...
h...

en la mano...
asarse con...
su opinión...
os...
favor de...
Defiende...
digan si...
que para...
usted...
Podrían

Contestación

Socorro Venegas



Socorro Venegas

Leche de silencio



Socorro Venegas, *Leche de silencio*
Primera edición digital: abril de 2026

ISBN epub: 978-84-8393-732-7

Colección Voces / Ensayo 388

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

© Socorro Venegas, 2026
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

© De la tipografía del glifo: Leonardo Vázquez, 2026

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2026

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

NOTA DE LA AUTORA

Cuando mi editor me pidió definir este libro me preguntó: «¿Memorias?, ¿autobiografía?, ¿ensayo?, ¿ficción?». Yo pienso en este libro como un híbrido. Durante algún tiempo lo llamé el *lhíbrido*, pero mestizo es una palabra que lo define mejor; porque *Leche de silencio* puede tratarse de memorias poéticas, de un ensayo imperfecto, inestable, de una autobiografía imaginaria, una novela sin ficción, incluso de una correspondencia, entendida como un intercambio emocional muy intenso. Soy una escritora mestiza, como todos lo somos al apropiarnos de distintas voces y corrientes. Esta última palabra me gusta porque la asocio con afluentes, eso soy: un río de voces, de sangre y memorias que me dan identidad. Aquí, y más adelante volveré a hacerlo, me pregunto si es necesario clasificar una escritura que quiere ser un gesto: el de poner una flor, por última vez, en el pecho de un amado.

Una parte de mí hubiera preferido que se publicara en una colección simplemente llamada Literatura, porque me gusta pensar que el mundo indígena no solo es materia prima para el ensayo antropológico, los estudios de lingüística, los sitios de la taxonomía. Y me gustaría que la existencia de los pueblos originarios tenga más valor en la imaginación, que ocupe más espacios en la literatura actual. Estas páginas son mi contranarrativa.

No una parte, sino todo en mí agradece que Páginas de Espuma sea la casa donde se comprenda y abrace mi libro.

Y hablando de gratitud: el niño que sonrío en la fotografía es mi hermano Ricardo y es un maravilloso poeta. Aunque sobrevivió conmigo muchas de estas historias, no escribo acerca de él. Tal vez un día quiera contarle a su manera. Respeto y espero su voz.

SOCORRO VENEGAS

*Mi madre al fondo del
camino; me apresuro,
verla, contemplar su vida.*

Saito MOKICHI

*... Y entonces, coléricos, nos desposeyeron, nos arrebataron lo que habíamos
atesorado: la palabra, que es el arca de la memoria.*

Rosario CASTELLANOS

*Hago la prueba del dolor. Lo mismo que un médico, para saber si está muerto,
pincha un músculo, así pincho yo mi memoria. Quizá muera el dolor antes de que
muramos nosotros. Eso, si fuera así, habría que difundirlo, pero ¿a quién? Aquí no
habla mi idioma nadie que no vaya a morir conmigo. Hago la prueba del dolor y
pienso en las despedidas, cada una fue distinta.*

Christa WOLF

A Marcelo, una memoria de sus madres

*A mi madre, mi tía Sara y mis abuelas,
que nunca más sean confinadas al silencio*



EN LA COSMOVISIÓN NAHUA ESTE ES EL GLIFO DEL VIENTO,
UNA VOLUTA QUE REPRESENTA AIRE, ALIENTO, SOPLO. VOZ.

I

DI LA VERDAD

–Me fui porque tenía hambre.
Responde con voz queda y espaciando las palabras.
Me llevo a los labios el vaso de agua, un puro reflejo. No hay entrada en mi cuerpo para algo que no sea su voz.
Acabo de preguntarle por qué se fue de su pueblo siendo tan niña.
Por qué estaba tan segura de que lo mejor que podía hacer era irse.
Por qué no aguantó hasta crecer.
Por qué su mamá no la retuvo.
Yo qué sé del hambre.
–¿Y no sentiste miedo? –Su mirada es la de quien sabe que diga lo que diga no será comprendida.
Insisto:
–Me cuesta imaginarme a esa edad abandonando la casa. Ni te imagino dejándome ir.
–Tenía harta hambre. Mis hermanitos andaban todo el día detrás de mí, y yo sin nada para darles... –Responde con una mano extendida en la que empieza la cuenta de sus hermanos, uno, dos, tres... no termina de contar.
Cómo será el cansancio, el desconsuelo de no poder saciar a los que quiero.
Qué tamaño de hambre saca a una niña de su familia, su casa, su pueblo.
Sus pupilas de obsidiana me devuelven mi rostro, me dejan sin aliento para la otra pregunta, que no haré.
Debe de haber otra razón y quisiera encontrarla en sus ojos.
Acumulo una nueva culpa, pero no es por mi ignorancia de esa atroz precariedad. Es porque siento que hay algo que no me dice.
Elia, digo para mí el nombre de mi madre, ¿qué te amenazaba?



Erri De Luca escribe: «En el nombre del padre: inaugura la señal de la cruz. En el nombre de la madre se inaugura la vida».

Es el verano de 2022 y llevo ya algún tiempo acumulando lecturas. Busco textos sobre lengua, migraciones, destierros, memoria. Desde mi primer libro de cuentos persigo este viaje ancestral. Busco la vida de Elia. Otras historias me atraviesan y las escribo: el alcoholismo de mi padre, la enfermedad de mi hermano pequeño, infancias rotas, duelos inacabables. Pero también leo y frago preguntas sin enunciarlas, me dedico a vuelos de reconocimiento. Ahí todavía no puede haber escritura, solo la observación de mi pena, como escribió C. S. Lewis acerca de la muerte de su mujer, un testimonio que también es el de un amor observado.

Me acompañan otros libros y no sabía, hasta que empecé a escribir estas páginas, que mis muertos vendrían a ejercer su derecho a hablar, en la lengua franca que convoca a los vivos. Incluso ellos tienen un derecho a decir, a ser reconocidos en sus islas remotas. Me vuelvo un umbral para esas voces y las de mis ancestras, incomprensibles e íntimas.

Entre las voces, la de Elia es cardinal. Encarna lo que soy y lo que han sido las mujeres que me anteceden.



Es verano y cantan atronadoras las cigarras. He abierto todas las ventanas de la casa y entra el aire de la montaña. Se dice que ese canto atrae la lluvia, y pronto comienzan los pájaros a volver a sus nidos. No puedo pensar en términos de propiedad: estos árboles donde anidan aves rojas, de belleza incalculable, no pueden ser míos. O los bambúes que planté insignificantes y ahora prosperan en una sombra imponente que magnifica la voz del viento. Nada es mío. Comenzamos la construcción de esta casa hace diez años, vi cada bloque de adobe nacer de esta misma tierra, la obra fue avanzando si había dinero, se detuvo cuando hizo falta. Nos robaron algunas vigas de madera y fue costoso instalar celdas solares, pero al final logramos que la casa hiciera poco estropicio en esta montaña: recuperamos agua de lluvia en una cisterna, casi todo el año sobrevivo con esos litros venidos del cielo, ahorro electricidad, el baño es seco: aquí no se ensucia el agua. Heredo y honro el pensamiento de un sacerdote católico vienés que compró estas

tierras en Ocotepc, pueblo aledaño a Cuernavaca, y soñaba con comunidades autolimitadas tecnológicamente. No conocí a Iván Illich, pero junto con otras personas le compré a su heredera, la monja que fue su compañera de vida en los últimos años, Valentina, un pedacito de tierra en este pueblo, y leí sus obras y me comprometí a vivir de cierta forma que él imaginó, pero ya no alcanzó a ver. Le damos un nombre a este conjunto de casas sin murallas, donde estar a la vista de los vecinos es precisamente lo que nos protege: Ecotepec.

Los fines de semana llego manejando desde la Ciudad de México; vivo y trabajo allá. En ocasiones, apenas entrando a Cuernavaca, voy por Elia a su casa y venimos a la mía, o quedamos en un café.

Se sienta en la mesa del comedor. Preparo té de jazmín, pero antes de servirlo tengo que abrir camino, apilo los libros llenos de papelitos de colores que separan páginas, mezclados los que ya leí con los que me falta leer. Me mira maniobrar y comienza a pasarme algunos hasta que tenemos una decorosa área despejada. Se acerca la taza a la nariz, oler la infusión es lo que más disfruta. Bebe casi cuando se ha enfriado.

Las campanas del pueblo comienzan a sonar, se escuchan también los cohetes que anuncian una celebración. Algunos domingos también se oye a la distancia el sonido de la misa que se transmite por altavoces. Un telón de fondo que no estorba nuestra conversación.

Le hablo de este libro. Solo puedo escribirlo con ella, a su lado, entre nosotras.

Necesitaré que me cuente algunas historias que no sé, que pensé que sabía, que no recuerdo del todo o que simplemente me gustaría escuchar otra vez. Se trata de volver a la infancia, ese principio.

Invito a Elia a que anidemos juntas. A buscar en su memoria y en la mía. En su lengua y en la mía.

Suspira profundo. Me mira sonriendo.

—¡Híjole! Hay muchas historias.

No sé si la frase queda inacabada.

Sé que le gusta la idea cuando de pronto enumera alborozada lo que va a contarme, en un afán de organizar, como cuando se deleita describiendo los guisos y comidas que piensa cocinar.

—Te voy a contar de tu abuelo Gabriel, que un día desapareció, así nomás, y de tu abuela Ana, que se quedó solita... De mis ocho hermanos, los más

chicos que andaban detrás de mí con hambre. De Sara, que no escucha y no habla, y le encanta poner música a todo volumen. De mi abuelito, el papá de mi mamá, que también se llamaba Gabriel y anduvo en la Revolución. Se queda en silencio y añade: De tu papá... ¿quieres saber?

Pero hay otro silencio: no menciona al tercer Gabriel en esta historia, mi hermano.

Propongo:

–También escribiré lo que recuerdo. Vamos a juntar las historias.

Le brillan los ojos.

–¿Estás leyendo esos libros para escribir esto? ¿Estudias, como cuando tu papá te compraba las enciclopedias...?

Estudiar es exactamente lo que hago, con esos libros y con mis recuerdos.

Se levanta para servirse más té. Al pasar junto a mí deja que unas palabras tiemblen en el aire aromado del jazmín:

–Te contaré por qué cuando era niña me fui de mi casa.

Una estela sombría recorre las habitaciones mientras leo y releo acostada bocabajo en un sillón esa novela francesa salida de quién sabe dónde. Mi padre atraviesa la sala de la casa en silencio, aquel silencio del duelo.

Comienza a abrirle la puerta a cada vendedor de enciclopedias, esos que exhiben sus catálogos relucientes. Los invita a pasar. Les prepara agua de limón. Se deja convencer de la bondad de la *Enciclopedia Quillet*, cuatro tomos rojos; Bellas Artes, 10 tomos, tapa dura, papel couché, láminas preciosas; Ciencias, 12 libros de cubiertas verdes, papel bond y láminas en color; la Temática, 12 tomos, y el Libro del Año, un anuario de lo más especial que ocurrió en el mundo. Y los tres diccionarios Larousse. Compra a plazos. Mi madre refunfuña. Y luego la llegada del librero grande, de madera olorosa, que ocupa una pared del departamento de interés social en el que vivimos. Mis padres, pensativos, contemplan algo que nunca existió en las casas donde crecieron.

Ahí están todos esos libros y no los agradezco. Yo necesito novelas, el mundo de lo verificable me es ajeno, no lo quiero y no me quiere. Solo cuando me aburro o necesito hacer una tarea escolar visito esas páginas, pero sigo prefiriendo la biografía novelada de Abraham Lincoln, un obsequio que acompaña la adquisición de alguno de los compendios. Aprendo todo de la batalla del Potomac, del asesinato en el balcón del Teatro Ford...

Y mi padre, ¿a quién iba a pedirle una recomendación sobre qué libros comprarle a la hija que le quedaba? El universo ya estaba organizado, es lo que anunciaban esos folletos que traían hasta la puerta del hogar; él los recibía con avidez.

Solo ahora puedo agradecerse. Me he pasado la vida buscando el abrazo de más y más libros, cómo no van a acompañarme también en esta travesía.

Que una vida se haya vivido no la vuelve previsible.

Hay que ver cómo recordamos, Elia y yo, cada una a su manera. ¿De veras estuvimos juntas mientras esto sucedía?

Me gustaría narrar aquí con la liviandad del vuelo excéntrico de una mariposa. Una memoria que salta, enlaza lo fortuito.

No estoy preguntando si mis recuerdos son verdaderos. No sé qué estoy preguntando. Igual que un pájaro, junto ramitas para construirme un refugio, ahí voy a resguardar lo que nacerá. Todavía no sé cuál será su forma. Recordar como si el presente pudiera blindarnos del pasado. Escribir como si la fragilidad de la infancia nos hiciera invulnerables.

¿La memoria es un lugar seguro?



Mis conversaciones con Elia solo pueden ocurrir en español, mi lengua materna, pero no la de ella. Me pregunto qué se perderá entre los renglones del habla. Qué modo del silencio no comprenderé. En el fondo, trato de medir la distancia que nos separa.

Fui privada de mi habla primigenia. Es como si me hubiera perdido de la más real, la auténtica lengua. La que me daría pertenencia entre las mujeres de mi estirpe. La lengua que me ha sonado ajena la mayor parte de mi existencia quizá sea lo más mío. Una heredad, algo que me fue quitado.

El náhuatl, una lengua de leche y miel, una sobreviviente. La que más se habla en México, todavía. Existe una palabra para describirla, tomelatlahtol: «nuestra lengua verdadera».



Le explico a Elia:

—A veces voy a dejar que los autores de estos libros hablen aquí, cuando sea necesario.

—¿Y lo que yo te diga en náhuatl, cómo vas a escribirlo?

Alzo las cejas. Cómo voy a escribirlo si no sé ni hablarlo.

—Así como lo digas. Y después vemos, ¿no?

—Sí. Y también puedes buscar a tu amigo.

Se está refiriendo a Miguel, que sabe náhuatl. No ha olvidado que un día, bromeando, le dije que en otra vida me habría casado con él solo para darle la sorpresa a la abuela de presentarle un marido que la saludara en su misma lengua.

Miguel publica libros donde recupera leyendas e historias que le cuenta gente de su pueblo, también narra lo que vivió tierra adentro mientras trabajaba actualizando mapas para un instituto nacional. Él escribe, traduce al y del náhuatl, ilustra, edita e incluso ha pagado la impresión de páginas que a veces no encuentran lugar ni siquiera en editoriales institucionales. En cambio, muchos de los volúmenes sobre mi mesa han sido traducidos del inglés, el francés, el alemán, el chino.

Amoxtli, dice, es el vocablo nahua para decir libro: un objeto que en la antigüedad se producía con hoja de maguey, con tinta negra de huizache; o en papel amate y piel. Suele saludarme así: ¿Xitlapoa moyolo? «¿Qué dice tu corazón?». Un día fija el tiempo de este modo: «En la ida de la luna, cuando está llena y mengua».



—En lo que voy a escribir te llamaré Elia, no mamá —digo con mucho tiento—. Y a Ana a veces la llamaré así o abuela. Mira, es para tomar cierta distancia. Si no, no voy a poder contar todo.

–¿Por qué? –pregunta juntando las manos sobre el pecho.
–Verás, me gustaría sentirme con libertad para escribir sobre ustedes dos, pero no quiero hacer sus biografías, necesito poder imaginar también.
Asiente.
–¿Si no nos acordamos de algo...? ¿Lo inventamos?
–Lo inventamos.
–¡Qué va! No necesitarás inventar nada. Hay tantas historias...
Nos callamos mientras vuelven a repicar las campanas.
–Mi nombre en un libro tuyo... –dice sonriendo.
¿Está orgullosa?

Me mira confiada. Necesito que confíe en mí. Me prometo poder con el peso de las revelaciones. Me prometo contarle todo como yo lo vi y también liberarme de lo que ella no quiera que acabe en estas páginas.

Sería un buen momento para abrazarnos, pero es algo que casi nunca sucede entre nosotras. No fue con ella que aprendí a acariciar.



Tengo nueve años y estoy en medio de una escaramuza de pájaros que se hablan, ríen, gorjean. No entiendo su idioma. Las aves salen de las bocas de Elia y de Ana, y se vuelven aire, luz, transparencia. Las pierdo. Me pongo de puntitas porque a lo mejor si subo hasta ellas, si me acerco al lugar de donde emergen, voy a atrapar alguna palabra que también sea mía, voy a comprender. Pero no. Pierdo el equilibrio y caigo en brazos de Elia, que me aparta distraída, y sigue y sigue hablando. Qué es lo que dicen, pregunto, y Ana, mi abuela, me calla con un gesto.

Expulsada del cuerpo materno. Otra vez.

Un desprendimiento. Nacer de nuevo. Elia tiene esa voz distinta, y yo estoy ahí, en medio, mirándolas. Se han convertido en extrañas. Su lengua. Incomprensible. Privada. Una habitación que solo las contiene a ellas. Ríen de otro modo. ¿Cómo pueden guardar tantas palabras desconocidas? ¿Por qué yo no las tengo? ¿Cuando crezca también me saldrán de la boca?

Son y no son las que solía conocer.

Quizás lo más fascinante es el rostro luminoso de Elia, no puedo dejar de mirarla. Un día entenderé que eso es el placer de abandonarse a una lengua, de dejar ir la voz como un río que emerge y hace sonar cristales. Su lengua. No cuidarse de los intrusos que pueden estar oyendo. Escucharse a sí misma, pájaro enamorado.

Soy una cría despojada del nido, en la quietud donde no hay lenguaje, deslenguada. No es conmigo esta conversación. Las miro. Ademanes que apuntalan alguna idea, la forma en que mi abuela adelanta la barbilla, la mirada sesgada de Elia. Por primera vez puedo imaginar cómo me veo desde afuera, quieta y callada, alejada de mi hermano pequeño y de mis primas que me llaman al juego y al parloteo. Las palabras de Ana y Elia me han convertido en una niña anclada al silencio.

Sus voces son un cerco, no importa cuánto me quieran y me abracen esas dos mujeres. No les pertenezco.

Facciones suaves que se asemejan. Elia lleva el cabello corto, ondulado por la permanente, viste unos jeans que a Ana no le gustan. Eso sí lo he entendido desde el día en que llegamos. El cabello largo de mi abuela es negro aún. Igual que ella, me peino con dos trenzas largas. ¿Me crecerán así las orejas cuando sea mayor? Su vestido es sencillo. Más mujeres en el pueblo visten de ese modo, blusa blanca y falda larga, azul oscuro, o negra, y una cinta roja en la cintura; lleva ixcacles, el tradicional calzado tejido con fibra de maguey. ¿Vendrá de este nombre la costumbre de llamar *cacles* a los zapatos?

Ana me regalará un par que me empeño en usar, pero me pican, trato de tolerar la comezón, las ronchas. Lo mismo me ocurre con los suéteres de lana o con las sábanas que no son de algodón. «Qué delicada», suele decirme Elia, y trata de solucionarlo con remedios caseros, la última vez usó jugo de limón. El escozor aumenta, me retuerzo, aprieto los labios, no quiero llorar. Al reproche en su mirada agrega frases cortantes que me llevan a esconder las ronchas. Si no pienso en ellas, se irán.



Cuando comencé a escribir este texto pensé que sería un ensayo, pero la voz de Elia entra y lo modifica todo. Es poderosa, presente, viva. No es una

cifra ni el fantasma del indígena despojado de los discursos políticos. Es el latido profundo del presente. Una niña a la que le arrancaron la lengua, y mucho más. Se entrelazan aquí su voz, tantas voces que abren paréntesis, entradas a universos que me reclaman y me conmueven.

Las escucho hablar en náhuatl, es su única resistencia. Su mundo aparte. La singularidad de quienes saben que todo se desvanece, pero le dan palabras irrenunciables al viento. Son aves cautivas que mantienen vivo un canto desde hace más de quinientos años.

Sus nombres son dadores de vida. Ana, escribo, Elia, y al nombrarlas las protejo. Las arropo con palabras, no tengo nada más. Procuro que mi voz las rodee sin aminorar, sin exagerar, sin edulcorar. Intento ser justa, lo mismo que el poeta mientras espera ante un estanque un recuerdo justo, que las ondulaciones en el agua honren la memoria, que haya correspondencia entre la fuerza con que ha caído la piedra y la expansión de esas ondas. Que las muestre en su verdad.



Como si lo hubiera abatido un rayo, Caístulo, un indígena wichí de la región andina, en Argentina, se desploma mientras camina por el monte. Cuando despierta, once horas después, parece haber adquirido el don de hablar en lenguas. Sabe canciones que le transmiten las madres, «eso que llamamos árboles». Leo *Un texto camino*. Alguien, que no firma, registra lo que Caístulo va diciendo mientras andan por el bosque. El poeta del Chaco, en Argentina, me enseña qué es lo que estoy escribiendo y por qué a esta hora:

*el sonido me va diciendo cómo pronunciarle es de tiempo atrás
que mis ancestros me estaban hablando enseñándome
en ese momento no lo completé
no pude completar
el trabajo de hacer saber conocimiento
pero hoy sí
esa es mi tarea, ¿no?
y ustedes son mis nidos.*

No siempre se tienen oídos para escuchar.
Sigo la voz de mis ancestras. Las mujeres que me enseñaron la vida.
Vuelvo al nido.



Vuelvo a mis nueve años.
Ellas siguen su conversación y me hartó de no entender lo que dicen. Me encamino al solar, quiero sentir en mi cara las hojas de la milpa, el olor de la hierba y de los membrillos. Voy atontada, ciega, he estado mucho rato bajo el sol y me tropiezo con una muchacha mayor que yo, casi de mi estatura. Me mira con ganas de reírse. Escucho la voz de Elia. Dice que esa es mi tía Sara y vendrá con nosotros a Cuernavaca, que va a cuidarnos a mí y a mi hermano mientras ella y mi padre van a trabajar. Ya no tendremos que quedarnos en casa de la vecina.

Sara es blanca. Tiene ojos claros, su cabello ondulado y castaño le llega a la cintura. No se parece nadita a Elia, a Ana o a mí. Pone las manos en mis mejillas y las aprieta. Resopla, infla los cachetes, sé que quiere decir que estoy «llenita». Elia también me lo dice. Me río, Sara ríe, dientes parejitos, blancos. Ve que se me hacen hoyuelos y los taladra con los dedos. La dejo. Es la primera persona sorda que conozco. ¿Será verdad que no puede escuchar ni hablar? Qué tal si nos quiere engañar a todos. Me toma de la mano y se echa a correr. Al principio quiero resistirme, pero veo cómo va eligiendo el camino, evade las ramas que pueden rasguñarnos, las piedras, la caca del caballo, y me entrego a ese viaje tumultuoso en el que mi nueva tía lanza gritos atrapados.

Ya en plena carrera oigo a mis espaldas la voz que me previene:
—¡Sara no oye y no habla!

Cada vez que se necesite presentar a Sara resonará esa advertencia. Palabras que se quedan en un aire que ella dispersa con una risa caprichosa y que a mí me turban, como si permitiera una injusticia. Me apresuro a añadir:

—Pero entiende todo.

Sara tira de mí, no me resisto, voy riendo, piso donde ella pisa para no dañar el cultivo, esquivamos brazos de árboles, las flores que tanto cuida la abuela Ana. Nos detenemos sin aliento al filo de un pequeño acantilado. Veo mis zapatos cubiertos de lodo y siento bajo los pies la inclinación del suelo. Un paso más sería caer. Allá abajo es tan oscuro.

La primera palabra que Sara me enseña bajo el sol de agosto es su brazo cubierto por una pelusa dorada, como los duraznos, extendido hacia mí, y la mano alzada, los dedos bien juntos. Peligro, dice.



La abuela está tan contenta de que la visitemos por primera vez que nos da regalos a mi hermano y a mí. Cosas sencillas. Un sombrero que él no se quiere quitar ni cuando va a dormir. Elia me ve intentar usar los huaraches, el regalo que me correspondió, y rascarme porque su aspereza me muerde la piel. Creo que no sabe lo harta que estoy de soportar el escozor. Nadie, ni yo, espera que me descalce, pero lo hago y voy hasta donde Ana llama a las gallinas. Con cuidado, con devoción, dejo el par de ixcales a su lado y me alejo, camino sintiendo el alivio de la tierra húmeda bajo las plantas de los pies.

Entonces Ana dice la muletilla para confirmar algo que sabe de antemano.

—De por sí...

Elia se da cuenta y me toma de la mano, me lleva aparte para regañarme, no tenía que haber devuelto los ixcales, no costaba nada quedármelos.

—Sentirá que es un desprecio.

Acompaña sus palabras con un pellizco fuerte en mi brazo. Acepto sin chistar el castigo físico. No lloro. Aguantando sin quejarme, me he ganado un prestigio de niña madura y fuerte. Elia dirá con un orgullo raro que nunca lloro.

Es nuestro primer viaje a Hueyapan. Más adelante emprenderemos otras trayectorias que incluirán chamanes y médicos, ilusiones, actos de fe, ciencia.

Pero todavía no lo sabemos. Elia va a intentar todo para salvarle la vida a Gabriel, mi hermano, el que lleva el nombre de un abuelo y un bisabuelo.



En mi adolescencia odiaba que Elia me respondiera «No me acuerdo». Usaba esa respuesta a menudo, lo mismo si se trataba del paradero de las llaves de casa, de una fecha o de la ubicación de documentos importantes. Juzgaba que a propósito elegía el olvido.

Cuando necesito recordar su edad sumo dieciocho años a la mía. Así que tiene setenta mientras escribo esto. Siento que cada vez me le acerco más, acaso un día despierte y sean menos años los que nos distancien.

Cuéntame y sé como los poetas, que hacen hablar a los muertos, quiero decirle. Cuéntame del camino para llegar o abandonar una casa.

Resucito a la niña que fue. Pienso en los versos de Denise Riley. «A cada niño lo canibalizan sus años», escribe, en su duelo por el hijo perdido. Tal vez el adulto, para vivir, se alimenta de su infancia. Tal vez, igual que ocurre en las células, la autofagia permite la reparación. Resistir. Contamos historias como una expiación ante esos niños a los que sobrevivimos.

Imagino a Elia sin paredes que la protejan. La acuna el aire crudo, la visión de un volcán en un pueblo del estado de Morelos, ese sur de México pomposamente llamado la cuna de la Revolución. Tiene dos hermanos mayores y los dos pequeños que andan detrás de ella todo el tiempo, con quienes tiene que compartir lo que encuentre para comer.

—El doctor Miguel, de Zacualpan, daba consultas enfrente de nuestra casa. Tenía una ventana grandísima de madera. Nomás abría la ventana y me llamaba: ¡Elia! Me encargaba que le comprara un botecito de La Lechera y un pan cadeno, de sal, así de grande. Le pasaba todo por la ventana y me decía: espérame tantito. Cortaba una rebanada del pan, lo abría y le echaba la leche dulce. Ten, es para ti, me decía. Ese era mi pago. Y ya mis hermanitos estaban ahí conmigo, paraditos, esperando. Yo quería comer mi pan solita. No, no se podía.

Si había un camino, se lo abrieron por un corto tiempo: a la escuela. Le gustaba y no le gustaba ir, quería aprender, tenía esa avidez, esa hambre de

mundo que no ha perdido, pero era penoso ir descalza y lo era más recibir los castigos por hablar en náhuatl. La lengua entre los dientes, el hueco en el estómago, frenar el río de palabras. En el salón de clases se paseaba el profesor con una vara para reprender a quienes se les escapara cualquier vocablo no dicho en castellano.

Leo las memorias de Aharon Appelfeld, ahí relata cómo fue dejar de hablar su lengua materna, el alemán, para aprender hebreo tras haber pasado por un campo de concentración y quedar huérfano. Llegó a vivir a Israel en 1946 y recuerda la manera en que le impusieron un nuevo idioma, «por la fuerza». Un castigo era el aislamiento, la vergüenza del aislamiento. En la comunidad de Elia, la isla era el profesor, pero ese solo hombre les enseñó a las niñas y niños a sentir vergüenza por hablar en náhuatl. La lección era que ser blanco y saber castellano era superior a todo lo que ellos y sus padres y ancestros sabían. «... Cuando el idioma se extinguía en mi interior, sentí que mi mamá había muerto otra vez», escribe Appelfeld.

Pienso en retornos. En reparaciones. Si aprender tu lengua me resucitará en ti, en la abuela, si seré por fin esa hija y nieta que no tuvieron.

Mientras conversamos para escribir estas páginas, Elia ha recurrido poco al «No me acuerdo». Se esfuerza por evitarlo. La frase se agolpa en sus labios. La retiene. Calla. Tiende la mirada hacia algo que no puedo ver, encuentra muros, taladra, más muros, sigue. Vuelve. Vuelve con la fuerza de quien ha sabido cavar en su dolor. Eso nos ha dado a las dos más ímpetu. Hay tardes en que nos quedamos hablando sin notar que las sombras del tiempo transcurrido van llegando, a oscuras seguimos bregando en el flujo de aguas memoriosas. Ahí siempre es de noche.



«Todavía no», suele respondernos Elia cuando mi hermano y yo la miramos preparar su viaje, sola, y le jalamos el vestido y le decimos «¿Vamos contigo?». Aún no quiere llevarnos a su pueblo.

Dice que estamos muy chicos para hacer ese camino largo. Organiza lo que llevará, ropa, medicinas, dulces para los niños. Nos deja en casa, al cuidado de mi padre. Se va.

Cuando vuelve trae las manos llenas y un olor único, a humo y fruta. El olor de ir a Hueyapan, el pueblo solo imaginado. ¿Cómo serán los árboles que dan esos frutos, cómo será tener cerca un volcán?

Coloca sobre la mesa el tesoro traído de Hueyapan, tortillas hechas a mano, membrillos, elotes, chayotes cocidos, dulce de tejocote, ¿cómo pudo cargar todo eso? Gabriel y yo asaltamos las bolsas y mordemos el sol de agosto en cada durazno jugoso. La pila de trastes sucios y el desorden de la casa son su bienvenida. Elia canturrea mientras se dispone a limpiar. Hay un brillo en su rostro, una energía que se amansa día a día, cuando lucha con la cara larga de mi padre que detesta esas ausencias.

Mi abuela Ana nos visita muy poco, y no se queda más de una noche. Dice que escucha todo lo que ocurre allá, en su casa, y que los pollos y los perros y su padre la necesitan. Elia rezonga al escucharla mencionar a su abuelito. No olvida que dejó a Ana sufriendo con todos sus hijos y un marido borracho.

No recuerdo que en esa época la abuela se haya comunicado conmigo o con Elia en algo distinto al español.

Le pregunto qué la hizo decidirse a llevarnos por fin a su pueblo.

—Ya tenías nueve años.

¿Cuándo escuché su historia por primera vez? Quizá solo fue despertando en mí, como una criatura que abre los ojos a un mundo enorme, imprevisible. No sé en qué momento la entendí y adquirió peso y forma. Cuándo sentí esta admiración por Elia, una emoción nueva, apenas comprensible. Una historia semejante a una supernova, estallido y eclipse, y tiene nueve eternos años aluzando, como dice Elia, en nuestro cielo.



Después de aquella primera vez en que nos lleva a Hueyapan, volvemos al menos en un par de ocasiones, aún sin saber que en Gabriel se arraiga una enfermedad terrible. Mi padre, muy ocupado, no nos acompaña.

El calor es tremendo en la estación de Cuautla. Elia avanza lidiando conmigo y con mi hermano, con las bolsas donde lleva ropa, comida, cosas para su familia, y en ese trayecto agitado nos dice agárrense de mi falda o se van a perder y no los voy a encontrar. Nos aferramos, pero también miramos los puestos de comida, las ollas inmensas de arroz coronadas con huevos

cocidos, perfectos, blancos y brillantes, o con chiles capeados rellenos de queso.

Abordamos esos camiones con puerta al final de los últimos asientos y por donde toca bajar; el vehículo cuenta con fierros en el techo para que la gente ate ahí lo mismo gallinas o guajolotes, gallos de pelea, cerdos, chivos. Los autobuses son de la Estrella Roja. La estrella fugaz que va de Cuautla hacia ese pueblito más al sur, más allá, profundamente, una mirada ansiosa en busca del volcán.

El camino sinuoso pasa por otros pueblos antes de llegar. Yecapixtla, donde comercian con cecina y artesanías; Tetela del Volcán, que es la cabeza del municipio; Alpanocan, que pertenece a otro estado, eso ya no es Morelos sino Puebla, y se nos atraviesa rumbo a ese rincón del mundo, esa cavidad del dolor de mi madre. El más secreto.



No existe un momento decisivo, algo que sea el germen de estas páginas. Los puntos cardinales de mi escritura recorren mis venas. Elia, Sara, Gabriel, la abuela, mi padre. Ellos son lo que imagino, lo que he soñado y detestado y anhelado. Sus voces se escriben en mí.

No se trata de vaciar sus historias. El desafío es cómo contarlas y comprender quién carajos soy yo entreverada en ellas.

Cuando Linda Gray Sexton le dijo a su madre que quería escribir, ella, la poeta suicida Anne Sexton, le dio este único consejo: «Di la verdad».



Una niña cabe en cualquier sitio, menos en el mundo.

Elia tiene que mantenerse a distancia, no estorbar, tampoco desaparecer por si la necesitan para un mandado.

Su padre bebe cervezas con un amigo afuera de la casa y no se dan cuenta de su presencia.

Elia busca un tronco viejo sobre el que se acuesta bocarriba, sin apoyar la cabeza se desliza hasta el extremo para dejarla suspendida y poder mirar todo al revés.

–Me encantaba ver las cosas así, son tan diferentes. Y me gustaba hartito oír a mi papá que platicaba con su amigo en náhuatl, porque a mí no me hablaba así.

La misma voz, pero otros acentos, ¿hacen un padre distinto?

–Se sentaban y estaban platicando afuerita, así, sobre una piedra. No tuvimos nunca una silla. Solo unos banquitos de madera muy chiquitos.

Escucha embelesada la voz que le nace distinta a su padre, no habla así con sus hijos, cuando de pronto se atraganta con el dulce que tiene en la boca, un caramelo en forma de corazón, y se levanta como puede. Llega hasta donde están los dos hombres.

El remedio es ponerla de cabeza, otra vez, su padre la sujeta de los tobillos y le da fuertes palmadas en la espalda, hasta que arroja el corazón de dulce. Ella no olvida que mientras maniobra el abuelo grita «¡Mi hija, mi hija!», pero no recuerda en qué lengua.

–Si dudas tal vez es porque lo dijo en náhuatl, ¿no crees?

Menea la cabeza pensativa, se pone las manos en las sienes.

–Aquí adentro él solo me habla en español.

Luego coloca una mano sobre el pecho:

–Tu abuela habla aquí.



La niña –no quiero olvidar que es una niña– se levanta temprano a prepararse un baño, enciende la leña para calentar el agua. La media con agua fría en una cubeta que carga desde el patio hasta el cuartito cuyas paredes son unas telas remendadas. Su madre va dos veces a preguntarle por qué tarda tanto, necesita ayuda en la cocina, la esperan sus hermanos para que les enrolle las tortillas de maíz en tacos con sal, para que controle que solo se coma un taco cada uno, no alcanza para más. Hay que curar una rodilla, ir a comprar azúcar. Tareas de hermana mayor.

Pero Elia no se apresura. Con una piedra volcánica, porosa, talla sus pies, sobre todo los talones, donde el engrosamiento de la piel es mayor. No usa zapatos, y para su viaje quiere ir lo más limpia posible. Lava su cabello negrísimo. Lo deja secar al aire y con el peine de madera que es solo suyo, casi lo único suyo, se desenreda los mechones para tejer una trenza.

Días antes, descubre algo que la deja asombrada: un camino es un seguro péndulo que lleva y devuelve. Así lo usa una joven mujer a la que ha estado observando: viene los viernes, se va los domingos. Se llama Pascuala, va a trabajar a la ciudad y retorna cada cierto tiempo, siempre un viernes, con bolsas llenas de víveres para su familia. Trae peinados y vestidos bonitos. Usa zapatos. La boca roja. Cada vez que la ve descender del transporte en la plaza del pueblo, Elia se pone las manos sobre las mejillas, emocionada. Va saltando a su encuentro, le ayuda con sus bultos, la acompaña a su casa.

Elia, detrás de Pascuala, carga una bolsa con la despensa para los papás, que ya son muy mayores. Salen a recibirlas, los perros se les suben, los alejan amorosas. Invitan a Elia a entrar en la casa, le convidan lo que haya de comer. Alguna vez Pascuala le confía que nunca se casará porque su hermana mayor murió dando a luz. Lo dice con muecas de horror. Ahora es hija única y trabaja para cuidar de sus padres.

—Era bien buena gente, Pascuala. No sabía hacer daño. Todo le daba a sus papás.

Yo quería ser como ella, ¡aunque salí más canija!

La niña Elia comprende que el sendero empedrado no solo sabe llegar a su hogar, en sentido contrario puede sacarla de ahí. Ese cambio de punto de vista lo hace todo.

Le ruega a Pascuala que se la lleve a trabajar con ella.

—¿Otra vez con eso? Crece, crece y sí te llevo.

—Haré lo que me manden. Aunque no me paguen, con que me den de comer, por favor...

Pascuala la mira con lástima. Vuelve a negarse.



—¡Llegó la corrida!

El camión de la Estrella Roja pasa con su rugido habitual por la calle principal del pueblo. Los niños corren tras él, ávidos de ver a sus pasajeros, de miradas con luces ajenas, de una moneda en retribución por ayudar a cargar equipajes. Atrapan en el aire algunas palabras de cosas que no entienden: existen lejos. La lejanía es otro idioma.

Los que llegan procuran no hablar en náhuatl; se han ido para cambiar, es decir, para mejorar.

Elia tiene nueve años y esta vez no hace la persecución con los demás, no quiere llenarse de tierra después del baño. Achina los ojos mirando cómo se pierde el camión entre la polvareda, rumbo a la plaza. El chofer se estaciona bajo una sombra, asegurándose de que bajen todos. Luego va a comer algo antes de emprender el viaje de regreso a la central de autobuses en Cuautla. Desde allí parten los que se dirigen a Ciudad de México, en su mayoría son trabajadores que vuelven de visitar a sus familias el fin de semana, como Pascuala. Es domingo.



Su lengua es solo suya. Un lastre que carga y mantiene en secreto.

Pero esto apenas comienzo a entenderlo cuando, en la secundaria, levanto la mano en la clase de español para poner un ejemplo sobre bilingüismo.

–Mi mamá habla náhuatl y español, es bilingüe –digo.

Un chico alza la voz, desde el fondo del salón de clases:

–Tu mamá no es bilingüe, es una india.

Todos ríen. No interviene la profesora. Siento sus miradas en mí, la alumna más adelantada en esa clase.

Me arde la cara de vergüenza. ¿Cómo o por qué voy a desear aprender una lengua cuya sola existencia me hace sentir humillada?

Años después, en un aula universitaria, escucharé a mi maestro Carlos Montemayor hablar de la forma en que la palabra indio se recogió en algunas obras, alrededor de 1600, y «comenzó a formar parte de inmediato de una constelación de términos que forjaron claramente la opinión europea sobre estos pueblos: bárbaro, cruel, grosero, inhumano, aborígen, antropófago, natural y salvaje». El golpe de gracia lo da el diccionario de la Real Academia Española que, en el siglo XVIII, suma las características de tonto y crédulo. Más adelante se acuñaría el concepto de indígena, que en México engloba y oculta la preciosa diversidad de pueblos y culturas con nombres propios.

A mediados del siglo XX aún hubo quienes lamentaban que el Estado mexicano no hubiera logrado exterminar a los indios mediante la guerra o

con ayuda de la tuberculosis. Los prejuicios raciales también conciben la pobreza como intrínseca a lo indígena. «No puede imprimirse ningún sinónimo de “pobre” que no haga referencia a la raza», escribe Toni Morrison. Quizás lo entendían así aquellos que volvían en la Estrella Roja a Hueyapan y se negaban a hablar en náhuatl, necesitados de blanquear sus orígenes, solo así podían huir de la pobreza y del escarnio.

Pero tengo doce años y no puedo saber nada de esto todavía. Es imposible que entienda como una riqueza la otra lengua de mi mamá.

Abrir los ojos y cerrar la boca. Eso es sobrevivir, la enseñanza de Elia.

Vuelvo a aquel día en que estuve entre ella y mi abuela Ana. La escuela me inicia en este aprendizaje: estar en medio significa que en México te van a ver mal si hablas una lengua originaria pero también si parece que la niegas. Si naciste de una madre que renuncia a heredarte una lengua como dolor o estigma. Reproche y culpa agazapados en la dirección hacia la que mire.

No rechazo la lengua de Elia, sino que me instalo en el idioma de mi tía Sara, la sorda. Con respecto al náhuatl me quedo en silencio. Acepto la no correspondencia. Le doy la espalda. ¿Es un acto de deslealtad?



Otra niña. Sus padres fueron obreros migrantes de origen mexicano. Crece en Texas, donde también trabaja en el campo ayudando a su familia. Contra toda esperanza y contra el racismo, el machismo y la homofobia, va a la universidad y se convierte en una gran maestra. Una escritora. Gloria Anzaldúa escribe *Hablar en lenguas: una carta a escritoras tercermundistas*. Le propongo a Elia que la leamos juntas. Dice que sí, se acomoda en la silla y me mira expectante. «Hablamos en lenguas como las repudiadas y locas. Porque ojos de blancos no quieren conocernos, no se molestan por aprender nuestro lenguaje, el lenguaje que nos refleja a nosotras, a nuestra cultura, a nuestro espíritu». Pienso en Yásnaya Aguilar Gil, la gran pensadora mixe, que también se ha referido al viaje de los escritores indígenas: cruzan un puente que parece solo trasladarlos a ellos, ir en una sola dirección. Del otro lado, nadie viene.

—No conozco a alguien que haya querido aprender náhuatl. Y quienes ya sabemos, lo escondimos mucho tiempo. Fíjate, los más jóvenes, aunque

pueden hablarlo, de plano se niegan a hacerlo –dice Elia.

En la voz de Anzaldúa convergen las historias de muchos de los hablantes de estas páginas, y un lugar es central: la escuela. Allí donde a Gloria, en territorio estadounidense, no le enseñaron en su lengua materna, como era su derecho. Ahí donde los «arrogantes maestros racistas (...) pensaban que todos los niños Chicanos eran tontos y sucios». Gloria abrazó el inglés para demostrar todo lo contrario, y luchó también por mantener vivo el idioma de sus ancestras, el castellano.

A diferencia de otros discursos conciliadores, en el de Anzaldúa hay una indignación que no quiere atenuarse. Sus palabras son pura sublevación. Transcribe el poema de otra escritora chicana, Cherríe Moraga:

*Me falta imaginación, dices
No. Me falta el lenguaje (...)
Las palabras son una guerra para mí.
Amenazan a mi familia
para ganar la palabra
para describir la pérdida
tomo el riesgo de perder todo*

–Oye, está muy bueno lo que dice –se coloca sus lentes de lectura y toma el libro de mis manos.

–¿Sabes que Cherríe está viva? La conocí en Cuba –le cuento.

Recibimos esta carta con todo el cuerpo, con toda nuestra historia. Elia terminó la educación primaria ya adulta. Del lado materno soy la primera en ir a la universidad, en escribir y publicar libros. Si no es nuestro color de piel o una ideología «blanqueada», qué nos daría el derecho a ser escuchadas y leídas, a «ganar el título codiciado de escritora literaria “o escritora profesional”», dice Anzaldúa. La carta está dirigida a mujeres de color, y claro que no se refiere solo a la tonalidad de la piel.

Una mañana escucho en la radio los resultados de una encuesta sobre discriminación en México. Es la primera vez que conozco un estudio que confirma que la gente de piel oscura tiene menos oportunidades laborales. Es lunes, así que hay junta de gerentes en la institución donde trabajo, y no es cualquier oficina, se trata de la editorial del Estado mexicano. En esa reunión somos ocho o nueve personas, más el director general. Por primera

vez me fijo: soy la única de piel oscura allí. Hago un repaso veloz de las personas que ocupaban los puestos directivos en el lugar donde trabajé antes; todos eran blancos. Eso sí, en las jerarquías menores, mientras más se descienda, habrá más personas de piel oscura. ¿He sido ingenua? ¿Distraída? ¿Acaso no he sentido muchas veces que todo me cuesta más trabajo a mí que a otros? Si hoy lanzo la mirada en una reunión similar es para comprobar que nada ha cambiado.

–De eso no quiero hablar. De los racistas. Ya no me hacen daño. Tú tampoco dejes que te afecten –dice Elia.

Como Anzaldúa, «escribo para grabar lo que otros borran cuando hablo». Para fijar en este papel lo que vivimos mi abuela, mi madre, yo, pero también Sara. Para hacerla audible. «Soy la que escribe y se escribe».

Para entender, para contar la historia de los enraizados en el silencio, necesito escribir.

El novelista Dany Laferrière, cuya lengua materna es el creole haitiano, tuvo que aprender francés de niño. Debió comprender, a fuerza, que había un idioma para los vencedores, el francés; y otro para los vencidos, el creole.

En la ecuación de vencedores y vencidos que fue la conquista española en México no parecía un proyecto –o no de inmediato– de los conquistadores volver a la Nueva España territorio monolingüe. Se tradujeron o escribieron miles de textos casi siempre religiosos, cartillas y doctrinas, pasados al náhuatl, zapoteco, mixteco, tarasco y huasteco. Por supuesto, la intención era agilizar la evangelización.

¿Cómo surge el proyecto de un México monolingüe? ¿En qué momento se decide que civilización equivalía a pensar y hablar en una lengua, y que esta solo podía ser el castellano?

Independientes de la monarquía española, sí, pero bien abrazados a su idioma.

El lingüicidio fue parte del proyecto civilizatorio del Estado mexicano, con el que se iniciaba la nueva andadura de la nación mexicana.

–En la escuela, después de castigarnos, el maestro nos decía que todo era por nuestro bien. Para que no nos pegaran allá afuera. Que si él aprendía siquiera una palabra en náhuatl lo iban a correr. Y sacaba un papel que nos mostraba, parecía importante, tenía muchas letras y el escudo con el águila, pero ¡todavía no sabíamos leer!



La infancia. Una edad atroz para el olvido, decía Ricardo Garibay.

Aunque ya estuviera oscureciendo, Ana mandaba a Elia a recoger leña para la cocina. Y como andaba descalza, tenía cuidado de no resbalar en el suelo mojado, o de no tropezar con una piedra grande. En ocasiones encontraba unos sapos grandotes que solo salían de noche. Una vez pisó uno. Soltó la leña ahí mismo y se metió corriendo a la casa, llamando a su madre.

—¡Ay, mamacita, pisé un sapo, pisé un sapo! Y tallaba los pies en la tierra. El suelo de la casa era de pura tierra.

Cada palabra es también un ademán, frases construidas con el tránsito por el aire de sus manos. Si Sara estuviera aquí, entendería lo que dice.

—¿Cómo es que no recuerdo haber visto un sapo allá? —le pregunto.

Elia se encoge de hombros:

—Desaparecieron los tamazolin. Se secó el nogal. El tiempo, ¿dónde quedó? A ver, quién nos iba a decir que también tu abuelo desaparecería.



Es 1963. Faltan años para que nazcan los dos hermanos sordos de Elia: primero Sara, luego Joaquín. Sin embargo, ya sabe amasar el silencio a su favor. A pesar de las negativas de Pascuala, la mujer del pueblo a la que ha visto ir y venir en el camión que va a la Ciudad de México, comienza sus preparativos en secreto. Consigue una cajita de cartón, en las que se venden las galletas por kilo, y la esconde. Guarda ahí lo que tiene: un vestido de papel crepé, amarillo con flores rojas cosidas. Lo usó en el festival de la escuela por el Día de la Madre. No había dinero para «uno de verdad». Dobla con delicadeza los pliegues. Ata un lazo a la caja para cerrarla. Ese domingo se va.

Tiene nueve años.

—Yo me voy, mamacita. Me voy con Pascuala.

—No, no, Elia, ¡cómo te vas a ir!

¿Te toma del brazo tu madre? ¿O está cargando a alguno de tus hermanos pequeños y no sabe cómo encajar la despedida?

—Ya me voy. Le avisas a mi papá.

Tu padre que se perdía, que se iba lejos a trabajar o a beber. Un hombre de distancias.

—No te vayas, te ruego.

¿Dice la palabra «ruego» con la voz quebrada?

—Mamacita, mejor ni me ruegue.

Y giras sobre tus talones recién lavados. Vas a llegar a la Ciudad de México descalza. No importa, lo único en que piensas es en marcharte.

Tu madre te ve salir con la caja de galletas en los brazos. Ana se cubre la boca con las dos manos, como si atajara un grito. Te vuelves para prometerle algo:

—Cuando regrese, voy a traer zapatos.

Nada puede la abuela. Me cimbra esa imposibilidad, ese estar impedida, no poder abrazar, retener a una hija pequeña.

Dejarla partir.



—Ahora hay tanta ropa —dices, apenas emergiendo de tus recuerdos.

Sobre la superficie limpia y desierta de la mesa del café donde nos encontramos, tus manos se alzan en el aire para reconstruir y acariciar la caja de galletas. Vuelves a verlo todo. Tus ojos van de un lado a otro de la mesa, buscan los detalles, la exactitud que solo los objetos prodigan a la memoria. Extiendes el vestidito de papel crepé, acaricias las costuras, las flores rojas que son de otro tipo de papel, más brillante, suavizas los dobleces. Levantas el pulgar y el índice unidos, dos pinzas que sujetan cada esquina de fragilidad. ¿Quieres que también lo sostenga? Tomo esas orillas infinitas.

No pasa el tiempo, no existe siquiera entre una puntada y otra. De nuevo lo estiras sobre la mesa y recorres con los dedos los remiendos, dibujas y cada trazo tuyo me es tan legible. Son las manos que hablan el idioma sordo de Sara, las que imitan al abuelo cuando hacía cuentas sobre un pizarrón imaginario. Nuestras vidas narradas así, con palabras sin sonido que penden en el aire.

Con delicadeza atraigo el vestido delineado. Lo doblo amorosamente, lo guardo.

Anudo el lazo.

El equipaje está listo, otra vez.

Aún no lo comprendo, no sé si voy a comprenderlo, pero sé que tenías que irte.



Cuando sube al camión de la Estrella Roja, a Elia no le preguntan con quién va. No recuerda de dónde sale el dinero para el pasaje. A lo largo del trayecto desde Hueyapan, Pascuala apenas ha querido mirarla. Termina su viaje en la estación de autobuses de Cuautla. La gente comienza a descender. Elia abraza bien fuerte la caja con su vestido de papel, y va detrás de la mujer a la que tanto admira.

—Pascuala, yo vengo contigo.

—Dios mío, niña, ¿en dónde te voy a tener?

—Me acomodas donde sea.

Suspira con la mano de la chiquilla cerrándose sobre la suya. Mira alrededor, quizá un poco triste y otro poco vencida. Incapaz de darle la espalda. Se la lleva.

Pascuala trabaja limpiando una casa, ahí vive en un cuarto de servicio y ahí esconde a la pequeña. Le lleva comida y le pide que no haga ruido. Le pone la radio a volumen bajito para que se distraiga. Elia escucha canciones que se aprende y canturrea. Se aficiona a las que tienen aire de añoranza: «Dónde estás ahora cuñataí / Que tu suave canto no llega a mí / Dónde estás ahora / mi ser te añora con frenesí...».

La escucho cantar. Es más un murmullo. Un sonido clandestino, oculta una lengua y el cuerpo que la resguarda.

Las palabras desconocidas se las pregunta a Pascuala, que tampoco las conoce todas.

Por fin, Pascuala le encuentra lugar en casa de un matrimonio de personas mayores, que prometen enviarla a la escuela. Es una especie de adopción, ¿cómo más puede entenderse la acogida de una niña de nueve años?

En su novela *Balún Canán*, Rosario Castellanos habla de una práctica ancestral en Chiapas, el estado donde creció. En los pueblos se usaba que las niñas de familias pudientes, generalmente hijas de terratenientes, tuvieran una «cargadora», una niña de la misma edad que fungía como acompañante, espejo de alto contraste, alguien que luego adquiriría otras funciones: nana, personal de servidumbre; durante una época su infancia quedaba trenzada a la de su patrona.

No hay niños en la casa a la que es entregada Elia. No sé por qué siento alivio. ¿La pareja que la recibe será pródiga con esa pequeña que parece venir de otro tiempo, de otro mundo?

La señora le compra ropa, ¡zapatos! Tiene tres comidas al día. Le pregunto a Elia qué sentía cuando le daban esos cuidados. Responde que sueño. Aprender rápido y vivir con tantas preguntas la agotan.

—Me caía de sueño, aunque fuera de día, a cualquier hora, nomás buscaba un lugar para dormir, casi siempre bajo la mesa del comedor. Soñaba con Pascuala, que me ponía un dedo sobre los labios.

Despierta cuando la llaman a gritos.

Mejor no hablar. Así se arranca una lengua.

«Lo que me manden», dijo Elia que haría en donde le dieran trabajo.

Le enseñan tareas domésticas. ¿Qué es un recogedor? No ha visto una escoba, en el pueblo usan atados de varas. Palabras y cosas nuevas. Conoce las sillas, aunque en su casa no hay, allá usan petates o unos banquitos de madera que arriman al fuego. ¿Subir a la azotea? La azotea, confirma la señora dueña de la casa. Llegan a pensar que Elia tiene un problema cognitivo y por eso no alcanza a comprender lo que le dicen. Cuchichean. A veces los escucha mientras despierta debajo de la mesa.

Ese saberse acorralado por el desconocimiento de una lengua lo describe muy bien François Cheng; aun cuando él rememora una vivencia bien distinta, sus sentimientos coinciden con los de Elia:

Todo exiliado conoce el principio de las angustias del abandono, la indigencia y la soledad. Desgarrado entre la nostalgia del pasado y la dura condición del presente, experimenta un sufrimiento más «mudo», más humillante, que lo atenaza: al no tener más que un conocimiento

rudimentario de la lengua de su país de adopción, se encuentra reducido a comportarse como un ser primario a ojos de todos (...) incapaz de un relato claro y coherente, da la impresión de estar desprovisto de pensamiento, incluso de sentimientos (...) el exiliado experimenta el dolor de todos aquellos que son privados del lenguaje, y se da cuenta de hasta qué punto el lenguaje confiere la «legitimidad del ser».

Elia es extranjera en su propio país. Proscrita de un territorio que pertenecía a sus ancestros. Un mestizaje forzoso. Ahora debe empezar a parecerse a los que llegaron. No lo vive con rabia. Pienso en el coraje de otro exiliado, el español Jorge Semprún: «Mi detestable acento no solo me había impedido obtener el panecillo o *croissant* que deseaba, sino que también me había desgajado de la comunidad lingüística, que es uno de los elementos fundamentales de un vínculo social, colectivo». El dominio de una lengua para sobrevivir, para pertenecer. «Mi condición de extranjero no debía ser ostensible, perceptible para cualquiera. Debía ser una virtud secreta, y para ello tenía yo que dominar la lengua francesa como un autóctono». Igual que Elia, él también necesita ser en otra lengua.

Aprendes rápido. ¿Elia es tu nombre? Jamás lo han escuchado. Deciden llamarte Eleazar. Bajas la cabeza, así tiene que hacerse. ¿Ni una palabra en lengua de tu madre? Me asombra que pudieras controlarlo. Me pregunto si yo hubiera podido. Pascuala te advierte:

–Aquí no les gusta y no nos entienden. Si sientes que se te va a salir una palabra en náhuatl, mejor no hables.

Te vuelves silenciosa.

¿Es entonces cuando dejas de cruzar de una lengua a otra y te quedas en el castellano de tu padre?

Ese idioma, que conoces menos, te mantiene en secreto.

Aun cuando tu padre se dirige a ti solo en español –lengua paterna, tuya también–, ¿qué vocabulario puede trasladarte, si muchas cosas que ese idioma envuelve simplemente no existen en el pueblo humilde a la orilla del volcán?

Escoba

Recogedor

Silla

Colchón
Almohada
Tenedor
Servilleta
Azotea

A la azotea se sube y, desde allá, miras ese otro cielo que no topa con un volcán, sino con edificios grises. Algunos árboles, nuevos. Todo es nuevo, ves los aviones con asombro. A veces se te anuda en el estómago la angustia de no saber hacia dónde mirar, ¿en qué dirección queda la casa de tus padres? ¿Cómo están tu mamá, tus hermanos? ¿Qué comen?

A ti te llaman a comer a una mesa tres veces al día.

Pero se olvidan de llevarte a la escuela.



El río de mis ancestras se quiebra conmigo. Tuerce por otro cauce. Sus relatos, todo lo que tienen que decirse Elia y mi abuela Ana, sobre todo lo que las mujeres se cuentan, se articula en una lengua que desconozco. Elia traduce conversaciones, a veces narra para sí misma episodios enteros en náhuatl. Yo espero, como toda mi vida he hecho, a que me diga qué significa lo que acaba de decir. Elia traduciéndose a sí misma. Qué natural ha sido, para las dos, que yo no comprenda su lengua. No guardo reminiscencia alguna en la que se haya propuesto enseñarme. No hay ese momento en que ella tomara una olla y me dijera: cómitl.

—Yonivala xinech tlahualti o xinech maga in no tlaxcalli es lo que mi padre le decía a mi mamá cuando le pedía de comer. Jamás los escuché decirse algo en español.

—¿Y tu abuela, la que murió durante un parto, también solo hablaba náhuatl?

—Ella no aprendió español.

Leo en voz alta para Elia un texto de Ruperta Bautista, poeta en lengua Bats'il K'o: «¿Quién está estereotipando qué es lo indígena? (...). Recordemos que este concepto está impuesto desde lo externo, desde distintos pensares para designar al otro, que no pertenece a la cultura

dominante, impuesto por aquel quien maneja y controla al “subalterno”. ¿Qué estamos entendiendo por la palabra indígena?».

Elia asiente. Le pregunto si en su pueblo usan esa palabra para identificarse.

—Claro que no. Yo soy hija de Anita Márquez Tejeda y de don Gabriel Pérez... Soy de Hueyapan.

Esas son sus pertenencias.

—¿Y tú? —me pregunta—, ahora que ya conoces, que me has oído, ¿te sientes indígena?

No esperaba el retorno de mi pregunta.

¿Ser indígena es algo que se puede decidir? ¿Hay un porcentaje de características a cumplir? ¿Puedo asumir una identidad de la que no sé la lengua? Suspiro.

—Tengo que pensarlo.

Me vienen a la mente esos políticos que reclaman una identidad originaria solo para alcanzar las cuotas de la corrección vigente y ocupar escaños. Su motivo para reconocerse indígenas es a cambio de algo que se superponga a la discriminación garantizada, una impostura lucrativa. Debe de valer la pena.

—Lo que me gustaría es que todo lo que me cuentas me lo dijeras en náhuatl y poder entenderlo. Hablarte aquí —me pongo la mano sobre el pecho.

Elia sonríe. Se le nublan los ojos.

Es algo común: niños cuyos padres quieren preservar cada uno un idioma. Elia y Ruperta aprehendieron el mundo, a la par, en dos lenguas. Lo que hace todo distinto es que sus lenguas maternas han sido condenadas a desaparecer y que su uso las racializa. Las hace vulnerables.

El mundo de Elia se tramó primero en náhuatl. Su yo más profundo quedó codificado en una lengua que se le exigió borrar.



El clima es más fresco en mi casa, en el norte de Cuernavaca, donde nos reunimos para alimentar estas páginas. Elia y mi padre viven hacia el centro,

en el mismo departamento donde crecí; la recojo allí. Debido a la topografía de la ciudad, la gente suele decir que sube o baja según el rumbo que se siga. *Bajo el volcán*, de Malcolm Lowry, comienza con una larga descripción de la carretera que lleva a Quauhnáhuac, nombre nahua que significa «cerca de los árboles», el sitio que en la novela se convierte en inframundo. Desciendo para buscar a Elia y voy sintiendo el calor tremendo de la urbe que a pesar de las planchas de concreto conserva sus laureles de la India y los jardines cercados de las casas de fin de semana. A menudo recuerdo la crónica de viaje del poeta decimonónico Manuel Gutiérrez Nájera, que pasó por aquí: «¿Por qué has creado el infierno, Dios mío? ¿No habías creado Cuernavaca?».

Elia ocupa el asiento del copiloto, y mientras conduzco con los vidrios del coche abajo, comienza a enumerar a sus ocho hermanos. Es la tercera. Bonifacio y Rubén ya estaban. Y después de ella, Eliseo, Cheo. Un hiato en la sucesión la inquieta: si entre su nacimiento y el de Eliseo hay dos o tres años, ¿por qué su mamá no la amamantó más tiempo? No sé de qué lugar de la memoria viene el sentimiento de esa carencia, pero está segura de que se le quitó muy pronto la leche de su madre. Adelanta el cuerpo y reclama:

—¿Quién me quitó mi chichihualayotl a mí? La lechita de mi mamá.

Sonrío. Divido la palabra nahua para decir leche. Entiendo que por eso en México se le llama coloquialmente chichis a los senos de las mujeres.

Me pregunto si aquella joven madre, mi abuela, podía producir suficiente leche para tantos niños.



Mi bisabuela materna se llamaba María, y esperaba a su cuarto hijo. Ana era la mayor, y de ella la partera dijo, cuando nació, que era imposible que siendo tan chiquita y pelona se lograra. Pero fueron la madre y el nuevo hermanito los que no sobrevivieron al parto. Ana María Tejeda o Ana María Pérez Tejeda (existen actas de nacimiento con los dos nombres) se quedó huérfana de madre a los nueve años. Parece una edad predestinada.

Tuvo que asumir un papel heredado. Cuidar de sus hermanos y una casa. Aprendió a vadear esa vida que, de golpe, se llenó de responsabilidades. Más difícil era estar alerta ante la mirada torva de su padre. Elia me cuenta algo

que su tía Angelita le confió: la razón por la que Ana dejó su casa a los trece años fue para escapar de él.

—¿Del bisabuelo? —pregunto incrédula.

Elia asiente con pesar.

¿Creía que su hija mayor heredaba también las obligaciones carnales de la madre muerta? Mi abuela Ana, que era una niña, reconoció el peligro en su propia casa, y no tardó en enamorarse de un joven alto y guapo. «Enamorarse» aquí quiere decir «salvarse». Ese muchacho también se llamaba Gabriel, como el bisabuelo. Ana lo quiso aun después de que desapareció y la dejó con sus hijos. Estoy segura de que lo quiso hasta el último de sus días, cuando ya hacía mucho que había dejado de esperarlo.

Las dos supimos lo que es perder a un hombre amado. Pero Ana no lo pudo velar. No se despidió. Amordazó las preguntas del duelo.

—¿Y si él volviera? —le pregunté una vez.

—¡Ni lo mande Dios! ¿Para que me encuentre así, arrugada y viejita?

Como si a él no le afectaran los años. Estaba orgullosa de ese amor.

Se quedó callada un rato. Luego sentenció:

—Fue suerte que pudiste arroparlo y llorarlo a Alan.

Sylvia Plath:

*Imaginé que volverías como dijiste,
pero envejecí y ahora ya no recuerdo tu nombre.
(creo que te inventé dentro de mi cabeza).*



Cuando a Elia se le escapa en la escuela una palabra en la lengua prohibida, puede terminar con un varazo asestado en la cabeza o en la espalda, y de pie en el patio cargando dos piedras bajo el sol.

Mi abuelo Gabriel fue un par de años a la escuela, con eso bastó para que aprendiera a leer y escribir. Hace operaciones aritméticas que dibuja en el aire, algo que su hija aún imita alzando la mano: suma, resta con un dedo suspendido sobre un pizarrón imaginario. Así concreta las operaciones indispensables para él, un campesino que vende su cosecha en los mercados.

Y pienso que también le enseñaron, a la mala, porque no hay de otra, que solo debía hablar en castellano.

Ciertos aprendizajes son decisivos en la infancia de mi abuelo, y tienen que ver con transformar la naturaleza de lo que cultiva: aprende a injertar especies vegetales. Al principio es un juego, pero se vuelve un experto en insertar una naturaleza en otra. Una anatomía en otra. Mi abuelo une lo visible con lo invisible, su trabajo es acoplar los ductos de la vida, enlazar tramos de esperanza. Y en eso es un talentoso maestro, tanto que se corre la voz y empiezan a venir de otros pueblos a hacerle encargos.

Es un tiempo distinto: para que el nuevo fruto, menos ácido o ya no amargo, llegue, tienen que pasar uno o dos años. La gente espera.

–Sus injertos eran como magia –recuerda Elia.

Tiene que haber sido un hombre sensible, pienso. Comprendía a los árboles y conversaba con ellos. Hacía entrar en sus cuerpos una segunda herencia. Una forma de reescritura.

–Les pedía permiso para abrirlos –cuenta Elia, la única de entre sus hijos que sintió curiosidad por ese oficio.

El abuelo se fija en que el árbol donante y el receptor estén sanos, y con el filo de su navaja abre una habitación en la corteza, remueve la pulpa. Queda un rectángulo desnudo, que rellena con una pieza del mismo tamaño, extraída del árbol deseado. La extracción debe ocurrir en luna creciente, cuando la savia es más ligera para ascender por el tallo, pero solo en luna llena tiene futuro un injerto. Gabriel envuelve con papel y plástico la herida preñada. Ni agua ni aire ni luz. La vida en su máximo secreto. Pasadas unas semanas retira el papel y plástico: de la cicatriz brotan hojas. Otra técnica es realizar un corte limpio para crear una hendidura, el material a injertar tiene la forma de una flecha. Se corta lo necesario sobre la corteza para dar cabida al nuevo órgano. Entra en el cuerpo del árbol la estaca del mismo tamaño que el espacio abierto, así se acoplan dos universos, reconocen su novedad, se adaptan. En un cuerpo humano, esto se parece a un trasplante.

Elia camina por el monte con su padre, revisan los esquejes. Me gusta pensar que he paseado así con ella por los bosques de la memoria.

Dice Caístulo:

*estas son las madres
son las que comparten*

*con semillas
la vida
que no fracasa nunca*

Reconozco lo sagrado en esta verdad: árboles madres, seres dadores de vida.

El castellano es injertado en el abuelo Gabriel durante su infancia, y esa savia adquirida llega después a sus hijos. Acaso intuye que adoptar el idioma de los que dominan es mejorar el cultivo del mundo.

En cambio, a Ana, mi abuela, no la mandan a la escuela, y su conocimiento del español es precario. A sus hijos los cría en náhuatl. Por varios años Elia es la única niña entre sus hijos, así que con ella se comunica más. Un idioma, un fluir nutricional de voces entre madre e hija, principalmente para trasladar funciones y asignar tareas. En cuanto puede sostenerse sobre sus dos piernas, Elia ya carga a alguno de sus hermanos menores.

Si solo va dos años a la escuela, me pregunto si a mi abuelo le toca estudiar con esos libros de texto gratuitos que muestran en la portada la personificación de la patria: una orgullosa mujer morena, de rasgos indígenas, que en una mano sostiene un libro y en la otra la bandera de México. Lo que no se ve en la imagen es que la lengua le fue arrancada.



Ninguna duda, me confirmas. Ni una leve sombra de miedo a lo desconocido. Era la primera vez que tu cuerpo de niña componía los movimientos de una partida, quizás lo que antes solo esbozabas en una emoción, cuando trepabas al árbol a ver cómo se iba de Hueyapan el camión de la Estrella Roja. ¿Comienza a sintetizarse ahí tu nueva vida, tu independencia?

—Y me acuerdo —dice Elia, la voz aguda por la emoción—, me acuerdo clarito de que ya estábamos saliendo del pueblo, yo iba junto a la ventana, era la primera vez que me subía a un camión, y Pascuala se había sentado al lado del pasillo, y mi mamá venía corriendo, corre y corre detrás, pobrecita, mi mamá. Estaba joven. Yo creo que el chofer la alcanzó a ver por el espejo y

se paró. Tuve miedo de que viniera a bajarme. Que no me dejara ir. Quería esconderme, pero no podía dejar de mirarla. Me gritó, alzaba en la mano algo:

—¡Hija, Elia, tu peine, lo dejaste!

II

UNA VIDA EN OTRA

La casa de mi infancia: un techo alto, las vigas, la detestable luz blanca de esos focos tubulares, de oficina, que instala mi padre. El canto siempre a destiempo de un gallo en el patio, las canciones de Julio Jaramillo, unas lágrimas resbalando. Son de Elia que escribe en un bloc de notas de tapa negra, lo esconde, a veces lo encuentro, no entiendo bien su letra enlazada, leo y adivino, a veces se nota la tinta corrida porque ella llora sobre sus palabras mientras escucha canciones que dicen:

*Se llena mi pecho de rabia y rencor
rendida en la fiebre brutal de mi sangre.
Te llevo muy dentro, muy dentro de mí.
Te niego, te busco, te odio y te quiero,
y tengo en el pecho un infierno por ti.
Te odio y te quiero.*

Soy una niña conociendo la atmósfera adictiva del amor romántico. Qué pasaría si ella deja a papá, si se enamora de alguien más. Tal vez no me perseguiría su cantaleta del «por qué no eres como...». Y aquí estoy, también deseando que ella sea de otra manera.

Cuando se cansa de pedirle a él que cambie, quiere lo mismo de mí.

Elia. Un mundo que no te da lo que necesitas tanto.

Tal vez porque los niños están equipados para aceptar las realidades más adversas sin preguntarse ¿por qué a mí?, yo no comprendo ese anhelo de modificar a las personas.

Mis travesuras son buscar el diario para leer las nuevas entradas o chupar sus pastillas para el sueño. Les quito lo dulce y las escupo. Mi curiosidad es infinita.

¿Elia escoge hablar o escribir en español? ¿Quiere que papá encuentre esas páginas?

Algo en sus notas de desamor se parece a lo que leemos en la puerta de la vecina suicida. La encuentran, pobre, colgada de una viga. Los primeros en leer la nota somos los niños del barrio. La dejó pegada sobre la puerta, a una altura extraña, acaso para que la descubriéramos nosotros. Nos trastorna saber que la gente puede morir así, queriendo morir. La policía ordena que no se toque nada y nadie quita ese recado triste. Se habla de su contenido en voz baja, entre carraspeos. La nota, se dice, es para su marido, que la abandonó. Amarillea con el tiempo, y no recuerdo las palabras, pero sé que son tristes y rabiosas. Así también escribe Elia.

Otro recuerdo, acuático, se sitúa en esa época. Me inscriben a unas clases de natación. La alberca pública, atestada, le dificulta al profesor cuidar de cada niño, así que acabo hundiéndome. Por suerte alguien da la voz de alerta, me sacan y me reaniman. Me niego a volver, y aunque ya adulta logro aprender a nadar, para siempre me queda un gran miedo a las profundidades. Durante un tiempo no tolero el agua de la regadera sobre mi rostro. Me baño encogida, abrazándome.

La infancia como un lugar para la tragedia.

Chela, mi amiga, va con su familia al cine. Al salir se suelta de la mano de su madre, intenta cruzar la calle corriendo y la atropella un taxi. Pasa muchos días en el hospital. Sobrevive, pero ya no es la misma. Oigo a la mamá de mi amiga susurrarle a Elia que se le salió parte del cerebro en el accidente. Debe de ser horrible la reacción de nosotras, sus amigas, cuando volvemos a verla. Ha perdido la movilidad de un brazo, lo lleva encogido, el andar es sesgado, la mirada viene de una lejanía imposible. De las comisuras le escurre saliva en un fino hilo. El cuerpo convertido en remolino quieto. Lo peor es que habla distinto, en un siseo incomprensible. Ya no es Chela.

Sé entonces que pueden pasarnos cosas, pero no la muerte. Hasta que ocurre lo de Gabriel.

Gira y gira el LP de Julio Jaramillo. «... Eres mi voz de dolor».



Mi infancia tiene tres adioses, pienso, mientras levanto la vista del libro de José Luis Juresa. «Nacemos a lo que —a su vez— nos vive despidiendo, la lengua de la infancia, la lengua del adiós», explica. Crecí zurcida en tres

lenguas. El castellano que se habla en México, mi lengua materna. El náhuatl, la lengua de Elia y de mi abuela. Y la tercera, la más sola, la de mi tía Sara, sorda.

Si la lengua es leche materna, fui amamantada en español. Pero las moléculas del idioma íntimo de Elia también me alimentaron, y esas partículas se convirtieron en su voz enseñándome sus heridas, la vida anterior al tiempo en que nací. Pienso en salvar ese territorio del olvido, y al escribirlo me quemo las manos. Descubro raíces que arden. Elia es una zarza y me atraviesan sus palabras. No hay mandato, todo es sed. Ella habla para que yo sepa quién es. Para que la conozca. ¿No es de esta necesidad de la que nacen las historias?

Reproduzco la grabación, cierro los ojos. De un tirón me traslada al escenario de sus recuerdos. Escucho su intemperie. ¿Me atreveré a contar todo? Hay algo que me cuesta mucho manejar. La vergüenza del dolor. Ahí es donde la ficción me ofrece un escape. Pero esta vez renuncio a eso. Quiero, a la manera de Annie Ernaux, «salvar algo del tiempo en el que ya no estaremos nunca más».

Alguien dijo que un río es una frase sin puntos ni comas. Así es Elia, una mujer río. A veces le digo que es capaz de hacerse amiga hasta de las piedras. Sabe condolerse. Acompañar.

¿Cómo puede, un alma tan trabajada por la pena, tocar así a los otros y darles consuelo?

Tiene amigas y no son de granito. La buscan, procuran su presencia.

Cuéntame. Son historias que no sé si ya me las habías relatado o las atrapé al vuelo, en conversaciones que no debía escuchar. A veces las reconozco, otras comprendo que todo fue muy distinto de la forma en que lo recuerdo. Son versiones y reminiscencias gobernadas por el anhelo de que algo sucediera de un modo distinto. Tú querías tanto otra realidad. ¿No es de esa necesidad, también, de la que nacen las historias?

Comparo tu relato con los conocimientos adquiridos mientras espiaba las charlas de los adultos. Descubro inconsistencias, no puedo llamarlas mentiras, yo misma he fabricado recuerdos en momentos en que he necesitado cicatrizar un vacío doloroso: enhebro el hilo de la imaginación para zurcir recuerdos que me consuelan. Los corrijo. La memoria es un corazón necesitado. No me atrevo a preguntar si te sucede lo mismo.

¿Cabe esperar un relato fidedigno en esta historia, que es la más antigua que existe en la tierra, dice Sharon Olds, la historia del testigo?



El tiempo en que Elia me convierte en juez. Tengo la soberbia y la rabia de mi adolescencia. La certeza de que nunca voy a equivocarme como ella, no me fijo en los muchachos, leo, estudio más, miro por encima del hombro a mis amigas que consiguen su primer novio. Cuando me enamoro lo hago de un chico que me regala el *Ulises* de Joyce. Toca la guitarra. Hablamos y caminamos largamente, vivimos muy cerca. No entra a clases, prefiere elegir sus lecturas. Se declara y me pongo a convencerlo de que sigue enamorado de su exnovia. Un día se da por vencido. «Eres toda una amazona», me dice. Tenemos diecisiete años.

Soy la jueza perfecta y asumo mi papel. Elia me interpone entre ella y mi padre, quiere que yo pelee sus batallas, y lo hago, soy una fábrica de reproches, lo acorralo, él recibe mis palabras cabizbajo o desvía la mirada. No se defiende, tampoco modifica su conducta, seguirá bebiendo y desapareciendo. Un día las cuentas pendientes de Elia me encuentran impaciente, hastiada. Cambio de perspectiva.

—Divórciate —le digo.

Abre mucho los ojos. Insisto, ofrezco arreglar una cita con un abogado que conozco, ella acepta. Vamos una vez. No volvemos. No inicia los trámites. Me prefiere en mi lugar de defensora. Intercedo cada vez menos, mi primer matrimonio me aleja, abandono el sitio de la juzgadora, pero ella me lo recuerda. Creo encontrar la forma de terminar con ese mandato, engendro un nuevo reproche:

—Tú, que dejaste tu casa, tu familia, tu pueblo a los nueve años, ¿no puedes dejarlo a él?

No es que no supiera que mis palabras iban a hierirla. De verdad pensaba que solo así podía ayudarla.

Mi abuelo materno, Gabriel Pérez Cortés, desaparece en 1972. Es el año de mi nacimiento. Cuando ocurre, sus nueve hijos ya son, algunos, adolescentes. Deja tres niños: Sara y Joaquín, los sordos, y Norma, a la que siguen amamantando, aunque ya tiene siete u ocho años. Elia, de 18, acaba de convertirse en madre y vive lejos.

Es la época de la gran culpa: el abuelo dice, borracho y resignado, que Dios lo castiga por no leer la Biblia, por ausentarse con su familia de las reuniones donde cantan y bautizan a chicos y grandes con un signo aceitoso en la frente. Ha desertado del culto evangélico, pero en lugar de revirar se hunde más y más. Como si hubiera decidido abrazar la barbarie. Antes, tan antes que Elia no lo recuerda y recurre al relato de Ana, el abuelo trabajaba la tierra y tenía empleados, almacenaba costales llenos de frijol y maíz, su mujer mandaba a almidonar sus camisas y los niños iban a la escuela. Todo se lo lleva el torrente alcohólico. Y, sin embargo, quizá por la edad, y ya cuando sus hijos han crecido, parece apaciguarse. Vuelve a trabajar y tiene planes de devolver la visita a Elia y a su primera nieta en San Luis Potosí.

El día de su desaparición comienza al salir los primeros rayos de sol, que bruñen los tejocotes cosechados. Los acomoda en huacales, los ata y cubre para subirlos al camión, en su techo de metal se arracima esta carga y la de otros campesinos. En Tetela vende todo al intermediario, vuelve a amarrar sus cajas vacías en un transporte con rumbo a Hueyapan, pero esta vez él no sube, decide tomar un camino distinto, ir a Ocuituco para cobrar el pago de un injerto. Encarga al chofer que baje sus cajas al pasar por su casa.

Lo que le ocurre sucede en otro vehículo. Si se lo lleva la muerte, es ahí. Baja con ella de la mano.

Gabriel bebe y se olvida de su mujer y sus hijos, de trabajar sus tierras, grandes extensiones. Sus hijos conocen esa ansiedad de no tener qué llevarse a la boca. Elia es la única persona cercana que me ha contado cómo es crecer con hambre. Ser una niña y sentir hambre todos los días.

—Mi mamá me mandaba a comprar los botecitos chiquititos de La Lechera, una leche espesa y azucarada, muy concentrada, todavía la venden, y la rebajábamos con un chorro de agua. Eso nos daba, ¡pero no creas que a

todos! Solo a los que dejaba de darles chichi. Ha de ser por eso que estamos bien fregados –me dice.

Se refiere a su osteoporosis.

Ateri Miyawatl parece conocer a Elia en este poema concebido en la lengua de ambas:

*tsikameh sepan niman iskapantsin
kehkowa itlakayo sechpokatsin
kekelowa
tekwa
eliskamike
apistle
sapa niman soksapa mayantle*

*hormigas sigilosas y en bandada
que recorren el cuerpo de una niña
la cosquilla
el piquete
la desesperación
el hambre
una y otra vez el hambre*

En sus memorias, la cantante afroamericana Billie Holiday dice: «Me han dicho que nadie canta la palabra “hambre” como yo. Ni la palabra “amor”».



Ana sabe que una cosa es tolerar a su marido alcohólico y otra que sus hijos no coman. Desesperada, va a pedirle ayuda al otro Gabriel, su padre, el excombatiente revolucionario. Tiene tierras y un cofre, en el que se dice que guarda mucho dinero; a él le gusta demostrar que no es un rumor, por eso de vez en cuando saca fajos de billetes y se sienta en la plaza pública para extenderlos, solo para que los vean. Debido al respeto que le tienen en el pueblo no le roban, al menos no mientras es joven y cría a los dos hijos

varones que le quedan después de que su hija mayor se junta con aquel muchacho.

Mi bisabuelo escucha lo que Ana le pide. Acepta ayudarla, con una condición:

–Deja a ese hombre con todos sus hijos y aquí tendrás tu casa y comida, nada te faltará.

No vuelven a encontrarse hasta el día en que él ya está muy viejo y necesita quien le cuide. Aunque se casa una vez más, la nueva familia se desentiende. Crezco escuchando la diatriba de mi madre contra esa injusticia: por qué la abuela cuida de un padre que la dejó a su suerte. Al final de sus días el anciano recibe el cobijo de la hija a la que no quiso dárselo.



Las cajas de fruta de mi abuelo son devueltas vacías al pueblo; no llega a recogerlas. No sabemos si se despeña agonizante por un barranco. Si se marcha a Estados Unidos de ilegal. Si se junta con otra mujer, esa trenzada que una vidente le dice a mi descorazonada abuela que ve en un rapto psíquico. No sé cuál versión de la historia podría doler más. Recuerdo que tras la muerte de Alan soñé que me dejaba por otra mujer. La traición es una muerte sutil. Ana necesita respuestas y solo junta dudas. Se acostumbra a subir por las tardes al campanario de la iglesia, echa la mirada hacia los caminos, pero también hacia la gente. Esos que se tragan la verdad de lo que le ocurrió a su marido. Solo las aves pueden ver en sus ojos la medida de su añoranza.

En la familia deciden creer que alguien, con quien tenía rencillas, le hizo daño al abuelo. El último recuerdo de Elia con él es cuando me llevó, recién nacida, a que me conociera. Me doy cuenta de que el viaje en que mi hermano y yo acompañamos a Elia en realidad era mi segunda visita a Hueyapan.

–Insistía en cargarte. Denme a la niña, denme a mi nieta, decía. Estaba tan emocionado que lloró –me cuenta.

Arropada en las lágrimas de mi abuelo.

Por primera vez le habla en náhuatl a su hija, es para preguntarle algo que no quiere que mi papá entienda. Pregunta si tienen casa propia. Ese es el

momento en que mi padre se entera de que la mujer con la que ha concebido una hija habla otra lengua. Él, pasmado, y ella responde fluidamente en sabe Dios qué idioma que no, no hay casa, pagan la renta de un lugar pequeño en una vecindad de San Luis Potosí. El abuelo se gira hacia el solar y dice:

–Dile a tu marido que tome cualquier terreno de aquí, que les finque donde vivir.

Señala hacia un horizonte en el que crecen árboles frutales, flores, milpas. Una tierra que da para vivir si se la cuida. Mi padre no puede ni imaginar lo que es ser un campesino. Y mi abuelo, don Gabriel Pérez Cortés, no vuelve a vernos.

Me corrijo: mi abuelo no desapareció. A mi abuelo lo desaparecieron.



Dispersión, un aire violento que entra y sale por cada grieta de las paredes de adobe de la casa de mis abuelos, el temblor de esta tierra rica y terrible custodiada por un volcán activo de setecientos mil años de vida. Cuando paso la mano por estas historias siento piedras rodando, incontables derrumbes. Elia rueda y rueda lo más lejos que puede. Y tiempo después también lo harán sus sobrinas y sobrinos, que huyen de las mismas carencias, y ahora trabajan en Los Ángeles y Seattle, desde donde mandan dinero a los parientes que se quedan.

En las bocas de los más jóvenes se pudre el universo cada vez que dicen: le entiendo, pero yo no hablo náhuatl; así le responden a Elia cada vez que intenta conversar con ellos. Preferirían que los golpearan con una vara antes de reconocer un linaje indígena.

En muchos momentos, Elia es la última hablante de su lengua materna, la más voluntariosa. Lo es en las casas donde vive en la ciudad de México, escondida y ocultando un idioma y con ello un cosmos, constelaciones de formas de comprender y nombrar la vida. Lo es en San Luis Potosí, donde se convierte en madre por primera vez. Lo es cuando busca con quién hablar en su propio pueblo y le responden que le entienden, pero no van a contestarle en su lengua.

«Y cuando el último hablante muere, las palabras quedan confinadas en libros que algunos pueden leer sin saber pronunciar. O en diccionarios que pocos consultan, como esos territorios a los que nadie puede entrar para que los animales en extinción puedan vivir en paz», escribe Luis Sagasti.



Cuando me relata sus historias de la Revolución, mi bisabuelo desalmado ya es un encorvado montón de huesos. En mi imaginación olfativa perduran dos recuerdos de su vida insurrecta al lado del general Emiliano Zapata: que bebían los orines de los caballos porque no había agua cuando andaban huyendo a salto de mata, escapando de los federales. Y el otro es el aroma del cuero de los huaraches de llanta, que intentaban masticar porque tenían hambre. Comían raíces y dormían en cuevas.

Tiene un burro muy manso con el que me gusta jugar. Cuando él lo monta se acuerda de sus andanzas y comienza a citar palabras de Zapata:

—Es mejor morir de pie que vivir toda la vida arrodillado.

Me cuenta la leyenda del niño Emiliano, que vio llorar a su padre, don Gabriel (también nombre arcangélico). Los poderosos amos lo habían despojado de sus tierras, y Miliano, como le decían, le prometió que cuando creciera haría que se las devolvieran.

Creció e inició la guerra que en el sur de México reivindicó el derecho de los campesinos a ser dueños de la tierra que trabajaban. Poseerla era custodiar un derecho sagrado, no estaba a la venta: mejor soportar el hambre. La tierra, no. Esto lo supieron muy bien Elia y cada uno de sus hermanos.

—Cuando yo quería hacer entrar en razón a tu abuela le decía: Anita, ¿por qué no vendes un terreno y dejas de trabajar como mula? ¡No me hacía caso! Si no lo hizo cuando éramos niños... —dice Elia.

Le cuento lo que escribió el historiador y nahuatlato Miguel León Portilla. En primer lugar, no está claro si Zapata sabía náhuatl. El investigador parece confirmarlo al referirse a testimonios de gente de a pie que recuerda lo mismo que mi bisabuelo: que sí les hablaba en náhuatl. Es muy significativo que dos manifiestos zapatistas de 1918 se tradujeran a esa lengua por iniciativa del general; uno lo dirige a jefes militares y el otro a los

campesinos, con el título de Tlanahuatil panolani, traducido como «Aviso que se transmite»: «En ellos, podrían expresarse, a la manera indígena, conceptos tales como el de rebelión, entendido, en cuanto “volver a otro el rostro”, el de patria “la tierra, madrecita nuestra”, el de unión revolucionaria, como “la unidad de corazones de quienes batallan”, y otros varios, entre ellos el de hacer rescate de las tierras», escribe León Portilla. Hasta donde sé no hubo otros documentos o idearios de la Revolución traducidos a lenguas indígenas.

Carlos Fuentes presenta a Zapata llamándolo «un revolucionario: y su escandalosa creencia era que los hombres debían luchar, pasar hambre, contraatacar, sufrir enfermedades, quemarse, esconderse en las montañas y nunca relajarse hasta que finalmente el texto y la realidad fueran una y la misma».

—Un necio. Y a ver, cómo lo fueron a matar, a traición. Solo así pudieron con él —dice Elia, orgullosa.

La Revolución fracasa, pero en estas tierras se venera a Zapata, que jamás abandonó sus ideales, su lucha.

Antes de leer a León Portilla también me frustraba que Ana se aferrara a la tierra. Comprendo, comprendemos ahora la imposibilidad, más una fantasía porque, ¿cuánto podía valer esa tierra lejana en un pueblo sin ley, y hasta dónde se podrían paliar las infinitas carencias de ocho niños? Los herederos de la Revolución —y mi abuela y sus hijos lo son— conciben a la tierra como «madrecita nuestra»: imposible abandonarla. Elia piensa distinto, sí. La madrecita tierra siempre va a estar en deuda con esa niña hambrienta.

El lema de la Revolución fue «Tierra y Libertad», y hubiera sido necesario añadir «Lengua». Pienso en pueblos enteros enmudecidos, bajo el mandato de velar el idioma que mamaron de sus madres para preservarse. «Y es que la lengua (la lengua en la que soñamos) es la patria», escribe Toni Morrison.

Sesenta y ocho idiomas que son ríos subterráneos en un país profundamente racista.



Cuando emigra a Estados Unidos, la escritora china Yiyun Li empieza a escribir en inglés. Le reprochan que traicione su idioma materno, pero ella piensa en el inglés como su lengua privada y así concibe el universo de su obra. Ha dicho también que, al necesitar recurrir con frecuencia al diccionario, aprendió etimologías. Esos aprendizajes, ese hurgar en los orígenes de las palabras de su nueva lengua, ¿son una forma de darle la espalda al chino?

Su segunda voz se vuelve un refugio.

A la noción de lenguas secretas –las llamo así porque el racismo ha ganado que los hablantes de lenguas originarias las escondan para no ser minusvalorados– sumo la noción que propone Li: «Una lengua privada desafía el confinamiento. Solo la muerte puede quitárnosla».

¿Es posible que el náhuatl de Elia sea una lengua privada? En el caso de Li, la elección parece libre, hay incluso algo desafiante en ella, que hasta hace poco no autorizaba la traducción de su obra al chino para evitar que su madre la lea.

El idioma que Elia oculta se mantiene vivo y subyace, embargado. Es tan auténtico e importante su valor emocional que nada puede eliminarlo.

Li dice: «No escribir, al igual que escribir, también puede ser deslealtad. ¿Escaparnos de la narrativa de nuestra madre es peor que escaparnos de la tierra natal y de la lengua materna?». Escapar, esa conexión entre lo que representa la madre como origen, lugar de nacimiento y de enunciación. Ella es la dadora de la lengua.

Pero Li también habla de lealtad, esa que los zapatistas le prodigan a la tierra, su madrecita.

Volver a la madre es lo que estoy haciendo al preguntar por el idioma materno de Elia. Es algo de las entrañas. El destierro de su lengua es para mí el abandono. No pertenecerle. Ni ella ni yo hemos querido escapar de nuestras madres. Muy al contrario, nos hemos sentido solas anhelando su abrazo. ¿Cómo romper ese exilio? Quizás es lo que buscamos.

Recuerdo los celos en el reproche de Elia cuando Ana, después de una visita muy breve en nuestra casa, alega que tiene que volver a su pueblo. Mi abuela prefiere a las hijas que no saben cómo desempeñarse en el mundo.

–Pero Sara y Norma ya están grandes, mamá, déjelas unos días, nomás la están esperando para que usted lave su ropa, que les dé de comer...

Ana inclina la cabeza.

La pena de despedirse como si nunca más se fueran a volver a ver. La mirada infinita que se tiende a espaldas de mi abuela para seguirla.

Tal vez Elia ve una injusticia en el fondo de la tristeza: su mamá sabe que ella es fuerte, que ha sobrevivido sola, que no la necesita. No reconoce la carencia de Elia, que quiere cuidarla, que descanse, llevarla de paseo. Ana solo sabe maternar sin reposo, entregarse a fondo, así y solo así.

Elia, esa hambre de tener a la madre.

Las contemplo. Una necesidad también se aprende.



A menudo siento que debo excusarme por no hablar náhuatl, ¿ante quién? ¿Se puede escapar de una lengua a la que no hemos sido convidados? Me pregunto, con Jhumpa Lahiri: «¿Cómo es posible que me sienta exiliada de una lengua que no es la mía, una lengua que no sé?». Al darle la espalda, ¿deja de existir la posibilidad del náhuatl, lengua de la que no me apropié? ¿Aún puede llegar a ser mía?

El poeta catalán Joan Margarit reconoce el reproche intrínseco:

Me ahoga el castellano, aunque nunca lo odié.

Él no tiene la culpa de su fuerza
y menos todavía de mi debilidad.

Mi culpa es paciente y ponzoñosa, acoge una insuficiencia vergonzosa: desconocer el idioma de mi madre.

Así es como muere una lengua: cuando no necesita ser hablada, escribe Louise Glück. Muy por el contrario, lo necesario fue, durante siglos, eliminarla o por lo menos ocultarla.

¿Cuándo se deja de necesitar decir lo que solo cabe en las sílabas lácteas de la voz materna?

Ocean Vuong, también arqueólogo de la historia de su madre, sobrevivientes ambos de la guerra de Vietnam, dice: «Ser o no ser. Esa es la cuestión. Una cuestión, sí, pero no una elección».

No elegí ser ignorante del náhuatl y tampoco elegí aprenderlo por cuenta propia.

Entonces, ¿por qué no sentir culpa?, le pregunto a Yásnaya.

—Porque es darle gusto a los que golpearon a nuestras ancestras para arrebatarnos la lengua. La culpa es la extensión de esos golpes. Y no les vamos a dar el gusto —me responde.

Nos conocemos en 2019, en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, la más grande en español, la que tiene lugar en el país con más diversidad lingüística de América Latina. Ahí, por primera vez, le hago mi pregunta —sí, después lo he hecho más de una vez.

¿Debí ponerme a estudiar náhuatl en lugar de inglés, en lugar de una maestría, en lugar de escribir cuentos y novelas, en lugar de criar un hijo? Son siglos acumulados de una historia en la que se nos impuso la uniformidad. Para Yásnaya resulta más que elocuente que precisamente México, un país donde sobreviven sesenta y ocho lenguas originarias, sea monolingüe en español. Por eso Carlos Montemayor pensó: «celebramos el mundo prehispánico, pero discriminamos a los indios de carne y hueso».

Son fallidas las estrategias del Estado anunciadas con pompa para evitar que mueran las lenguas originarias. Se hacen decretos, leyes, se pintan muros con mensajes condescendientes, pero en la trama de lo real cada vez hay menos hablantes. No se necesitan esos idiomas que hacen a las personas deficitarias de la cultura con mayúsculas, que las colocan en desventaja en sociedades donde lo que se valora es hablar una lengua hegemónica.

¿Quién necesita a Elia rumiando en náhuatl lo que queda de un mundo? En su resistencia no abandona la lengua, que como toda madre es causa y efecto. La encapsula. Se vuelve un secreto, algo que la constituye, imposible de compartir.

El poeta Mardonio Carballo organiza actos públicos para invitar a la gente a reconocer su genealogía sin la vergüenza ni los prejuicios asociados a pertenecer a comunidades originarias. En distintos lugares, Carballo pide que levanten la mano quienes hablan una lengua indígena. Se alzan muy pocas. La siguiente pregunta es quiénes tienen padres hablantes de lenguas originarias; hay algunas manos. Lo más emocionante es cuando les llama a manifestar si tienen abuelos que hablen una lengua originaria. Muchas manos, muchas. El ejercicio revela cómo de una generación a otra la transmisión de la lengua casi se detuvo.

No se ve posible que en el futuro las manos de los niños se alcen orgullosas para reconocer a sus ancestros y a ellos mismos como portadores de una

lengua originaria.
Lenguas para el silencio.



Culpa. ¿También por eso escribo esto? Escribir es para mí el último refugio. El primero me contuvo en el regazo materno. He ido de ese abrazo a la escritura, y nunca la había compartido con Elia de este modo. Cada vez que nos sentamos a hablar exponemos las entrañas. Ella sabe que sus palabras quedarán en este libro. Traemos también a Ana y a Sara, a tejer, a entreverar en nuestras lenguas esto que necesita, primero, ser preguntado y, después, contado: ¿cómo es que a una niña le arranquen la lengua? Y de qué niña estamos hablando.

«No tenemos que mirar el papel donde estamos escribiendo, estamos escribiendo en aire», nos dice Caístulo.

Elia, ¿ves este montón de páginas? Esta es mi lengua privada.



¿Soy como esos pasajeros que volvían a Hueyapan y en cada milímetro de su ser querían saberse y mostrarse distintos de la gente del pueblo, incluso de su propia familia? Durante un tiempo no tuve conciencia de que mis orígenes raciales y sociales eran considerados inferiores. Se le llama educación a ese proceso de abandono de vida anterior sobre la que solo pueden prevalecer el idioma, la visión, las costumbres de la civilización. El universo de mis ancestras no vale, excepto para demonizarlas, su ámbito representa la ignorancia. Lo que solo en el museo puede apreciarse porque es historia, es pasado, y no tiene lugar en el presente. Ingresé al espacio más eficaz para cerrarle la puerta a mi herencia cultural: la escuela, esa voraz máquina correctora. Escribe J. M. Coetzee: «en muchos casos el niño o la niña, a medida que crece, debe adquirir una segunda lengua dominante, que se convertirá en la lengua de su educación».

De Elia aprendí a ocultar la raíz. Me negó su lengua porque no quería que me doliera el origen. Eso no. Pero ¿qué sí quería para mí? Me dio las herramientas a su alcance. Insistía en enseñarme a cocinar, a planchar, a

coser. Tareas en las que yo resultaba una nulidad. Me lo recriminaba. Me comparaba con mi prima, perfecta en esas faenas.

No estábamos de acuerdo. Yo quería seguir leyendo.

Se quejaba porque no teníamos dinero. Cuando anuncié que iría a la universidad en la ciudad de México, dijo no. ¿De dónde?, me increpó. Los pasajes de autobús eran caros, y tendría que viajar a diario. Impensable pagarme un lugar para vivir allá. En el fondo, yo reclamaba una coherencia: si me dieron todos esos libros, ¿qué esperaban? ¿Qué no deseara más? ¿Escribir los míos? Fue mi padre, el hombre que me había comprado enciclopedias, que me dio ese mundo, un combustible para ambicionar otra vida, quien pagó los pasajes diarios para que fuera a estudiar, no sé cómo. O sí lo sé. Fueron años de grandes restricciones en casa.

Elia y yo nos distanciamos un tiempo largo, el de la vida universitaria. Claro que cambié. Me convertí en alguien que ella no imaginaba. A veces sentía que me miraba con la extrañeza con que contempló aquel primer librero en la casa. No nos reencontramos ni siquiera en los días de mi viudez, no fue entonces cuando más la necesité, en realidad nadie podía darme lo único que precisaba: una resurrección. Volví a casarme. Es mi reluciente maternidad, esa intemperie, lo que nos une otra vez.

Encuentro un libro del filósofo y sociólogo Didier Eribon, en el que habla de su madre, que al nacer no es reconocida por su padre y queda huérfana de madre a una edad temprana. Ella no habla otro idioma, pero sí un francés inferiorizado, el de una mujer pobre e ignorante.

«Yo había deseado fervientemente anular ese acento, esas locuciones, para convertirme en alguien más, alguien que no hubiera conservado nada de sus orígenes sociales y de su inferioridad cultural y lingüística inicial. Cambiar de clase, cambiar de medio social exige reaprender a hablar. Y rechazar la manera en la que uno hablaba antes», confiesa Didier, quien en su proceso de desplazamiento se asume como un «tránsfuga de clase», término que acuña en otros textos.

Consciente o no, me reformé, cosida a una certidumbre: tengo que trabajar más que los demás, va a costar más trabajo que me crean, que me lean, que me escuchen. Más, siempre más. Descubro que, para escribir estas páginas, lo más difícil no es hacer a un lado los prejuicios de los demás, sino los míos.

Advierte el filósofo francés: «ningún hijo sabe en verdad que su madre morirá». Tal vez lo sé un poco y por eso he podido volverme, para mirar e

interrogar mi vida; es lo que en verdad significa una conversación con la madre. Decirle: aquí estoy. He vuelto. Soy la inesperada, la única hija que tienes. Tu testigo. Y si no me hubiera alejado tanto, ¿habría podido verte? ¿Vernos? ¿Habría necesitado esta escritura o cualquier otra?

Cuéntame.



—Hace tiempo que no me da pena hablar náhuatl en la calle. Me da gusto, me siento orgullosa. Cuando tu abuela venía a Cuernavaca platicábamos en el camión y me decía: «Ya no hay que hablar así porque nos están viendo», y yo me enojaba mucho. Por eso le contestaba: mejor, que se nos queden viendo, ni saben lo que decimos. ¡Hablemos mal de todos!

Elia crea sus parcelas de resistencia ya adulta. Deja de sorprendernos, a mi padre o a mí, escucharla hablar en su lengua, aunque no lo hace con frecuencia, ¿con quién va a conversar así en Cuernavaca? Viene la abuela o alguno de sus hermanos de visita, y entonces escapan los pájaros de la jaula.

Con más de cuarenta años de distancia, la anécdota de Elia es casi idéntica a la que me acaba de contar la joven científica Jocelyn Cheé Santiago, que llegó de Oaxaca a la Ciudad de México para estudiar ciencias genómicas. Mientras se traslada en el servicio público suele contestar las llamadas de su madre en el teléfono celular. Conversan en diidxazá. A Jocelyn la cohíbe la mirada de los pasajeros. Me pregunto cómo respondería ella la encuesta sobre discriminación. ¿Consideras un acto discriminatorio que te vean como a un ser de otra especie, una inferior, por supuesto?

Elia me mira muy seria cuando le cuento esto.

—No somos bichos raros, pero así nos tratan. Uy, pero si son güeros y gringos los que hablan, la gente se endiosa con ellos, quieren hablar igualito que ellos, verse como ellos —dice.

Tengo casi la misma edad que la poeta Irma Pineda, ella ha escrito que sus abuelos solo hablan diidxazá, mientras que sus padres aprendieron «ya grandes y a golpes el español». Crece como Elia, en un permanente cambio de orillas, de la lengua materna a la implantada. Irma empieza a escribir poesía para que su corazón no se marchite en el olvido de su idioma.

Son testimonios de generaciones posteriores a la de Elia, pero que aún hoy conviven con ese régimen de supervivencia de los padres que quisieron allanar el camino a los hijos, que no sufran lo mismo que ellos. Si esto ha cambiado hoy se debe a subversiones personalísimas: a ella nadie le enseña a sentirse orgullosa de su herencia.

¿Y dónde más la he visto vivir en plenitud su lengua? Cuando Marcelo, mi hijo, tiene cuatro o cinco años, un día corre a la cocina para traer algo con qué cortar un lazo demasiado largo.

—¡Cuchilo! —grita.

Me parece extraño, sabe decir muy bien cualquier palabra.

—¿Cuchilo?

—La abuela me enseñó a decir cuchillo.

¡Queríamos tanto este viaje! Le había hablado a Elia de Oaxaca, el estado que concentra más de la mitad de la riqueza lingüística en México, una reserva cultural con zonas arqueológicas imponentes, museos y una producción artesanal fastuosa. El contraste es brutal, aquí también está el municipio más pobre de México, San Simón Zahuatlán. Pero esto solo puede verse fuera del guion para el turismo, adentrándose en el territorio.

Nos quedamos en la capital. Seremos turistas un fin de semana. Vamos primero al Jardín Etnobotánico, cinco hectáreas con más de dos mil variedades de árboles, flores y plantas. Nos registramos para recorrerlo en una visita guiada. Si le pregunto por remedios y hierbas curativas es muy probable que me diga que de eso no sabe nada, pero mientras caminamos por el jardín me señala diversas especies. Dejamos de seguir a la guía y hago otro recorrido con ella, que no sabe nada:

—Jarilla y ruda con alcohol y te sobas donde te duele. Jarilla o también se le dice azomiate... Aquel es un tipo de toronjil con flor rosa, hay otro que florea color moradito...

Oaxaca está llena de guajes, ¿ya viste...? Guaje y Oaxa, ¿de ahí vendrá el nombre? Aquel se llama árbol mulato y cambia de piel, míralo, parece de

carne. La corteza que deja puede curar el sarampión, en mi pueblo se usaba mucho porque no nos vacunaban, cuando llegaban las brigadas de enfermeras y doctores nos escondían, se creía que nos inyectaban para esterilizarnos... No me acuerdo cómo le dicen a ese..., es un árbol de espinas, también le llaman árbol de matrimonio.

Paseo a su lado. Como en tantos otros momentos, me sorprende lo que ignoro de ella. Es muy sensible a la presencia de árboles y plantas, los observa, trata de relacionar lo que conoce con las especies nuevas, se diría que les busca conversación, se maravilla, le pregunta a la gente por nombres y usos. Los árboles madre y Elia, mi desconocida.

Su manera de mirar, de estar en la naturaleza, es como habitar un poema. Pienso en el poeta tsotsil Canario de la Cruz, que me graba un audio por WhatsApp en el que describe así un paisaje de su comunidad en Chiapas:

«Dejé de respirar al ver cómo una hilera de peñas formaba una sola, en ambos lados del río. Caminé largo rato para llegar allá. Me llamó la atención las pozas de arena blanca, el agua cristalina, tibia. La frescura de una roca me atrajo, debajo de ella vi nacer agua, a unos metros de allí vi la tercera poza, más grande que las otras. El sol de la mañana se filtró, las fosas parecían entre dorado y magenta. Me dirigí hacia las cascadas. Desde lo alto de otra peña las vi caer, golpear las rocas del suelo. El hilo de la cascada más grande me masajeó la espalda. Antes de llegar a ellas pasé sobre unas rocas que, a primera vista, parecían resbaladizas y me impedirían el paso. No fue así, pero cada zancada que daba, me parecía que la brisa me ahogaba. Pues no me morí, aquí te estoy. Te invito a viajar por acá».

Aquí te estoy.

Por la noche Elia sirve té de poleo en el departamento donde nos estamos quedando. Le fascina ese tipo de menta que no se acostumbra consumir en Morelos. No sé si no se cultiva o el clima no lo favorece.

Se echa atrás en la silla del comedor, tan fuerte que pienso que pudo romper el respaldo. Suspira hondo.

—Nunca pensé que podría llegar a tener una familia. Que hasta iba a tener hijos.

No me atrevo a preguntar por qué.

Todavía no.

—Mi papá no sabía que hablabas náhuatl cuando se conocieron.

—No quería contarle, me daba pena. ¡Pero algo aprendió! A veces le decía: tengo muchas ganas de hablar en náhuatl, así que te voy a enseñar esto y esto. Nomás que no le contaba lo que significaba, y a veces él se acordaba y empezaba a decirme ixtlamata diantre pitzotl. O xiomictlan diantre iyulcan. ¡Solo le enseñé groserías!

Nos reímos.

—Dice tu tío Bertín que una vez se emborracharon juntos en Hueyapan, por allá tu papá se puso a gritarle cosas en náhuatl a un muchacho... ¡pero te digo, lo único que él sabe son leperadas! Por poco lo golpean.

Tal vez sea una de las mayores muestras de amor: dejar la orilla propia para hablar con el otro en su idioma. Tengo escasos recuerdos de mi padre intentando decir algo en náhuatl, casi siempre en reuniones familiares, con amigos. Su tono era burlón. En realidad, no quería hablar esa lengua ni comprenderla. Quería reírse y provocar risas en los demás, y lo lograba, resultaba cómico por inesperado escucharlo decir cosas que no sabía qué eran, casi nadie sabía. Ella era la que más reía. ¿Elia dio por sentado que a él no le interesaba saber náhuatl y su desquite anticipado fue enseñarle esas palabras?



—No me había puesto a pensar en los que hablan otras lenguas. ¿Cuántas dices que son? ¿Sesenta y ocho? Ay, Dios...

—Sesenta y ocho solo en México. Muchas han ido desapareciendo.

Puede ser abrumador pensar en la forma en que una historia como la de Elia se multiplica en las vidas de personas atravesadas por el lingüicidio que denuncia Yásnaya: «Al comienzo de la vida independiente de este país aproximadamente el 65 % de la población mexicana hablaba alguna de las lenguas indígenas, actualmente solo somos el 6,5 %».

—¿Te acuerdas de Alfredo? —le pregunto a Elia. Lo conoció en una ceremonia en la que fue premiado por su trabajo en mediación lectora.

—Sí, ¡el de Chiapas!

Cuando era niño, él y sus compañeros de escuela solo sabían una lengua, igual que su profesor. Solo que este no hablaba chol, sino castellano. El maestro era implacable al ordenar que los niños únicamente se expresaran

en español, incluso para pedir permiso de ir al baño. El niño Alfredo se ponía nervioso, una vez se orinó encima porque no alcanzó a recordar las palabras. Cuarenta niños que debían aprender el idioma del profesor para sobrevivir.

Hoy, la pequeña revancha de mi amigo, convertido en profesor de educación primaria, es que a los niños de primero y segundo grado les enseña a leer y escribir en su lengua madre. Ha descubierto que esto facilita que en tercero aprendan, casi solos, a leer en español. Las lenguas tienden al encuentro, dice la escritora Clara Obligado. No es sencillo que los padres de esos niños confíen en su método, se impacientan, les urge que el chol se apacigüe, que empiece su camino al silencio.

Gabriela Contreras se refiere a ese silencio protector de nuestros ancestros, a esa mudez elegida a la fuerza, como «un follaje indio», que se convierte en resistencia. Un decir: no desapareceremos.

Las de Irma, Jocelyn, Alfredo, Gabriela y Elia son voces que han podado el tupido velo para hacerse escuchar.

En España la dictadura franquista prohibió hablar el euskera y otros idiomas y dialectos distintos del castellano. El poder concibe patrias monolingües. Hirieron el corazón de un pueblo con medidas como la de cubrir con cemento las lápidas escritas en esos «otros» idiomas. No se reescribió encima, la plasta materializaba la intención de desaparecer una lengua considerada genéticamente aislada, única. En las escuelas se retiraron los libros que no estaban escritos en castellano. Los castigos por infringir la prohibición eran la cárcel, el escarnio público, y se ensañaban con las mujeres, a las que rapaban por ser vascas y republicanas. Sin embargo, en el linaje del euskera las prohibiciones tienen larga data. Encuentro esta defensa de la lengua materna de Aitzol Altuna en 1896:

«El Pueblo vasco-nabarro, tiene derecho perfecto e indiscutible a su lengua (...) si el hombre no le ha de ser dado hablar su idioma materno, preciso será confesar que carece de derechos».

El idioma más antiguo de Europa fue un perseguido.



En Internet se pueden hallar sitios así: «Últimos hablantes conocidos de lenguas muertas o amenazadas». Son reservas para criaturas en extinción. Imagino un mundo donde se hubieran preservado todas las lenguas, una Babel infinita; su pervivencia se ha dejado al azar de la necesidad. Las lenguas hegemónicas son la manifestación del poder económico, social, cultural en el mundo, ¿quién necesita hablar un idioma minoritario?

Si existe, la lista de lenguas extintas debe de ser inmensurable. Cómo sería asociarlas con los nombres de sus últimos hablantes, con sus vidas. Un trenzado sanguíneo. Un compendio de biografías, saber de sus existencias, de la infecunda belleza que es quedarse a solas defendiendo algo que saben que terminará por morir.

Cosmos en extinción.

Luis Sagasti recupera historias de seres con los que se ha muerto una lengua. Me atrae la presencia de Marie Smith, la última hablante del idioma eyak, hablado por quienes cruzaron el estrecho de Bering para afincarse en Alaska. Sobre ella dice: «Amor de vientre, entrañas que luchan en vano por lo que de todas formas ha de perderse. Ninguno de sus hijos quiso aprender su lengua».

Me pregunto por qué lo harían.



—¿Y no te daban ganas de hablarnos o arrullarnos en náhuatl cuando éramos pequeños? ¿Cuando nadie más escuchaba? —le pregunto a Elia.

Piensa la respuesta. Teme que la juzgue, se anticipa y se juzga primero. Su respuesta viene con vergüenza, también con honestidad.

—Yo lo que más quería era que me hablaran a mí; que si decía algo en náhuatl, me contestaran.

Al irse de Hueyapan, Elia salía de la infancia. Pero también algo quedaba larvado en ella. A los dieciocho años amamantaba a una hija, pero aún necesitaba la voz de su madre. El consuelo de su madre. Ese duelo en el cuerpo que acaba de parir.



Mientras caminamos por los puestos del mercado de Ocotlán, en Oaxaca, escuchamos a las mujeres hablando en zapoteco. El nombre verdadero de esta lengua, en su variante que pertenece a la región del Istmo oaxaqueño, es diidxazá, que significa «la lengua de las nubes». Elia escucha con atención la que me parece una de las más dulces tonalidades en un idioma.

—Pero el nombre de su pueblo está en náhuatl, no en zapoteco —susurra mientras ve de reojo a las marchantas ofreciendo quesos y tortillas azules.

—¿Ah, sí?

—Ocotlán significa «lugar de ocotes» —me dice al oído.

—¿No quieres que escuchen? —pregunto divertida.

—No, qué tal que no les gusta el náhuatl.

—Es que tu lengua ha viajado mucho, ¿ves? Aquí vino gente que hablaba náhuatl y nombró los lugares.

—Eso debe ser.

—Ocotlán se parece a Ocotepec —me refiero al lugar donde está mi casita de adobe.

—Sí, eso significa «monte de ocotes».

Más tarde, después de comer empanadas de amarillo, un mole de la región, y de beber un trago de mezcal, nos sentamos en una terraza.

—¿Sabes que hay un cuento de un escritor italiano donde se dice que el mole se inventó con tantas especias mezcladas para esconder el sabor de la carne humana? Porque nuestros antepasados se comían a sus enemigos...

—¡No! —se ríe con incredulidad.

Hay algo más distendido en nuestra conversación. Es el movimiento forastero del cuerpo, la novedad de las esquinas, de las montañas, los mercados. Vamos más al azar de la memoria, enlazamos lo que vemos con nuestros propios paisajes, a veces se me olvida grabar y tomo notas por la noche, después de un rápido baño para quitarme el sol de la jornada. Luego nos sentamos a beber té.



Cuéntame, le pido, de la foto con Rubén. Sonríe, la memoria le nubla los ojos. Me refiero a un retrato sepia junto a su hermano mayor, tendrán unos cinco años él; ella, tres o cuatro. Algo así. Están descalzos. Es una imagen

que la entristece. Un día se le ocurre llevar la foto a la agencia Kodak de Cuernavaca para pedir una reproducción. Ahí despacha una mujer a la que llamamos «la japonesita», en esta costumbre muy mexicana de usar el diminutivo para reducir la distancia y diluir la diferencia. Algo parecido hacemos con los niños a quienes, en las celebraciones tradicionales, se les disfraza «de inditos», como si decirlo de este modo contrarrestara la discriminación. En el mercado me dicen «pásele, güerita», para halagarme, a ver si así compro más.

La japonesita recibe la foto, añosa y frágil, con una encomienda: que por favor se haga una copia donde los niños lleven zapatos. Asiente vivamente. Elia, para estar segura, reitera las instrucciones mientras aquella sigue asintiendo; cuando se da la vuelta para irse alcanza a escuchar lo que parece la confirmación del servicio: «Nomás como están», asegura la dependienta. No ha entendido o una ética profesional le impide modificar el presente eterno del retrato. La reproducción es idéntica. Los niños siguen descalzos en la fotografía y en el corazón de Elia.

El tiempo en que mi madre vivió antes que yo. Esto es para mí la Historia, dice Barthes, mientras observa una foto de su madre muerta. La vida petrificada. Nada va a cambiar por mucho que los amemos. Eso, también, es una foto.



En Oaxaca escuchamos a la gente hablando en su lengua materna en calles o mercados, los comercios ostentan nombres en diidxazá: «Nanixhe», «Guela», pero en Morelos es distinto. No es en absoluto común. Por eso, cuando en un viaje de trabajo visito Cuentepec, me sorprende oír a los niños pequeños jugando y comunicándose en esa lengua tan familiar y misteriosa. Podría convertirse en una de esas paradisíacas ilustraciones de la revista religiosa *Atalaya*: un pueblo donde la gente habla náhuatl, sin vergüenza ni temor. Le cuento a Elia sobre mi viaje a este rincón del sureste de Morelos.

Voy allá con el propósito de entrevistar a Teodora, una gran alfarera, para un libro colectivo sobre las artesanas de esa comunidad. Teodora tiene más de ochenta años y no habla español. Higinia, su hija, tiene que hacer de intérprete.

El trabajo de modelar el barro es exclusivo de las mujeres; una intervención masculina es considerada «ayuda». Ellos se dedican a la labranza o a otros oficios. Las mujeres van al campo y sobre sus hombros traen la arcilla adecuada, de dos tipos distintos, y también cargan con la leña para encender el horno.

Quisiera que Teodora e Higinia no me sientan extraña, decirles que reconozco su lengua, aunque no la comprendo. Anhele cercanía, decirles que no somos tan distintas, ellas forjan con el barro y yo con palabras. Es como adivinar con los ojos cerrados el redoble de un corazón. Les hablo de Ana, de Elia, del pueblo, de las más mías. La sonrisa con la que escuchan mis palabras aún puedo verla. Si la lengua es un lugar, las alfareras comparten origen con mis ancestras.

Una característica divertida de la cerámica de Cuentepec es que las piezas toman la forma de animales sin perder una vocación de servicio: un cenicero con una cabeza de lobo; una olla de la que asoma una cabeza de gallina o un jaguar con las fauces bien abiertas; una vasija con cola de pez. No es que se amase un pez que sirva de cenicero: se moldea el cenicero, y el barro y el fuego conversan para escoger al animal que terminará emergiendo. Ya nadie recuerda cómo es que las piezas comenzaron a salir del horno ennegrecidas en algún costado, en una orilla, sin que la quemadura se considere un defecto. Siempre son únicas: no se pueden diseñar las manchas, a veces aparecen y a veces no, y son otro sello característico de la alfarería del pueblo.

Mientras Teodora me va mostrando sus piezas recuerdo de golpe la olla que Ana me regaló, la que tenía en la panza una trompa de cochino. Le cuento a las alfareras que cuando tenía veinte años o algo así, decidí ir a ver a mi abuela junto con mi amiga Alicia, a la que le encanta hacer excursiones. Hago pausas para que Higinia traduzca. Me emociona que el proceso sea a la inversa de lo que estoy acostumbrada a experimentar, Elia o Ana traduciendo del náhuatl al español.

Fue la primera vez que hice el viaje a Hueyapan sin Elia.

Mi amiga y yo abordamos y descendemos de tres camiones de pasajeros, desde Cuernavaca, para llegar al pueblo. Yo quiero que comencemos a caminar desde la entrada, ir por sus calles, pasar por el cementerio y comprobar algo que siempre me ha asombrado: a las cruces no las acompaña algún letrero con el nombre de los difuntos; los modestos túmulos se

desmoronan y los deudos saben volver al lugar exacto para juntar la tierra de nuevo. El camposanto de todos y de nadie.

Me equivoco y nos bajamos del camión en un lugar distinto. Caminamos bastante y al fin divisamos las casitas de adobe con sus techos de dos aguas. Abundan los árboles de peras, aguacates, tejocotes, y se adivinan los solares en los que se cultivan frijol y maíz. Llegamos muertas de sed y de hambre.

Ana se sorprende al verme. Solemos avisarle antes de llegar a visitarla. Olvido algo que a Elia nunca se le pasa: llevar comida para compartir, no aparecer con las manos vacías. Mi abuela gira sobre sus talones ofreciéndonos agua y lugar para sentarnos en el cuartito de la cocina. Alicia se deja caer en una silla desvencijada. La casa ha crecido, ahora ese jacal donde antes se hacinaba la familia es solo el lugar del fogón, los comales y las ollas. Ana no me esperaba y de pronto se echa a llorar.

—No tengo nada para ofrecerles.

Me doy cuenta de mi error. La abrazo, trato de consolarla. Alicia sale disparada a buscar una tienda, no sé cuántas cosas trae al volver, pero a Ana se le queda la mirada triste. Y es ese día cuando nos enseña su fantástico zoológico atrapado en barro; ha ido juntando cazuelas, platos, jarras y ollas en los domingos de trueque de Zacualpan de Amilpas, donde intercambia sus flores o frutas por las piezas de arcilla. Va cada semana de madrugada a ese mercado, uno de los más antiguos de Abya Yala.

Ahí, cuando aún no clarea el cielo, hay trueque: van y vienen chirimoyas, maíz, palanquetas de nuez, semillas de calabaza, las vasijas animalescas de Cuentepec, granadas, aguacates, chayotes cocidos, flores del jardín de mi abuela, los duraznos rubios de agosto, tejocotes que en dulce con canela curan la tos. Aquello que se puede vender primero se intercambia con gente de toda la región. «¿Cuántos cambios tus flores?», con esta pregunta empieza la negociación por los lirios nutridos de ceniza volcánica del solar de doña Anita Márquez Tejeda.

No se me borra la tristeza de la abuela. Me doy cuenta de algo más al fondo de su pena y de la mía, y es que para ella yo resulto ajena. Le avergüenza la mirada extranjera tan dentro de su casa, de sus alacenas desiertas. Con sus nietos del pueblo no actúa de ese modo. Los hubiera reprendido por llegar sin aviso.

—De por sí —dice.

Esa muletilla que le conozco desde que era niña, pronunciada entre suspiros.

Me lleno de una nostalgia que no es mía. Vine hasta acá para sentir a la madre ausente de Elia.

Nos da a escoger qué queremos llevarnos. Elijo la olla con trompa de cochino.

A Teodora le aseguro que volveré acompañada de Elia para que se conozcan y platiquen.

—Mi mamá quiere saber si estás casada —me pregunta Higinia.

Respondo que sí.

—Quiere saber si te pidieron con tus papás como es debido.

—Ni siquiera me pidieron —digo entre risas—. Yo solita me di.

A continuación, recibo de Teodora las indicaciones para resarcir la omisión terrible en mi vida. El hombre con el que me casé debe reponer una visita a mi familia con un gran chiquihuite lleno de tamales, un regalo que simbolice abundancia. Además, se espera que el novio entregue un guajolote vivo, un gallo y una cazuela con comida, un mole o carne de puerco bien guisados, con tortillas y salsa. Me imagino diciéndole esto a mi marido, ¿qué pensaría de tener que compensar su deuda tantos años después y cuando ya tenemos un hijo que va a cumplir veinte años?

—¿Tu abuelita no te dijo esto? —quiere saber Higinia.

Niego con la cabeza.

—¿A Teodora la pidieron así? —pregunto.

—¡Cuentan que toda la familia tuvo comida para tres días! Fue un fiestón. Y todavía faltaba la boda... —responde Higinia, que no está casada.

Uno de los rebrotes de Covid me impide cumplir mi promesa de volver a Cuentepec acompañada por Elia. Teodora muere poco después. Con ella se va una de las más diestras y queridas artesanas de su comunidad, y también una mujer que no necesitó hablar castellano para conocer y amar al hombre con el que compartió sus años, para domesticar el barro y el fuego, para criar a sus hijos. Para vivir.

Elia sabe de qué pueblo le hablo.

—¡Quiero ir a Cuentepec a hablar náhuatl! —dice.



Insisto en preguntar, parece que no termino de creerle.

—¿De verdad no nos hablabas en náhuatl, cuando estábamos chicos?, ¿no se te escapaba alguna palabra...?

—Dejé de hablar, pero no se me olvidó. Eso nunca se olvida.

Pasar al idioma que la lleva lejos de su casa, de los más suyos, es entrar voluntariamente en el silencio. Ser como Sara. Sale de ahí solo cuando se siente segura.

—Cuando nos fuimos a vivir a San Luis Potosí yo necesitaba alguien con quien hablar en náhuatl. No había. Ahora cuando voy a mi pueblo busco a las señoras, a los señores grandes, son los que no tienen vergüenza de hablar la lengua, llego y les voy diciendo: tlonontimotilia niga «¿qué está viendo, qué está haciendo?».

Hay un cuento que en las noches solía contarnos. Los nombres de los protagonistas estaban en náhuatl.

Esta era una princesa muy muy bonita, se llamaba Iztaccíhuatl. Su padre era un hombre rico y poderoso, dueño de tierras y de animales. No se sabía hasta dónde terminaban sus propiedades. A su servicio tenía varios guerreros, y uno de ellos se llamaba Popocatépetl. Era el más guapo y valiente. ¡Ella y él se enamoran! El padre fue bien astuto, lo mandó al muchacho a una guerra y le dijo que solo permitiría que se casara con su hija si volvía ganador. Que demostrara que la merecía. Al mismo tiempo mandó a otros para que lo mataran, era malo. Lo que de veras quería era separarlos. Popocatépetl se dio cuenta y luchó por su vida, logró vencer a todos los que lo atacaron. Pero a la princesa le llevaron noticias de que había muerto. Entonces ella muere de tristeza. Él vuelve a tiempo para velarla, llora arrodillado a su lado. Caía y caía la nieve, pero nada los separó. Su nombre significa «mujer dormida», y el de él, «volcán que humea».

—Así nos contabas la leyenda de los volcanes.

—Me acuerdo, sí, a ustedes les gustaba que se los contara una y otra vez. ¡No les aburría!

—¿Canciones de cuna sabes...?

Menea la cabeza.

–Y ha de ser bonito. Una amiga me mandó por WhatsApp una canción en náhuatl, cantan niños, es del Día de Muertos. Escucha.

En su teléfono comienza a sonar «La Llorona», reconozco solo la melodía. Canta ella también, se hace parte del coro:

–Huahualtzin huipil... ¿Escuchas? Mixqui es muertos.



Una ofrenda de gente pobre solo incluye agua, sal y una vela. Es el tributo más sencillo para los muertos. Apagarán la sed y tendrán el camino iluminado. Si se cuenta con recursos se añadirá pan o fruta, que perderán su olor y sabor: es la prueba de que las ánimas han consumido su esencia. Por eso se recomienda dejar guayabas, un aroma opulento, un manjar para el largo retorno. Ana pone ofrendas de pobre a su abuelo y a su suegro, y un día también a su esposo desaparecido.

–Yo creo que se resignó al quinto año de que se fue mi papá y le puso su ofrenda.

Tu abuela decía: «Si vive, no le hace daño, y si ya no vive...».

Cuando se hace novia de mi padre, Elia le muestra una foto de él a la abuela. No le gusta.

–Este hombre es malo, hija. Se le ve en los ojos. Déjalo. Yo sé lo que te digo.

No solo no lo deja, se va a vivir con él. Cuando mi abuela lo conoce personalmente se vuelve a decirle a ella, en náhuatl:

–Te hubieras buscado uno grandote. Tú te debiste haber casado en Tepango, allá tienen muchas tierras, siembran mucho, son ricos en maíz y frijol. Allá no hay hambre. ¡Vieras qué ofrendas ponen a sus difuntos!



Cuando muere, mi abuela Ana María tiene ochenta años.

Empieza con un dolor de cabeza, mareos, vista borrosa. La llevan al Hospital General en Cuautla, donde se sumerge en la oscuridad de la que ya no saldrá. Elia llega desde Cuernavaca para escuchar el diagnóstico de los médicos: un derrame cerebral. Me llama. Yo solo quiero saber una cosa:

—¿Está consciente?

—Dicen que sí —me responde entre lágrimas—. Pero no se puede mover ni hablar.

Ven a despedirte, no saben cuánto va a durar.

Mi viaje será desde Ciudad de México, calculo lo que tendré que hacer mientras Elia sigue hablando en el teléfono, de pronto dejo de entender lo que me dice, intercala palabras en náhuatl.

—¿Qué?

—Cetl es hielo. ¿Por qué quería hielo?

—...

—Dicen que es lo único que pedía cuando llegó al hospital.

En el trayecto, mientras manejo, veo pinos, cedros, encinos, sabinos. Los reconozco porque me los enseñó Elia.

Después de nuestro viaje a Oaxaca nos proponemos distinguir a los habitantes añosos del bosque de Hueyapan, y en esos paseos traduce del náhuatl los nombres de los árboles.

Un paisaje con una vista del volcán Popocatepetl tan bella como intimidante. Un volcán activo, con fumarolas frecuentes y conatos de erupción que desembocan en evacuaciones de pueblos enteros.

En una caminata a la que se suma Ana, me cuentan del avión que se cayó, en el que viajaba una actriz muy famosa.

—Tu abuelo subía cada tercer día al volcán a traer hielo para vender. Encontró pedazos del avión. ¡Trajo en su caballo! —dice Ana, con ese fraseo en el que se come preposiciones o algunas partículas.

—¿De veras?

—¿Entonces? —respondió.

—Eran restos de un ala —añade Elia.

—Venía la gente a mirar y tocar, a imaginar la aeronave entera a partir de sus restos. Se supo que la actriz del avionazo era Blanca Estela Pavón, de solo veintitrés años, protagonista con Pedro Infante de *Nosotros los pobres, ustedes los ricos* y otras películas icónicas. El avión de Mexicana de Aviación iba de Oaxaca a Ciudad de México, en el trayecto pasaba por Puebla, y por lo tanto cerca del volcán.

—El Popo chupa lo que pasa por encima, no deja. Pobres. Bajaron los cuerpos envueltos en petates, cargaban las mulas —sigue Ana.

–En el periódico salió la foto de la Chorreada –uno de los entrañables personajes caracterizado por la joven actriz– enrollada en un petate, y solo asomaba su piecito... Y también se ve su papá, los dos muertos –dice Elia en tono lastimoso.

Mi abuelo sale a buscar el hielo en su caballo a las tres de la mañana. Lo trae en costales donde previamente ha colocado hojas secas que mantienen la temperatura. Fortino, el de los raspados, espera su encargo. Debe estar listo a las once para que comience el negocio en la plaza, ahí ya estará el carrito con los frascos de jarabes de sabores.

Es un viaje en ascenso de cuatro horas para alcanzar una extensión congelada del volcán; suele llegar a la altura de lo que se llama Pico del Fraile, una protuberancia que rompe la simetría de la montaña. Se encuentra aquellos pedazos y no se resiste a recoger algo de la caída trágica.

Gabriel vuelve en ancas, sobre la grupa del caballo; en los flancos delanteros lleva a cada lado un costal rebosante. Aquel día se las ingenia para cargar también el trozo del ala; casi un pegaso.

–¿Cómo se dice hielo? –pregunto, en un ritual que ocurre desde mi niñez.

–Cetl –contestan a coro.

–¿Y frío?

–Ixtic.

Olvido de inmediato las palabras, ni siquiera las pronuncio para que escuchen si las digo bien. Ellas no esperan otra cosa. Así ha sido siempre.

Mi abuelo Gabriel atraviesa en su montura suelo yermo, ahí donde solo queda el desierto de lava y ceniza antigua del volcán. Piensa en sus injertos, en el corte sutil en cada rama, en la comunicación de la savia, en la primavera para los injertos de nogal o aguacate y en el otoño para los cítricos. En el invierno solo para esperar, para presentir lo que florecerá.

En qué piensa un hombre que une su soledad a la de su caballo, mientras hace un viaje de ocho horas, cuatro de subida y otras tantas de regreso.

Es algo que me gustaría saber hacer. Cabalgar y trasplantar. Poner una vida en otra.



En el Hospital General de Cuautla le dan el alta a Ana. Dicen que ya no pueden hacer nada y que estará mejor en su casa. No saben cuánto vivirá en ese estado y necesitan la cama para otros enfermos. Elia me informa esto por el teléfono celular. Le ruego:

–Por favor que le den sedantes.

Me duele imaginar que tiene conciencia de su estado. Que siente pánico al saberse encerrada en su cuerpo, mundo infranqueable. La ambulancia la lleva a su pueblo, Elia no se le separa.

Aprendí a no llegar a casa de mi abuela con las manos vacías, y creo entender la necesidad de ese momento.

Me hago acompañar de un médico especialista en cuidados paliativos. Por suerte encuentro a la amiga que una vez me habló de él. La ayudó con su madre, atrapada en uno de esos trances necios que alargan la vida. La mujer tenía una enfermedad terminal; el protocolo clínico era bombardearla con morfina para que no sintiera dolor, solo prolongaban la agonía. Pienso también en mi amiga Luz. Durante años controla un cáncer con dosis regulares de quimioterapia, el catéter permanente incrustado en el cuerpo. Una tarde me invita a tomar un mezcal en su casa. Se despide. El cáncer va subiendo a su cerebro: no puede aceptar lo que eso implica, una intelectual brillante que se volverá un vegetal. Se despide porque toma en las manos su final. Se irá a su manera, tiene ese derecho.



Para entrar en la casa de mi abuela se pasa por un caminito corto en el que hay gallinas y perros. El piso es pura tierra apretada. Cruza por mi mente la «guajolota loca», así llamada por Ana después de un episodio que solía contar entre risas: el ave será sacrificada, está por torcerle el pescuezo y de alguna manera logra escabullirse, sale corriendo hacia la calle, es imposible darle alcance. Reaparece al día siguiente, mi abuela le perdona la vida. Estará por ahí, en la comitiva que nos recibe al médico y a mí.

Ana yace en su habitación austera, amueblada solo con una cama y una cómoda pequeña.

En la pared cuelga de un clavo un calendario de papel. Sara le cepilla el cabello largo, completamente blanco. Su semblante es tranquilo. Parece dormida. Un hada. Le beso la frente. Las manos.

–Aquí se siente mejor, en su cama. Ella sabe dónde está –asegura Elia.

–¿Tú crees? ¿Ha reaccionado? –pregunto con una mínima esperanza.

En voz baja, para que no escuche nadie más, me responde:

–Le he estado hablando todo el tiempo. Me escucha.

–¿Cómo sabes?

Se le anuda la voz.

–Por sus lágrimas... se le escapan.

El médico le pide a Elia que avise a Ana que va a revisarla. Mi madre se acerca a su oído y fluyen en náhuatl las palabras. Mientras habla le da ligeras palmaditas en el hombro, llama su atención, que la escuche, que no se distraiga.

El médico la examina, comprueba los reflejos, vuelve a ver los resultados de la tomografía. Nos llama aparte. Dice que, a excepción de lo ocurrido en el cerebro, la abuela se encuentra muy sana, eso significa que puede mantenerse viva un tiempo indefinido. No es bueno porque no hay forma de que todo lo muerto en su cabeza se regenere y es muy posible que tenga conciencia de lo que le ocurre sin poder reaccionar. La cárcel del cuerpo.

–Un sufrimiento inútil, ¿están de acuerdo?

–No queremos que sufra, doctor –responde Elia con voz firme.

Más tarde despido al médico en un taxi. Nos deja una receta para unos parches que mantendrán a Ana sedada, él mismo le coloca uno en el hombro y deja otros más. Asegura que regresará en un par de días. Ya no será preciso. Estoy afuera de la habitación, miro por la puerta entreabierta a Elia sentada en la cama al lado de mi abuela, susurrándole en náhuatl, las puntas de los dedos percutiendo una puntuación que solo ellas saben.

Está serena cuando sale a traducirme, innecesariamente, su promesa.

La gran preocupación de Ana son sus hijos sordos.

Y ahí está Elia regresando al cuidado de sus hermanos pequeños. O nunca los había dejado.

Esa noche Ana deja de respirar.

En medio de los preparativos del funeral Elia conversa con su hermano mayor, Bonifacio. Voy junto a ellos, injertados en sus recuerdos. No hablan de la abuela. En cambio, evocan a su padre. Al abuelo le prestaban dos bueyes para preparar el terreno y su cultivo. Se colocaba firme entre ellos con el arado, debía ir bien derecho, abriendo el surco para sembrar.

—Detrás de la yunta iba yo, para echar las semillas. Hay que conocerlas. No todas van a nacer. Por eso hay que saber mirarlas, es mucho trabajo para que no se logren. Echas en el surco tres o cuatro de maíz y siempre tres de frijol —dice Elia.

No son los hijos varones, sino ella quien más acompaña a su padre en el campo. Es sembrar y cosechar; cuando se rasga la tierra brotan papas.

—Las juntaba en mi morral y luego las hervía con sal...

—... Hacíamos tacos y nos sabían a gloria —completa Boni.

—Íbamos al campo los sábados y domingos. Me gustaba mucho ir a la escuela, pero mi mamá me decía: Shiguita, hija, nigane amo... «No, Elia, no puedes ir. Tú aquí. No te vayas a quemar. Le atizas a los frijoles, si ves que se secan echas agua calientita, ahí te dejo el agua en el fuego».

Y se iba Ana a lavar ropa al río.

Hasta ese momento reparo en Sara, cuya respuesta vital está hecha de acciones contundentes. La veo rodeada de un halo blanco: plumas que se desprenden de las aves que están pelando las mujeres de la familia, ya ha ordenado que las maten para preparar un increíble banquete. Cocinan el mole, llevan el nixtamal al molino y con la masa van a hacer tamales; hierven una olla grande de café con canela. Aparecen botellas de cuatecomate, el licor de frutas que le gustaba a Ana. El velorio tiene que ser en grande, así corresponde a una mujer tan querida en el pueblo. Esto se vuelve una fiesta, pienso, desorientada, sin saber qué me corresponde. Elia, en la habitación con Ana, va a vestirla y arreglarla.

Más tarde va llegando la gente, se les recibe con café y comida. La casa se llena de flores blancas y su perfume. Preguntan por Anita, parece que esperan que salga a saludarlos. Preguntan con paciencia infinita qué le ocurrió, cuándo, de qué modo, quién estuvo con ella. El relato va de unos a otros. Muchos pájaros trinando, todos al mismo tiempo, voces de mayores en las que predomina el náhuatl. A veces se dirigen a mí y tengo que disculparme, decir que no entiendo, y me apena tanto que siento calor en el rostro, me sonrojo de vergüenza, pero sus respuestas me sorprenden, se

disculpan más que yo, como si hubiera sido una grosería suponer que conocía su lengua. Ofrezco café.

Aparece un viejecito apoyado en un bastón. Es el único que trae flores amarillas, unas rosas. Las favoritas de Ana y también las mías. Me le acerco, recibo el ramo. Jala una silla y se arrellana, deja el sombrero a un lado. Le llevo un jarro con café.

–Te pareces a ella –me dice en español.

Asiento.

–Te pareces más que cualquiera de sus hijas. Los pómulos y la barbilla –dice sin quitarme los ojos de encima. No sé por qué le doy las gracias.

–¡También se te hacen hoyuelos cuando sonríes!

–¿La conocía desde hace mucho?

–Yiga, yiga –suspira–. Nos vamos quedando solos.

–¿Conoce a mi mamá?

–Elia. Ojalá no se hubiera ido. Me gustaba para nuera. Fue compañera de mi hijo en un baile de la escuela, estaban muy chicos, pero me acuerdo que ella llevaba su vestido amarillito. Se fue... Todos se van.

–Era de papel. El vestido –digo. No parece comprender.

Imito lo visto y escuchado en el funeral, le ofrezco que pase a ver a Ana en su ataúd. Me mira desolado.

–Mejor no. Mejor no. ¿Le pusieron su chincuate? ¿Los ixcacles nuevos que le traje de San Felipe?

Tampoco sé por qué respondo que sí. Memorizo la palabra que desconozco. Más tarde confirmo que se refiere a la indumentaria tradicional del pueblo, la falda negra de lana, el cinturón rojo, también de lana.

Le pregunto al amigo de Ana por su nombre. No me contesta. Toma mi mano, la suya de piel muy delgada, tiembla. La lleva a su mejilla. Una lágrima.

–Cualli Ohtli, Anita. Ni mitz tlazohtla.

Dejo la otra mano sobre su hombro.



Cuando se satura el cementerio del pueblo las autoridades disponen otro lugar para los nuevos difuntos. Es un campo despejado, rodeado de

montañas y árboles inmensos. A la entrada del camposanto los familiares del difunto reciben a quienes acuden y agradecen su compañía ofreciéndoles galletas de animalitos que sacan de un costal. El que quiere más vuelve, mete la mano y saca un puñado. Las oraciones se suceden mientras masticamos discretamente y lloramos callados.

Antes de las paladas de tierra, se acostumbra dejar caer la ropa del difunto en el sepulcro, si no toda, la que más usaba. Ayudados con cuerdas, los sepultureros bajan el ataúd. Sara y Joaquín, los hijos sordos que vivían con Ana, echan algunas prendas. Un rebozo de lana, el mandil azul de algodón. Se me rompe el corazón cuando veo en el aire un girón rojo, quisiera atraparlo, es el gorro de lana con el que se protegía del frío.

La fosa y el ajuar de Ana. «El vestido es perecedero, constituye para el ser amado una segunda tumba», vio Barthes, en duelo por su madre.



—Se te está olvidando contar algo. En el entierro estuvo Luisita, la amiga de tu abuela. Me trajo una bola de lana que mi mamá había hilado en su telar, y se la dio con el encargo de que me hiciera un rebozo. ¡Para mí! Ay, no sabes cuánto había querido yo que me diera el mío, ya les había dado a Sara y a Norma, nomás faltaba yo...

—¿Y el rebozo?

—De pura tristeza Luisita ya no quiso hacerlo. Me devolvió el ovillo, lo guardé por años... no sé dónde quedó —murmura. Su semblante se apaga.

—¿Y todavía vive, Luisita?

—Vive. Y sigue haciendo rebozos.

—¿Y si se lo volvemos a pedir? Que termine el encargo.

—¡Me da hartito miedo! Dicen que es bruja. Que por eso no se muere. Ni siquiera está enferma. Tu abuela era su única amiga.

—¿Pero por qué le tienes miedo, qué te dijo...?

Elia desvía la mirada.

—Ella es la que le metía a mi mamá ideas locas. Le contaba que mi papá la había dejado por otra mujer. Que tu hermano se había enfermado por una maldición. A mí me dijo que le había avisado a Anita que la muerte la rondaba. Es mala.

No dice más. Su mano revuelve el aire para ahuyentar sus propias palabras, pero ocurre otra cosa. Ese movimiento trae algo. Recuerdo el nombre, lo dijo mi abuela cuando me hizo la curación de la sombra. Luisita, la curación que me mandó Luisita.

III

EL LENGUAJE ES AMPARO MATERNO

Elia descarta dioses.

Desfilan uno tras otro, con sus séquitos de santos, vírgenes y profetas, con sus historias gloriosas, y ella les ofrece, en la piedra sacrificial de sus días, nuestros días, su propia vida. Me horrorizo cuando la escucho rezar en voz alta y pedir que la muerte se la lleve a cambio de sanar a su hijo. Mi padre también la escucha, le da la espalda, ebrio de derrota.

Indiferente a cualquier santidad, sin apegos, ella nos toma de la mano a Gabriel y a mí y nos acarrea de un culto religioso a otro. Busca el milagro que tanto necesitamos. Vamos a asambleas, a ceremonias, pero los moretones siguen ahí. Los estragos de la quimioterapia, la dolorosa intervención en la médula. Lo perderemos, ella no puede detenerse.

Y a pesar de que negociamos con distintos credos, o quizás por eso, la consecuencia natural es que me vuelvo atea. Cuánto agradezco que mis padres no pongan ningún empeño en que vaya al catecismo con mis compañeras de escuela, o en que aprenda rezos o a persignarme. En cambio, aprecio las hazañas narradas en la Biblia, esas me fascinan, sobre todo los desastres, el diluvio o la caída en desgracia de Egipto, donde les caen las diez, ¡diez! plagas. Nadie castiga como Jehová.

Por las tardes cuido de mi hermano mientras Elia va a sondear coordenadas milagrosas. Leemos la Biblia, nos gusta imaginar cómo debió de cimbrarse el suelo cuando se grabaron en piedra los Mandamientos. Aunque no conocemos el mar, y Gabriel nunca lo vio, nos encanta figurarnos esos instantes en que las grandes aguas se parten en dos para que los elegidos atravesaran, algunos despejan el camino pateando anémonas, estrellas de mar o caracoles.

En las revistas *Atalaya* o *¡Despertad!* que nos obsequian los Testigos de Jehová se presenta un nuevo mundo paradisíaco, las ilustraciones son

preciosas: niños jugando con leones, tierras verdes con frutos abundantes, todos sonríen. Solo que para ingresar en ese paraíso hay que morir y luego resucitar, no recuerdo si antes, durante o después del juicio final y de las trompetas de los ángeles estallando en cada rincón del universo. Pero nosotros, temerarios, queremos esta tierra, esta vida, ahora, ahora y ahora.

Elia vuelve con estampitas religiosas y oraciones como fórmulas mágicas para pedir sanación. O trae medicamentos milagrosos: cápsulas de polvo de víbora de cascabel, hierbas para té curativos, polvo de piedras raras para esparcir por las esquinas de la casa, papelitos donde le anotan oraciones que deben recitarse varias veces al día. La veo sentarse ante la mesa, extender los productos mágicos, analizarlos con cuidado, y con resignada tristeza echarlos a la basura. Cuando le pregunto por qué no usamos los remedios, contesta que los médicos le han advertido que se cuide de los charlatanes. Esa palabra se me graba. Solo puede corresponder a gente muy mala.

Nos lleva a la ceremonia de una iglesia evangélica. El pastor invita a todos a concentrarse en lo que queremos decirle a Dios. Pide que pensemos que Él tiene un idioma divino, por lo tanto, solo va a comprendernos si le hablamos en lenguas. Cierren los ojos, concéntrense y hablen con el Señor Todopoderoso.

El pastor pone el ejemplo y deja de entenderse lo que dice por el micrófono. Alza sobriamente una mano, gesticula y en su tono hay dulzura. Qué bonito, pienso. Poco a poco un murmullo de abejas comienza a llenar el salón. Gabriel me toma de la mano y se pega a mí. La gente parece estar en trance, izan los brazos y entran en conversaciones confusas con lo invisible. Así ha de ser por dentro un panal.

El murmullo va subiendo de volumen. Nos da miedo, algunos comienzan a gritar y llorar.

Gabriel tira de mí para volverme hacia Elia. Ahí está ella, con los ojos bien abiertos mirando algo más allá del techo, alto, muy alto, diciendo cosas que solo se pueden decir a Dios buscándole los ojos.

—El niño, mi niño... Piltzintli. Xocoyotzin...

No podemos entender lo que dice.

Pero lo sabemos.

En náhuatl, rogaba por su hijo en náhuatl.



Los padres de mi amigo Miguel, maestros de primaria, sí le enseñan náhuatl a él y sus hermanos. Son originarios del país de Xoxocotla, como él llama a esa pequeña localidad en el estado de Morelos, no tan cercana al volcán. Es investigador en el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, su trabajo consiste en dibujar mapas y comprender la toponimia que explica lo esencial de ríos, montañas, tierras, el origen de los nombres.

—Si la gente supiera náhuatl comprendería que Acolapa significa «lugar que se inunda» y no construiría allí una casa —me explica.

También pinta. Me enseña una de sus acuarelas, es de dos ríos que se unen. El nombre de esa juntura, dice, es lamonemiguian, significa «beso o morir por los labios». Significa encuentro.

Hay un placer curioso en escucharlo decirme cosas en náhuatl, una voz masculina en la que navegan las palabras de mi abuela y de Elia. Hablamos de mi recuerdo en la iglesia evangélica, me gustaría saber si Elia estaba pidiéndole a Dios que sanara a mi hermano.

—No creo. En mi pueblo no existe ese ruego. Se intenta sanar con medicina tradicional, se hace la lucha, pero no se busca convencer a otra entidad de curar al enfermo. He visto en pueblos indígenas que tienen bien definido el ciclo de la vida.

—¿Incluso si se trata de la vida de un niño? —le pregunto.

—Sí, también.

Otra manera de entender la vida. La muerte. Me entristece.

Ninguna palabra parece justa. Es un dolor que descoyunta, que hace desear la muerte, para el que no hay edad ni lenguaje, solo intemperie. Aunque el recipiente humano sea más pequeño, la herida queda. El mundo adulto prefiere creer que los niños olvidarán porque se confunde olvido con resguardo. Esa memoria queda sumergida en una Atlántida emocional. Su existencia se articula en tres palabras que crecen en una misma y aparecen con mayor frecuencia al mirar hacia la infancia: No me acuerdo. Un gesto amnésico, una tristeza protectora, dice Joan Margarit.

Estos recuerdos son mis pájaros, con su canto voy a descifrar, si es posible, la época en que mis padres se llevaron a mi hermano al hospital y me dejaron con Ana y Sara. Aunque no todos pudieron salvarse de ese tiempo feroz, necesito acordarme. Un movimiento en sentido contrario, abrazar y abrasarme en esa memoria.

Vuelvo a una de mis lecturas más asediadas. El escritor Pascal Quignard piensa que al menos hay tres memorias que terminan por configurar un triple pasado: que nunca haya sido, que haya sido, que se haya rechazado. La última es la que duele, implica que se han reconocido la fantasía y la verdad, pero no que se ha comprendido ni perdonado. Es a las puertas de esa tercera memoria donde se gesta el olvido protector, esa espuma resistente al tiempo. «No me acuerdo».

Quien escribe sobre la memoria no transita por territorio banal. Aparecen con claridad estas madres e hijas hambrientas, soberanas de su desposesión. He visitado estas ensoñaciones más de una vez. No hay cordura ahí. ¿Por qué habría de haberla en la irrespirable atmósfera del dolor? Soñamos, seguimos soñando con eso que nos fue quitado. La vida preciosa de un ser amado, la lengua privada, viva en su reservorio, un apéndice bien oculto. Lengua privada de su hablante. La imposibilidad del habla. El tajo de la pérdida.



Cómo se dice sangre en náhuatl.

Cómo llamar a la sangre que nos une a Gabriel y a mí, la que se adelgaza bajo su piel, la de los hematomas, la sangre enferma, ¿cómo nombrarla en la lengua de nuestra madre?

La sonrisa teñida de rojo, la que escapa de sus encías.

–Yeztli –responde Elia.

Dormimos en una litera, él abajo, yo arriba. Me despierto con el trajín de mis padres tratando de ayudarlo. Además de los moretones, del cansancio y la falta de apetito, la enfermedad se revela en un vómito de sangre.

Esta noche papá ha estado bebiendo en casa con uno de sus hermanos. Todo se vuelve un lienzo de brochazos equívocos. Una deriva insólita. Me dejan en casa de la vecina y se van al hospital. Gabriel no va consciente. Mi

padre lo lleva cargando, como dormido. Sé que no duerme. Empieza a irse, tardará unos años, pocos e inmensos, pero va a irse. Urge estabilizarlo. Al médico no le importa que mi papá tenga aliento alcohólico, hacen la transfusión de inmediato. Al recordarlo Elia abre los brazos, una crucifixión, el padre, el hijo:

–La sangre va de tu papá a tu hermano.

Es de madrugada. A la hora en que la vida cambia para siempre.



Entre bocanadas de sangre se le iba la infancia a Gabriel. ¿Existe un nombre para eso que acompaña a las enfermedades terminales en los cuerpos de los niños? Eso que les hace mayores de golpe. Una madurez insensata, un anciano que se les cuelga del cuello.

No vuelve a ser el niño que se llevan al hospital. Cambia en un instante. Retorna y en su mirada hay una intensidad que a veces me hace bajar los ojos. Yo qué puedo entender del dolor de su cuerpo, de los estragos que me muestra con naturalidad: se levanta la camisita para que vea su espalda, las marcas de una aguja que entra en la médula espinal. Jamás pregunta por qué le sucede esto.

Al mediodía, jugando en el patio, le acaricio la cabeza. Comienza a salirle el cabello y me hace cosquillas en la palma de la mano. Nos sentamos, recargados contra el muro tocado por el sol, y nos quedamos dormidos con el perro lamiéndonos los pies.



No es abandono, pero se siente igual que abandono. Y tal vez lo sea, pero quién va a detenerse a juzgarlo o a resarcirlo.

Sé que mi hermano se puso muy enfermo.

Que necesitan llevarlo a otro hospital y queda lejos, en otra ciudad.

–Ya eres una niña grande –dice Elia antes de irse, como si con estas palabras pudiera cerrarle la puerta a mis miedos. No dice que a esa edad ella se fue de su casa, pero su historia es una fuerza que se cierne sobre mí aun

cuando no me la haya contado, no directamente, pues la he escuchado. La sé.

Y también comprendo que por eso vienen a la casa Ana y Sara, para cuidarme. De todos modos, despierto con pesadillas, aterrada, y me hundo en el regazo de la abuela y manoteo, siento que me ahogo, me anego en la desolación. Tengo nueve años.



Las tres en la casa.

Aún gravita en Sara el olor de las guayabas que se acaba de comer. A mí me gusta mucho ese aroma, pero desde que abrí una guayaba y asomaron su cabecita con punto negro los gusanos, ya no las quiero. Sara se ríe, las devora frente a mí. Come con alegría, con algo que no es hambre, sino fuerza, verdad, como si se pudiera masticar luz. Así se acaba cinco guayabas y yo deseo que al rato le duela la panza, tantito, lo suficiente para que no salgamos a la calle.

A Sara la comprendo mucho antes que a la abuela. Sus palabras se articulan en movimientos claros. Asiento a cada cosa que me dice.

Ana quiere hacernos creer que aquí podemos ser igual que en su pueblo, allá los domingos antes del amanecer se va al trueque del mercado de Zacualpan, a cambiar la fruta que corta del solar, los aguacates, los membrillos, por palanquetas de cacahuete o piloncillo. Lo que no sale en el trueque cuando el cielo aún es oscuro lo venderá después. Cuando el sol aparece y se han colocado todos los puestos en la plaza, la abuela encuentra su sitio en medio de todo, se alisa la falda y se sienta extendiéndola, un círculo que pone los límites de ese pequeño territorio. Dispone en montoncitos los duraznos, las sardinas de zarzamoras, los elotes y manojos de quelites.

Me mira y siento su esperanza. Tengo la piel morena como ella, los ojos rasgados, el pelo largo en dos trenzas que las niñas de la escuela me jalan. Cuando me corto el cabello muy cortito me doy cuenta de que la forma de mi cabeza es igualita a la suya. Mi rostro también, que no es redondo como yo creía, y lo creí tanto que el espejo no me dejaba ver otra cosa, cuando estoy muy triste se afila y me parezco menos a mí y más a ella.

Me mira y decide pensar que por dentro también nos asemejamos.

–Tú eres la que va a gritar –me explica Sara abriendo y cerrando un puño sobre mi garganta. Después, afuera, repetirá ese movimiento de tenaza para sorprenderme, para comprobar si de verdad estoy usando la voz.

Saldremos a esa calle larga que aún no es considerada el centro de Cuernavaca porque la separa de allá una barranca. Un día esa hondonada se llenará de casitas y habrá caminos. Un día les pasará por encima un puente para coches y peatones. Pero ahora tenemos una herida ahí que nos distancia, y esta es la calle a la que la abuela nos manda con una cubeta llena de duraznos y otra de tejocotes. Dice que hay que gritar para que nos escuche la gente y nos compre la fruta. Tienen que gritar, lo dice en esa lengua que habla con Elia, pero nunca, hasta ahora, conmigo ni con mi hermano. Y entiendo porque la abuela dice esto también para Sara. Trago saliva. ¿Cómo es que vamos a gritar si Sara no oye ni habla? Lo que en realidad quiero preguntar es ¿cómo voy a gritar yo?

Elia se la pasa diciéndome: habla más fuerte o van a creer que eres mudita.

Sara es muy comedida, lava las cubetas, arrastra los costales repletos que trajo con la abuela, es fuerte, carga con ellos como si nada. Me dice que yo lleve las bolsas donde le daremos a la gente la fruta que nos compran. Obedezco, no sé negarme a esto, no sé cómo podría. ¿La abuela sabe que yo no sé vender?

Elia me hace el desayuno cada día, pone en mi mochila un sándwich y un Boing de mango o de guayaba, y me lleva y me recoge a la puerta de la escuela. Pero hoy no será así. Y muchos días en adelante no será así.

Aquí nos quedamos las tres. Ellas me cuidan, Sara y la abuela. Desde que mi hermano se llenó de hematomas y la sangre le fluía imparable de la nariz y la boca, todo cambió. «Haz lo que te diga tu abuelita», son las instrucciones que recibí. Hoy iré con Sara a venderle fruta a la gente. ¿Y la escuela? Ana se encoge de hombros.

Mientras selecciona la fruta para cada cubeta la abuela habla en su lengua. No sé por qué dice todo eso si Sara no la escucha. Tampoco sé si se dirige a mí. Levanta los brazos y los extiende, está dibujando en el aire, de repente se pone de pie y toma mi mano, sigue murmurando, bailan mis manos con las suyas y soy yo la que está dibujando ahora, ya sé qué es, ya entendí y me río, si hay que poner un volcán en el aire es necesario pararse de puntitas.

–Abuela, me da miedo la calle.

Le cuento que la maestra nos advirtió que debíamos tener mucho cuidado. Que hay una banda llamada «Los mochacabezas» robando niños. Que los quieren para decapitarlos. Que ya se robaron tantos que pueden hacer un puente largo con sus cabezas.

La abuela se lo explica a Sara, que me mira incrédula.

—Es mentira —dice Sara: saca la lengua y le añade cinco dedos para alargarla tanto que resulta falsa.

Cuando mamá empezó a trabajar en la fábrica, Sara vino a vivir a la casa para cuidarnos a mí y a Gabriel. Estuvo aquí cuando él se enfermó. Ha estado lo suficiente como para que todos sepamos que puede hacer cualquier cosa; yo creo que sabe caminar por el techo sin pisarlo, subir a lo más alto del árbol y sentarse a horcajadas en una rama toda la noche, pasar la mano por la fruta verde y hacerla madurar en un instante. Sus ojos cambian de color, del café tranquilo al amarillo de la llama de una vela. Una vez me pegaron piojos en la escuela y ella tomó un peine muy fino con el que sacó los huevecillos de las liendres. Me hizo reír mucho y ya no volví a sentir aquella comezón endiablada.

Me resigno a ir con Sara. Me apura, dice que vaya al baño antes de salir. A ella nadie le ordena qué hacer, parece saberlo todo. Una puede quedarse mirándola y pensar que es como cualquier gente, pero de pronto suelta una risa muy fuerte, o resopla, saca ruidos de la garganta mientras mueve las manos rápido para darse a entender, hace gestos, alza las cejas, tuerce la boca, y entonces se ve que es distinta.

Nadie fija la mirada como ella, desde la invisibilidad muda. No la cuentan. No le preguntan. A Sara la han empujado siempre a la calle con las cubetas y se las arregla. Le dan papelitos con los precios de la fruta. Otros papelitos dicen los itinerarios de los camiones de pasajeros, debe asegurarse de saber cuál tomar para ir y volver. Memoriza números y palabras, sabe su significado: lee. Nunca se pierde.

Lo único que Sara no puede hacer es escuchar o hablar igual que los demás, pero a mí me dice cosas todo el tiempo.



La abuela decide que necesito una cura para el mal de espanto. Que en un sueño le contó a su amiga Luisita, la curandera, lo que me sucedía, y ella le dijo qué hacer.

–El corazón está girado. No se puede quedar así. Hay que buscar el pulso. El tonalli.

–Mi mamá dice que hay que tener cuidado con los charlatanes –digo, en un gesto de resistencia.

–No te va a doler.

Como un planeta fuera de su órbita, dentro de mí el corazón aúlla. Necesito a mis padres. Extraño a mi hermano. Siento que nada bueno vendrá con los días.

Ana me soba los brazos, arriba y abajo, con el pulgar tensa y busca un latido, un pulso perdido. Mi sombra. La llama.

Pasa unas yerbas por todo mi cuerpo, fuma un cigarro y me echa el humo encima, toso. Me lloran los ojos. Luego arrastra sobre mí unos huevos rojos para limpiarme. Al día siguiente el mal se ha trasladado a mis ojos. No veo bien, es como tener unas molestas lagañas. Cuando vuelve, Elia me lleva al oculista. Mi enfermedad es progresiva y se soluciona con el uso de anteojos. Se convierte en un gran alivio poder quitármelos cuando me canso de ver lo que veo. Me aficiono a percibir la lluvia no por la caída del agua, que no logro enfocar, sino por el temblor de las hojas de las plantas.

Este es mi hábito secreto, entonces y ahora: caminar por el bosque sin lentes, escudriñar árboles tras las córneas deformes. Entonces el silencio me llena los ojos, además de la vida.



No sé cuántos días transcurren sin ir a la escuela, pero si contara todo lo que pasó llenaría un cuaderno completo, páginas del tiempo en que mi pupitre estuvo vacío.

Aún ahora reconozco secuelas de las clases que me salté, por ejemplo, no sé muy bien los números romanos. Algo aprendí sola, pero las cifras grandes no las sé.

Nuestras vidas en familia se reordenan. Cada movimiento se determina a partir del hospital: si Gabriel tiene una cita o se queda internado. La abuela

se va al pueblo: no había estado fuera una temporada tan larga. Sara se queda a intervalos, viene cuando Elia la llama; mi hermano entra y sale del sanatorio, con lapsos en casa y otros en ese segundo hogar donde le prolongan la vida a cambio de mucho, mucho dolor. Cómo puede caber tanto en ese cuerpo frágil, en esa vida inmensa. Por increíble que parezca, nos acostumbramos. Mis padres no saben si enviarlo a la escuela. Gabriel decide: quiere ir. Es el niño más grande en su clase, no ha podido aprobar los cursos, así que repite, y yo pienso que no saben cuánto ha aprendido en el hospital. Ha leído muchos libros, a veces trae algunos que le prestan, los examino con curiosidad de hermana mayor, son cuentos de hadas con láminas muy coloridas. Otros son de ciencia para pequeños lectores. Leemos juntos. Cuando se va tiene que llevarlos de vuelta.

Lo espero a la salida del colegio para caminar a casa. Él sale acompañado de nuevos amigos, llevan en las manos álbumes de estampas que se intercambian. Con un gesto me suplica que no le hable, que lo deje. Deben de ser días felices para él.



La ausencia de voz en Sara se escribe en mí, en la manera en que intento añadir sentido a las palabras con el movimiento de las manos. Verbalizo con todo el cuerpo. Lo que no nace en mi garganta, lo que no se filtra en mis cuerdas vocales. Lo que no. Eso es el silencio de Sara y no es igual al de Elia. A las dos les arrancaron la lengua, pero Elia sabe recobrarla.

Sentadas en la mesa, mientras hago mi tarea, mi tía toma los lápices y dibuja, le enseño a escribir su nombre, me lo muestra orgullosa. Le salen letras con ganchitos curiosos, como si cada trazo se fuera a prender del siguiente, como si las palabras se fueran a abrazar unas a otras. Son letras de niña pequeña, mi maestra la reprobaría. Sara acuna en la mano una forma oval, pregunta cómo se escribe, y para mi sorpresa junta los labios y le sale la palabra huevo. Es más una exhalación, un aire redondo. Voy corriendo a buscar a la abuela.

—¡Sara dijo huevo! ¡Sara puede decir huevo!



¿Hay algo que pueda fascinarnos y engancharnos más que la vida privada de nuestros padres?

A fuerza de mirarla conseguí ser testigo, en retrospectiva, de su metamorfosis. Elia se va modificando en mi memoria. Eso también me reconfigura. Ahora que la escucho hablar de su infancia, ahora que se dirige a mí y no a un interlocutor ajeno, ahora que me ha convidado a verla vivir.

Una niña infiltrada en un mundo de adultos, donde es recibida como si fuera mayor; le dan tareas y responsabilidades, le regalan cosas útiles, ropa y zapatos, nunca un juguete, percibe un sueldo, mientras su padre le envía cartas con una hermosa caligrafía dirigidas a alguien que apenas existe: «Para la niña Elia Pérez Márquez». Esas misivas suelen aparecer de manera esporádica para preguntarle cómo la tratan, si está bien. De vez en cuando le requiere que vuelva al pueblo unos días, a cuidar de su madre parturienta.

El padre escribe cartas que la hija no contesta.

–No sé por qué no le escribía. ¿Será porque no me salían bonitas las letras?
–Responde a mi mirada interrogante.

Elia le quita una hija a sus padres. Les da esa orfandad.

Las cartas llegan sin regularidad, a veces una en tres meses, luego dos en un mes. Son apariciones.

Él redacta fórmulas de cortesía aprendidas en la escuela en el breve periodo en que pudo estudiar. Esa correspondencia quiere hacerle saber a su hija que está del otro lado, que la quiere. Un padre que es quien es, capaz de mantener su alcoholismo ante el hambre de sus hijos; que se odia a sí mismo, a fondo, pero a ella no. Eso lo sé muy bien, Elia, conozco a tu padre y al mío.

«Tu mamá se va a aliviar pronto», le dice con esa caligrafía asombrosa. Y allá va, a donde es llamada, a la calle Constitución 7, en Hueyapan, municipio de Tetela del Volcán, Morelos. Hace lo que puede en tres o cuatro días, madruga para ir al molino a moler el maíz cocido, echa las tortillas en el comal. Su mamá se levanta pronto, en pocos movimientos se ata al cuerpo, envuelta en un rebozo, a la nueva criatura. Y ella vuelve a la ciudad.



Pienso en otra correspondencia. El novelista Eduardo Halfon escribe una carta a su padre en la que le dice aquello que no puede confiarle apoyado en su pecho. Odia y ama, como Kafka, y quizá sobre todo necesita. *Saturno* es el primer libro del escritor guatemalteco y es para decidir a quién va a matar. Son breves páginas que zarpan de «Saturno devorando a sus hijos», la inolvidable pintura negra de Goya, y trazan un itinerario terrible por la historia de escritoras y escritores en conflicto con sus padres y con la vida a la que no logran apegarse. Se suicidan.

Una pregunta asoma, inevitable. Inquieta Halfon a su padre: ¿asistirías a mi funeral? Estas páginas no serían tan dolorosas si el hijo en verdad dudara de la respuesta.

Mi abuelo Gabriel sí hubiera ido al funeral de su hija. No necesito más que haber estado recién nacida en sus brazos para saberlo. Como me ocurre con mi padre, no es sencillo poner a este hombre en la balanza.

Le enviaba cartas a su hija.

También fue el coloso que eligió el alcohol.

Un hombre impasible ante el hambre de sus hijos.

Un genio de los injertos.

Un día volvió a trabajar la tierra.

Al parecer había encontrado cierta paz.

Y lo desaparecieron.

Voy y vengo del libro de Halfon, tan breve, inabarcable. Me cuesta leerlo. Cada día solo un par de páginas. Por supuesto, el escritor mata al padre, y en un acto de supervivencia se resguarda en territorio ancestral. Si el padre, todopoderoso, cruel, impone el silencio a su hijo y le prohíbe llorar, este descubrirá que el lenguaje es amparo materno. Así será su dilatada despedida de Saturno: «y viajé hacia la única cueva donde me sentía protegido, donde sabía poder estar completamente aislado de usted. Al lenguaje. Era imperativo escaparme a un mundo sobre el cual usted jamás pisaría. Al mundo de la madre: el lenguaje, las palabras, la literatura. Un mundo inaccesible para gigantes como usted (...). Huyo escribiendo, padre».

Madre y escritura. El territorio al que he llegado con Elia, nuestra correspondencia.

Nos estamos escribiendo.



¿Se debe la bonita caligrafía de mi abuelo a su habilidad con los injertos? Lleva entre los dedos el don para trasplantar las vidas de los árboles y las de sus hijos.

Elia recibe una carta para pedirle que vaya a cuidar de su madre.

Cuando llega a la casa se topa con el cuartito cerrado, lo que solo puede significar una cosa. Esa habitación equivale a toda la casa, ahí cocinan y comen, ahí tienden los petates, ahí duermen todos juntos, y ahí está su madre pariendo. Elia se mira los zapatos nuevos. Ya quiere que abran la puerta para enseñárselos a su mamá. No tardan en llegar corriendo sus hermanos. ¡La Elia!, dicen, y ella les pide silencio, no vaya a ser que adentro necesiten algo y la llamen. Ni siquiera busca a su padre, ya aparecerá para preguntar qué ha nacido esta vez. Ella no se hace muchas ilusiones; su mamá solo gesta varones: Bonifacio, Rubén, Bertín, David, Cheo, y Elia entre todos. Mientras los niños pelean para revisar la bolsa de víveres que ha traído, la puerta se abre de golpe. Asoma la cabeza la partera.

—Siuatsintli —dice.

Elia no sabe si la llama o le dice que es una mujercita la que llora de esa forma en el cuarto.

Entra conteniendo la alegría. Sobre el petate, con el bultito a su lado, yace Ana María Pérez Tejeda, la trenza medio desecha, el cabello húmedo adherido en la frente. El rostro todavía tenso. Ni un solo grito, una queja, nada ha salido de esas paredes. Alumbra en silencio. Ana descubre brevemente al bebé para que Elia pueda mirar que es una niña. Se arrima para conocer a su hermana, le da un beso a su madre, otro a la criatura. Quién podría pensar, con esa fuerza con la que berrea, que nunca encontrará el aliento para hablar. Esos berridos. Luego se acuerda: se pone en pie de un salto y ensaya unos pasos de baile, quiere lucir sus zapatos, pero su madre apenas la mira, está sacándose el pecho para comenzar a alimentar a la nueva hija.



Pueden transcurrir muchos días sin que Elia viaje a su casa. Tiene que reunir dinero para ir al pueblo. Pasan tres o cuatro meses en los que va guardando el sueldito. Cuando se acerca la fecha acordada con Pascuala, comienza a pedirle a los vecinos ropa que quisieran regalar, para llevar a sus hermanos. No sale, evita gastar. Pascuala y sus amigas solo conocen un destino para ir a distraerse los domingos.

—Me llevaban a La Villa. Ellas iban a rezar, yo paseaba —dice.

En otra carta, su padre le anuncia a la niña Elia que por fin han bautizado a su hermanita, que ya es una niña dando sus primeros pasos. La nombran Sara. Al final de la misiva mi abuelo advierte: «No oye, tampoco hablará».



El silencio es una cosa y la vida, otra.

Sara sabe que tendrá que trabajar duro, nadie le va a regalar nada. Decide que tendrá todo. Amores, una casa, hijos. Y necesita nombrar para tener. En el pueblo no hay una escuela que enseñe el lenguaje de señas; comienza a imaginar su propio código. Es una diosa creando con sus manos los nombres para el mundo: Bonifacio, el hermano mayor, tiene una abundante barba negra, a él le otorga el nombre de un puño cerrado bajo la barbilla. Su hermano Bertín es el único que sigue estudiando, lo nombra una mano que escribe sobre el antebrazo, como si este fuera un cuaderno abierto. Yo, que soy una niña llenita, adquiero el nombre de los cachetes inflados. Mi padre, que en una época lleva un diente de oro, se llama un dedo apuntando sobre el mismo diente, pero de Sara. A mi hermano Gabriel lo nombra con un gesto que dibuja una línea de la nariz al abdomen: la sonda que le colocan durante un tiempo. Cuando quiere referirse de manera genérica a hombres hace paréntesis con los dedos y los alza a la altura de la cabeza, es el contorno de un sombrero; si se trata de mujeres traza una falda alrededor de su cintura.

También hay nombres compuestos: a la hermana de mi papá la llama un dedo apuntando al diente de oro, más la circunferencia de la falda y una mano que se desliza desde la coronilla hasta la cadera para denotar el cabello largo de mi tía Marga.

Sara le enseña esto a su hermano sordo, Joaquín. Los demás aprendemos también, todo tiene que ver con un ingenioso sentido común. Una lógica de gran observadora. Salimos juntos de su silencio.

Mis palabras favoritas son las de comida. Tortillas de maíz son aplausos, como cuando se hacen a mano y se moldean antes de ponerlas en el comal. O elote: las dos manos sujetan una mazorca a la altura de la boca, cerca, y el movimiento de la mandíbula simula un gran mordisco.

Sara no es una mujer triste. No sabe pedir cosas. Las gana con trabajo. Ella, que no fue azuzada como Elia para hacer tareas domésticas, es infatigable y precisa. Sus trabajos han sido ayudar a mujeres cuidando de sus casas, de gente mayor, de sus hijos.

Incluso cuando empieza a comer membrillos con sal y a rascar en los muros de adobe porque se le antoja mucho comer tierra, cuando su madre ve que la ropa ya no le queda y el vientre se le va abombando, Sara no alimenta expectativas. Su cuerpo crea mientras ella mantiene el corazón sereno. No le dice a nadie que ama a un hombre ni que sabe que no va a responderle. ¿Será esa su fuerza? No esperar nada.



La edad en que le ocurren las grandes cosas a las niñas de estas páginas.

A los nueve me conozco ajena a la lengua de mis madres. Se me presenta una Elia plena, por primera vez la veo feliz, con la boca llena de pájaros secretos. Hay dolor y curiosidad en ese encuentro, sé que no solo ella es distinta: también yo, que vivo por fuera de su voz.

A los nueve muere Gabriel, un 9 de abril. Llega al mundo un silencio ensimismado que sigue su viaje por acantilados, hormigueros, desiertos, cauces y marismas. Ningún lugar del mundo es ajeno al dolor de perderlo.

A los nueve huye Elia de su vida montada en una Estrella Roja. Se inventa una nueva.

A los nueve Ana queda huérfana de madre e ingresa a un mundo de responsabilidades y amenazas.

Me pregunto cómo era mi tía Sara en ese tiempo. Su infancia parece una planicie, pero realmente no sabemos. Elia no vive con ella. La ve, igual que a los demás, cuando va al pueblo de visita, de vez en cuando. Le lleva ropa que

no usa. No le gustan los vestidos. Los recibe, pero le ruega con señas que ya no le lleve más. Arrebata los pantalones para sus hermanos, asiente con vigor, se los queda. Ninguno se le enfrenta, Sara tiene una fuerza increíble y sabe pelear. Quiere ser niño, dicen.

Es la mejor cazadora de pájaros. Tras derribarlos les ata las patitas y los lleva como un collar en su cuello. Luego los despluma y los asa para comerlos. A veces convida a sus hermanos, no siente ninguna obligación de compartir su caza.

Ana le concede un salvoconducto para andar libre por el mundo.

Mi abuela se culpa por la sordera de Sara. Cuando aún la lleva en su vientre, a pesar del avanzado embarazo, sale a lavar al río. Nunca se ha detenido, ¿quién le ayudará si Elia está lejos? Bordea una barranca con el canasto de la ropa sucia a cuestas y resbala. Rueda el canasto con la ropa, que se dispersa entre las ramas de la hondonada.

Ana queda sujeta de una raíz que asoma de la pared de tierra. Sabe que no sobrevivirá una caída. Grita aferrándose lo más que puede, soportando el peso de su cuerpo y el de la criatura dentro. Por fortuna una pareja de novios la escucha. Con el tiempo llega a creer que en sus gritos pidiendo auxilio se escapó la voz de Sara. El grito debe de haber sido ensordecedor, y tanto, que alcanza al hijo de su siguiente embarazo. Un niño al que llama Joaquín. Sordo también.

Sara quiere parecerse a los chicos, no a ellas que viven confinadas, de modo que va y observa, corre y caza. Un día comienza a limpiar la cocina, a ayudar a su madre a lavar la ropa en el río. Ana recibe la ayuda encantada. Todo eso antes era trabajo de Elia. Qué importan ciertos hábitos raros de Sara, esas mañanas en que se va temprano a derribar pájaros o a cortar flores. Por lo primero es bien conocida, sus hermanos aseguran que espera a que el ave que tiene en la mira de la resortera empiece a cantar. Alcanza el trino con la piedra. La voz.

Lo otro era distinto. A una observadora dilatada como Sara no se le escapa que entre las criaturas indiferentes de la naturaleza son las flores sus más semejantes. Rostros inalterables, silentes y vivos. Por las mañanas va al campo y escoge algunas, que lleva a la casa. Pone agua en un jarro y ahí las deja languidecer.

A veces se olvida del mundo, entonces camina hacia el pozo del agua que baja de los manantiales del volcán. Pasa horas mirando al fondo. Lanza

piedritas. ¿Qué busca? Cavar, ¿se podría ir más allá de ese silencio, pozo congénito?

Una oscuridad cuyas sílabas solo ella puede descifrar.



Sara no es silenciosa. A su alrededor todo es ruido, uno ajeno a sí mismo, de puertas que se cierran con estrépito a su paso, de cristales rotos que la sorprenden, como si no le hubieran advertido de su fragilidad. Le encanta ver en la televisión los conciertos de Amanda Miguel, la cantante argentina que gesticula a rabiar; entre el canto y el alarido mantiene a mi tía hipnotizada. Pide con insistencia a Elia que le compre sus discos, al fin la convence y los pone a todo volumen. Le divierte verme correr por la casa, tapándome los oídos. La fascina el efecto del sonido en los demás, el placer de mirar cómo saltan en pedazos las cosas que rompe. Apenas parpadea. Es la primera en la fila para pegarle a una piñata. Una vez la descubro apretando en una mano un huevo hasta romperlo. Sonríe, sintiendo el estruendo del cascarón quebrándose, su destrucción.

En una ocasión viajo sola con ella a Hueyapan. Nos tocan lugares separados. Junto a mí se sienta un muchacho, que comienza a hablarme. Me pregunta si tengo novio o marido. Soy tímida, pero me vuelvo a mirarlo con indignación, le grito en la cara:

—¡Soy una niña! ¿No ves?

Debo de tener unos once años, aunque aparente más. Suficientes para que Elia me deje andar sola con mi tía. Sara mira al muchacho y luego a mí, parece adivinar lo que sucede y se ríe. Él también. Me arde la cara de vergüenza y de rabia.

Lo que ahora entiendo es lo poco que vale una niña en cuanto sale de su casa, y a veces dentro de ella.

Las miradas de los hombres parecen medir una presa.

Pasan los días y no puedo volver a la voz de Elia en la grabación. Viajes, tareas supuestamente inaplazables, reuniones de trabajo, responsabilidades familiares. Antepongo cualquier cosa al momento de venir a contar esto. ¿De verdad son palabras? ¿O hilvano silencios estruendosos como Sara? En qué lengua se inflaman las nervaduras en mi corazón.

Busco en otras escrituras los encuentros con la madre, necesito una vuelta en U que me lleve a la mía. Vivian Gornick recrea este diálogo con la suya:

–¡Ay, por lo que he pasado en esta vida!

–No has pasado por nada –le replico.

–Hay que tener valor –me chilla– para decirme eso.

Así se miden y se reconcilian, testigo una de la otra, en un ámbito de fragilidades y ternura, de verdades brutales. Si alguna vez se quejara, si hiciera gala de la vida que ha superado, a Elia yo qué podría replicarle. Hay cosas imposibles de colocar en la balanza del universo; si llegara el tiempo de hacer sumas y restas con lo vivido, ella tendría que colocarse a un costado, ahí donde no existen cuentas ni medidas.

Tal vez sabe que no tiene sentido enorgullecerse de haber atravesado ese dolor.

La suya es una experiencia que no todas las personas llegan a conocer, por fortuna. La clase de dolor sin retorno. Que siempre arrebatara más de lo que sabemos. La pérdida de un hijo. *Lo que no tiene nombre*, dice la escritora Piedad Bonnett.

Y pienso en Yiyun Li, que en *Querida amiga, desde mi vida te escribo a tu vida*, narra sus intentos de suicidio. Es tan sutil la forma en que pasa por la experiencia, que más podría decirse que planea sobre ella en lugar de relatarla. Busco sus datos biográficos y me entero de que poco después de publicar este libro, su hijo Vincent de dieciséis años se suicida. Es 2017. Escribe sobre esa pérdida otro libro: *Where the Reasons End*. Se dirige a él: «Yo pude haber sido tú». Por escalofriante que resulte, la vida no se detiene. La muerte tampoco. Escribo esto el primero de enero de 2025. En unos días, en febrero, se cumple un año desde que su segundo hijo, James, siguió la estela del hermano. Qué ganas de preguntarle a la nada el porqué de esos

golpes. Y qué inútil. A qué huele la nada, se pregunta Anne Carson. Olor a autopsia, responde. Para su segundo hijo, Li escribe *Things in Nature Merely Grow*. ¿Memoria, autobiografía, homenaje, diálogo imaginario...? ¿Por qué tendría que clasificarse la más profunda necesidad que tenemos de hablar con nuestros muertos, de dejar por última vez una flor sobre un corazón amado?

No estaba leyendo a Yiyun Li por su tránsito en el duelo innombrable, que es también el que Elia atravesó. Sin embargo, eso se cruza en mi escritura como un cervatillo raudo, huidizo, que atraviesa la carretera y me obliga a dar un volantazo. Me adentro.



Muere Alan. Conozco la viudez a los veintisiete años. En ese no-tiempo, en la estática del duelo, leo el breve e inabarcable poema de Saito Mokichi: *Muere mi madre*. 59 tanka, en la gran tradición de la poesía japonesa. En el centro de la pena solo la poesía me arropa. A duras penas leo, me resulta muy difícil concentrarme.

El libro es pequeñito, de formato mínimo, inolvidable.

Shasei significa «copiar la vida», explica José Kozer, traductor de esta versión del poema. Con un lenguaje delicado y transparente un hombre cuenta que va a visitar a su madre muy enferma. Es médico, como el autor que escribe copiando la vida, y le lleva medicinas. Observa la naturaleza en visiones muy decantadas. Hay ese paralelismo del paisaje emocional con el del mundo exterior, una comunión: lo que ve desde un tren, lo que supone que los demás piensan de él. Nos habla de un árbol, la morera, que aparece desde que inicia su viaje: «insoponible el aroma azul de las moreras». Consigna también el florecimiento de las aguilillas, flores perennes, y la existencia de otros seres vivos.

*Lejos de la mirada de mi
madre hace un rato que
miro dormir entristecido
los gusanos de seda.*

En mi relectura del poema –entre la primera y esta han transcurrido veinte años– me doy cuenta de que no me había preguntado por qué entristece la visión de los gusanos de seda mientras duermen. Hundida en mi propia tristeza, me interesaba sobre todo la enunciación de la pérdida; no aprecié esta sutileza fundamental. Investigo, doy con algo que no está en el poema y sin embargo es la sombra de la pena del hijo. Los gusanos de seda se alimentan primordialmente de las hojas de la morera.

Muere la madre, este tanka es posterior, toda su nostalgia vertida en líneas sencillas:

*Entro, estoy solo en el
cuarto donde cría el
gusano de seda, aumenta
mi soledad.*

Veo ahora por qué se agranda esa soledad y qué ha venido significando el árbol de la morera. Es alimento materno. Podría ser leche. Es primordial.

Recuerdo los domingos por la mañana de mi infancia. Vienen dos Testigos de Jehová a la casa, un hombre y una mujer, jóvenes. Elia, que ha renunciado a la fe católica, abraza esa nueva vertiente religiosa en búsqueda de sentido, ¿puede tener alguno el dolor de un niño pequeño? Los Testigos nos leen entonces las Sagradas Escrituras. Un pasaje se queda en mi memoria, es aquel donde los apóstoles piden al Señor que les aumente la fe. Él responde: Si ustedes tuvieran fe del tamaño de un grano de mostaza, y dijeran a esa morera que está ahí «arráncate de raíz y plántate en el mar», ella les obedecería.

Necesitamos desesperadamente una fe de ese tamaño en casa.

Fe para Gabriel.

Busco imágenes del árbol, alza sus ramas, abundantes, hacia el cielo. Las hojas tienen forma acorazonada. La especie que sirve de sustento a los gusanos de seda es blanca, su nombre científico es *Morus alba*. Al parecer su fruto no es apto para el consumo humano. En cambio, la morera negra no atrae a los gusanos, pero da frutos carnosos y comestibles, son las que buscamos en el mercado.

En el poema de Mokichi aletea la intuición que se confirma en Caístulo, el poeta despertado: un árbol puede ser una madre. En los tanka va fijándose el

carácter maternal de la morera.

Me cimbra el final, una lamentación por esa morera humana. Para entonces ya hemos bajado la cabeza ante la muerte que se anuncia, nos dolemos en la pena de nuestra fe diminuta, en la culpa, en la maldita incapacidad de injertar un árbol en el mar.

*En las montañas comí
brotes de bambú ay madre
morera ay mi madre
morera.*



Es la época de la viudez, mi vestido incomprensible. Suelo quedarme por temporadas en casas de amistades y familiares. Mientras encuentro mi lugar, voy a la deriva. A veces tengo episodios muy angustiantes en los que mi corazón parece volver a la época en que mi abuela tuvo que enderezarlo.

Esto es lo que ocurre: súbitamente mi pulso se desboca, es un trance de unos quince minutos. Termino con la cara enrojecida, parece que corrí, cuando en realidad me quedo paralizada y aterrada. O bien, por el contrario, se ralentiza mi ritmo cardíaco y pierdo latidos. Tengo que recostarme al borde del desvanecimiento y alzar las piernas para estimular el riego sanguíneo. Un día veo el dibujo claro de la falta: en un electrocardiograma impreso hay un espacio en blanco en medio de los garabatos de los latidos regulares. No sé por qué me siento tranquila al verlo. En cambio, no logro registrar la taquicardia, cuando llego al hospital ya acabó el episodio. Vivo en medio de esas dos tensiones, ¿qué hacer, seguir a mil por hora o abandonar, dejarme ir?

Del río subterráneo por el que van mis emociones no siento que pueda extraer algo para compartirlo con Elia. Así como su lengua es solo suya, mi anomalía cardíaca también solo me pertenece a mí, y me rehúso a interpretarla en términos clínicos (que no son claros, los especialistas no logran diagnosticarme y hay quien dice que me curaré cuando tenga un hijo; otro cardiólogo asegura que me tendrán que instalar un marcapasos).

No comprenden la estela de la muerte de Alan.

Me quedo en el departamento de mis padres. Le advierto a Elia que a veces me agito y no debe preocuparse si me ve tratando de recuperar el aliento, pasará. Me mira preocupada. Pone la mano sobre mi pecho.

—Tu abuela me decía «cuida su yóllotl del frío».

—¿Así se dice corazón?

Asiente:

—Por eso vivir se dice yoli.

Duermo en mi cama de adolescente. Elia escucha que salgo de la habitación en la madrugada, cuando el miedo es más eficaz anegándolo todo. Estoy sentada en la sala, respiro agitada, con un caballo desbocado pateando en mi interior. En silencio se sienta a mi lado, pone una mano en mi espalda y otra en mi pecho. En ese tacto recibo también el de mi abuela, aquel tiempo en que me buscaba la sombra para curarme el espanto, a mí, una bestia obstinada que no sabe entregarse al cauce de lo inevitable.

Sin palabras, solo nuestra respiración dispareja, entiendo lo que nos ha mantenido a distancia sobre todo después de la muerte de Gabriel. Entiendo cómo es amar con miedo, el dolor de amar sabiendo que puedes perder. Elia, las manos tibias en perfecta simetría, un mismo plano de líneas paralelas, acuna mi corazón.

Le pido que abra la herida de la memoria. ¿Para qué? La he visto volver sobre sus pasos, dolerse, me duelo con ella. ¿Para qué? La idea de escribir sobre su infancia, cómo le arrancaron la lengua, entrar en el mundo atronador de mi tía sorda, sin condescendencia, pero sí con la fuerza de preguntar qué significa esto para nosotras y cómo escribirlo se volvió un destino.

La historia de las enraizadas en el silencio también es mía.

Conocemos la vida de nuestros padres por los retazos de lo que escuchamos a escondidas, en esos exaltados momentos en que se narran, se revelan ante amigos o familiares sin conciencia de la manera en que los niños, siempre hay niños, van a grabarse sus palabras, sean ciertas, exageradas, inexactas, aladas o putrefactas. Los conocemos, o creemos conocerlos, por aquello que cuentan para definirse ante el mundo, y la mirada nos crece al vivir a su lado, pero luego hay más. Guardan secretos o ausencias que han preferido silenciar. Las pupilas se dilatan entre la amnesia elegida y la memoria.

Elia y yo hemos conversado en sesiones donde grabo y luego reproduzco su habla, su risa, el temblor de su voz, el aliento de una historia que es mía porque ella es mía.

—Cuando escribas lo que te estoy contando no olvides poner ahí que me subía hasta lo más más alto del árbol de chirimoya y cantaba. Era feliz cantando. Pero cuando bajaba me ponía a llorar.

—¿Qué cantabas?

—Recuerdos de Ipacaráí.

Otro día dice:

—Ojalá pudiera olvidar de verdad.

Lanzamos una piedra al agua. Provocamos innumerables círculos concéntricos en el estanque de la memoria.

Cuando se quiere medir la distancia entre el centro y la orilla, debe calcularse el tiempo. Conforme pasa, los círculos se agrandan. Más tiempo, más lejos estamos del centro; más cerca de la orilla, más distancia del nudo de la experiencia. Pero el corazón no mide así. Ahí, el centro y la orilla son uno. Ahí, arde Elia.

*Entonces soy un mendigo
que le pide al tiempo
un recuerdo que no se deforme
en el turbio estanque de la memoria.*

Un recuerdo justo, parece pedir el poeta Jorge Teillier, si eso existiera.
Porque necesito que exista, escribo.



Me encuentro con un amigo en el café cercano al cementerio, el mismo donde me reúno a veces con Elia. Salimos y caminamos sin rumbo. Yo sé a dónde nos lleva el azar. Él me cuenta de una hermanita que murió recién nacida; su mamá, aún en el hospital, no podía ocuparse de nada, así que es el papá quien se encarga del sepelio. Casi en seguida el hombre sufre un derrame cerebral, sobrevive, pero el torbellino de la devastación se lleva las coordenadas de la tumba de la niña, entre otras muchas cosas.

—¿En dónde estará? —dice mi amigo mientras encoge los hombros.

No estoy segura de por quién pregunta.

Para entonces ya atravesamos el umbral del panteón. Me siento muy confiada de saber en dónde está enterrado mi hermano, a pesar de que solo he estado ahí una vez. Esa vez, cuando estaba a punto de cumplir doce años y ya había escondido la novela que alguien olvidó en casa durante el velorio. La primera que leo, mi descubrimiento de la ficción.

Deambulamos entre tumbas que parecen navíos vencidos, heridos por cruces descoloridas, desoladas. Un laurel inmenso gobierna al centro de ese país baldío.

No doy con la tumba de mi hermano. Mi amigo y yo nos miramos errados, confundidos.

Cuando Elia me cuenta por teléfono que fue con mi papá a desyerbar y limpiar el sepulcro y que dejaron una veladora encendida, le pido que me lleve.

—¿Quieres ir? —pregunta sorprendida.

—Sí, por favor.

El 2 de noviembre, un día después de la llegada de los niños muertos, vamos al cementerio. Elia es una saeta que atraviesa limpiamente el suelo tachonado. La tumba es sencilla, un mínimo jardín con pasto bien cuidado. Sobre esa tierra mis padres esparcieron pétalos de la flor de cempasúchil, una cama para arropar al hijo. En la cruz metálica se consignan los días que tensan el arco breve de la vida de mi hermano: nace el 25 de agosto de 1974 y muere el 9 de abril de 1984. El gran naufragio tiene fecha precisa.

Elia dice:

–Mira aquella tumba. Ese niño estaba enterrado acá, junto a tu hermano. Lo cambiaron de lugar. Pusieron su cruz allí, ¿pero su cuerpecito?

Me acerco a ver. No hay jardinera. Sobre el túmulo hay una cruz deslavada con el nombre del pequeño y las fechas que indican que vivió apenas un año. Los pétalos que amarillean esparcidos le restan volumen a la desolación.

–Conozco a la madre, vive en la Lagunilla –dice.

–¿Tan lejos?

–Sí. Me la encontré un día y le pregunté: ¿por qué no vas a visitar a tu hijo? ¡Ya hasta lo cambiaron de lugar!

–¿Te respondió algo?

–Dijo: Ay, mejor tú sabes dónde está mi niño. No vino, ya no vino. Esa cruz de pétalos que ves se la puse ayer, para que no estuviera tan triste. Le dije a tu hermano: vas a compartir tus flores porque a ese pobrecito no le trajeron.

Dirijo la mirada hacia la salida del camposanto y creo comprender por qué venden afuera juguetes para niños. Son ofrendas en el día de «los muertos chiquitos»: mihcatzitziquitoton.

Siempre terminamos preguntándonos en dónde están, a dónde se han ido. Si existiera, ¿podríamos comprender la respuesta? En dónde están esas posibilidades que eran para él. La de amar, la de soñar, la de equivocarse, la de encontrar una vocación y renunciar o entregarse a ella, la de conocer el mar y tomar el café sin azúcar. Dónde está todo eso, a dónde fue, cuál es el ámbito de ese oleaje suspendido que no hizo espuma, que no alcanzó su playa.

¿Es algo que solo podemos imaginar? Esa vida que se llevan los muertos, también nuestra, ¿de verdad desaparece? ¿No queda una sombra, una presencia que va a mandarnos señales, luces intermitentes, de vez en cuando? Un faro que no guíe a nadie, una luz sonámbula, ensimismada.

¿Y el amor por los que se van? ¿Cuál es el lugar al que van esos sentimientos? Tanta dispersión. Polvo sin reposo de todo lo perdido.

IV

XOCOXÓCHITL

Entre el silencio y lo inaudible, una lágrima.

—Elia, necesito leerte lo que escribí. Sí, hemos leído juntas casi todo. Pero esto no. Es lo que pasó con el hermano de Loli. Lo que te hizo. ¿Te lo puedo leer?

Parpadeas varias veces. Tu mirada es dulce. No dices sí, no dices no.

—Lo que quisiera es saber por qué lo olvidé. ¿Cómo se puede olvidar algo así?

Se escuchan las campanas del pueblo, el llamado a misa. Las dejamos sonar, son necesarias, un respiro.

—Creo que enterraste el recuerdo para protegerte. Eras una niña.

Inclinas la cabeza, pensativa.

—¿Por qué crees que lo recordaste?

—Leí algo, no sé dónde... No me acuerdo. Leí a mujeres que se atreven a denunciar cosas, parecidas a lo que me pasó a mí. Son muy valientes. Y al saber sus historias me fui acordando de la mía...

Procuro contarle como tú, a tu manera diáfana. Son tres páginas. Empiezo con las palabras de Quignard, siento que con ellas puedo acompañar mejor a esa niña que fuiste. Tu respuesta solitaria. El olvido como confrontación de un dolor sin orillas. No la evasión. No el miedo. Esto.

Tres páginas a las que me aferro. Leo despacio, muy consciente de que respiro, de la puntuación, de cada palabra que ojalá, Dios mío, no tuviera que existir, que no existiera este dolor para ti

leo

leo

leo

No alzo la vista, no me detengo, aunque sé que tu lágrima va abandonando el confín de la mirada, comienza un camino que conozco. Tú me enseñaste a

llorar en silencio.

—¿Quién lo va a leer?

Preguntas.

—Si esto se convierte en libro, lo leerá cualquier persona a la que le interese.

—¿Y van a saber que soy yo? Sí, porque está mi nombre.

Preguntas y respuestas.

—Solo tú puedes decidir qué conservamos. Y lo que decidas va a estar bien.

Asientes con un movimiento enérgico mientras te secas el rostro con las manos.

—Se queda. Debe decirse.

Afirmas.

Cualquier respuesta tuya me hubiera conmovido y me habría parecido correcta, Elia. Ahora pienso en tus lágrimas, son preciosas para mí. Las secaste con estas manos que tomo y sostengo en las mías, las dejamos reposar sobre el manuscrito, nuestras páginas.

—Gracias —digo.



El olvido, dice Pascal Quignard, nunca se confronta con la desaparición de algo deleznable, afronta el ocultamiento de lo que resulta insoportable. Olvidar entonces no es la debilidad o cobardía de la evasión. Todo lo contrario, es encarar el dolor, que en Elia se escribió con ferocidad.

—Una vez, cuando fuimos a Oaxaca, me dijiste que no creías que un día te casarías ni tendrías hijos. ¿Por qué pensabas eso?

—No me acuerdo —responde en automático, sin siquiera hacer un esfuerzo por recordar.

Siento que la asusté.

Prefiere hablar de otras cosas. Irá por donde su caprichosa memoria la lleve.

Otra tarde vamos al café. No lo decimos, pero es imposible no tener en cuenta esa equidistancia entre su casa y el cementerio donde enterraron a mi hermano. Le propongo que hablemos de Sara y Joaquín. Asiente. Hay algo más que quiere contarme.

Se talla las manos, nerviosa. Parpadea repetidamente. No logra articular lo que va a decir. Intento tranquilizarla repitiéndole que escribiré todo, pero no dejaré algo que ella no quiera.

Recordó poco antes de que muriera la abuela. Insiste en que lo había olvidado por completo. Que se casó, que tuvo hijos, que fue lo que fue, y no recordaba porque eso sucedió cuando era muy niña. En realidad, apenas hay un relato de lo ocurrido, es más un reclamo, un decir lo que esperaba de Ana, solo a ella se lo contó, y su respuesta fue nada. Ni una palabra. Elia se llena de reproches.

—Era mi madre, podía haberme cuidado mejor. Yo era la única niña y solo tenía un vestidito, siempre el mismo. Andaba así por el campo, casi desnudita, y jugaba con mis amigas, con otros niños, nos subíamos a los árboles, corríamos por el monte. Me gustaba mucho ir al solar de mi vecinita Gloria. Loli, le decíamos Loli. Un día quedamos, pero no estuvo. El que llegó fue su hermano, era más grande que yo, él tenía unos dieciséis o diecisiete años. Yo apenas iba a cumplir nueve. Me lastimó mucho. No se lo dije a nadie. Lo olvidé. De veras que lo olvidé...

Ahora no se escuchan campanas que la interrumpen. Tal vez el sonido de unas tazas que chocan en alguna mesa del café. Los automóviles que circulan afuera. Mi mirada fija en ella.

—Muchos años después se lo conté a mi mamá. No me abrazó ni me dijo lo siento, algo... Algo. Nada.

Escucho y es como si de golpe despertara dentro de una visión o un sueño, abro los ojos desde una perspectiva insólita, prendida de una esquina del techo. La veo y me veo. Dos mujeres allá abajo, ante dos tazas de café ya frío. La mayor adelanta el cuerpo mientras habla, con lágrimas en los ojos. La otra quieta, la espalda muy recta, escuchando como clavada en el tablero de un cazador de mariposas. Esa, la más joven, está reaccionando igual que su abuela. Pero no es indiferente. Aprieta los labios, quisiera retener algo que es urgente que no se diga. Piensa en abrazar a Elia. No lo hace. Se aclara la garganta. Piensa en decirle que lo siente mucho. No lo dice. En cambio, atiza el fuego.

La mirada va descendiendo desde el techo, vuelvo a ver con mis ojos.

—¿Has pensado que me pudo suceder algo parecido, cuando me mandabas a cuidar a mi papá a sus fiestas?

Elia pensaba que en presencia de su hija su marido se iba a portar bien. Que no la engañaría con otra mujer.

Solía quedarme dormida en algún sillón o sobre una mesa, entre el humo de los cigarros y la música a todo volumen. Despertaba cobijada por la chamarra de mi padre, la música seguía entre las risas de mis tíos, los amigos de mi papá, las mujeres a las que ella llamaba despectivamente «las queridas» de todos ellos.

Gracias a las canciones de Julio Jaramillo comprendo su amor desesperado, era tanto que no se detuvo a temer por mí.

Se aclara los ojos, seca una lágrima que empezaba su carrera.

Mi reproche es, probablemente, una prueba de que el diablo existe. ¿Por qué decir lo que dije, para qué, en ese momento en que me necesitaba de su lado y solo quería ser abrazada? Me volví una adversaria. Quisiera tragarme mis palabras, pero ya están dichas. Penden, ensucian el aire entre nosotras. Elia me mira expectante, pálida. No tengo una historia que equivalga a la suya, y es por pura suerte. No desentierro recuerdos, mi don es que puedo crear los que me son necesarios.

Le dolía el grave descuido de mi abuela. No pudo protegerla como ella hubiera querido y como cualquier niña hubiera necesitado. Y, sin embargo, sin embargo... Ana, al no retenerla, al dejarla irse de la casa, ¿no le estaba ofreciendo la posibilidad de apartarse del daño? ¿Pudo haber intuido que las razones de su hija para marcharse no solo eran el hambre y la necesidad de unos zapatos?

Extiendo mis brazos y la alcanzo. Qué pequeña se siente. Dócil, entra en mi cerco, suspira hondo. No será el abrazo que tanto esperó de su madre ni su arrullo o los consejos que necesitó. No es el abrazo que la protegerá ni el que va a retenerla en el seno familiar. Soy yo, muda, pero no sorda. Y quizá soy quien más necesita este abrazo.

Se han ido los que amamos. Sus nombres gravitan ahora sobre nosotras, en un silencio atronador. Tres veces Gabriel, cada uno fue distinto. Alan. Ana. Hay tantas sombras. ¿El dolor solo se puede compartir de verdad con quienes aun amándonos nos han hecho daño?

Cuando Elia deja su casa a los nueve años su infancia ha terminado. Es una herida en el mundo.



¿Qué la hizo recordar ese episodio que la escinde? Al afirmar «Esto debe decirse», ¿no está colocándose al lado de otras mujeres que han denunciado violencias? Lo que haya leído no solo la conmovió: le dio permiso de recuperar y reparar su memoria. Aun cuando la reacción de mi abuela, y la mía también, hayan sido decepcionantes, nada puede diluir el valor que ha tenido para exhumar ese recuerdo y compartirlo. Pienso en la insistencia de Annie Ernaux al decir que la narración pormenorizada de su aborto clandestino no es ficción, en el uso de estrategias textuales como incluir fechas y transcripciones de su diario de aquella época, marcadores de la realidad verificable, todo consignado en *El acontecimiento*. O en Maggie O'Farrell, que en *Sigo aquí* ofrece datos estadísticos relacionados con violencia obstétrica para generar conciencia del daño. Son mujeres habilitando a otras para hablar de lo silenciado, y para hacerlo desde la no ficción. Verdades brutales para un mundo que no está acostumbrado a oírlas. Necesitamos que nos crean y necesitamos que el mal no vuelva a ocurrir.



La mariposa y su vuelo excéntrico. Sigo su trayectoria, parece saber a dónde va. Se posa entre los troncos de los bambúes, ahí donde las hojas secas la camuflan cuando cierra las alas. La veo dirigirse allí, pero ¿cómo lo hace? ¿Siente el color que la mantendrá segura? Se resguarda unos segundos. Después, para mí —es lo que quiero creer—, abre y cierra muy despacio las alas. Todo tesoro es interior. Admiro el fondo de negro aterciopelado y encima los dibujos de un azul deslumbrante. Así he ido por estas páginas, a veces a ciegas, a veces solo sintiendo por dónde seguir, preguntando qué preguntar, abrumada con las historias que aparecieron sin que las buscara, las que ni siquiera intuía.



Elia aumenta el silencio.

Al secreto de su lengua añade el de aquel abuso ocurrido en su niñez, lo borra de sí misma.

Callar es resguardarse. Quizás reduce un poco las infinitas posibilidades del trato desigual, en un país donde las tres peores condiciones para existir son ser mujer, tener la piel oscura y ser de origen indígena.

Aunque se va a Ciudad de México, la niña Elia no se desarraiga, o no por completo, no deja de volver a Hueyapan, donde siente su pertenencia.

Tampoco se queda demasiado con la primera familia que la recibe, se convierte en una errante. Aprende las cosas elementales, le enseñan a servir. La tratan con la indiferencia justa para que se sienta libre de desplazarse y entrar en otras casas, en las que tiene que hacer más o menos lo mismo, con otros enseres, pero lo mismo. Uno de sus recuerdos predilectos tiene que ver con la alimentación: puede beber toda la leche que quiera. Saca la botella de cristal del refrigerador, se la empina con los ojos cerrados, bajo sus párpados cintilan estrellas de una vía láctea que le recuerda a su madre.

Ensayo una y otra vez, cambia de aires, pero no de vida. Su misión es clara: ayudar a su familia y no volver a vivir en ese pueblo. Así es por seis, siete años, hasta que conoce a mi padre y empiezan una vida juntos. Ella tiene dieciséis; él, veinte. Se parece la historia: ahora no se va de la mano de Pascuala, sino de ese muchacho inquieto que ya ha tenido los más diversos trabajos: como ayudante en una frutería, operario en una empresa minera – durante años conserva piedras raras de esa época –, caminero, como se les llama a los que construyen las carreteras, ascenderá hasta alcanzar puestos administrativos más estables, pero siempre añorará el amanecer en esos horizontes a los que hay que enseñar hacia dónde correr.

No sé si él le prometió que se casarían. Ella era menor de edad y esto escandalizó a mi abuela paterna, que lo primero que hizo fue interrogarla. Pidió el nombre de su padre, su dirección, y le escribió una carta:

San Luis Potosí, S.L.P. 7 febrero 1970

Sr. Gabriel Pérez Cortez

Me permito a escribirle esta carta para aserle saber que Elia está en la casa aquí en San Luis mi ijo fue a Cuernavaca por ella el día lunes 2 de este mes le ruego señor de la manera mas atenta que disculpe a mi ijo Ricardo y a Elia por la falta que an cometido porque ni ustedes ni yo sabía que (ilegible) ahora yo les pido que sepan perdonarlos ya que mi ijo está en la mallor disposicion de casarse con Elia solo nos falta su opinión y su consentimiento señor yo le suplico si me isiera favor de mandarme la boleta del Registro sibil de Elia y ustedes me diran si podemos dar principios que para mi seria mucho mejor que ustedes pudieran venir.

Espero pronto su Contestación

Atentamente

Socorro López Dabila

Llevo el nombre de esa mujer, que murió un año después de casar a mis padres. Orquestó la boda con parientes que se hicieron pasar por los progenitores de Elia, una presencia indispensable al tratarse de una menor. Mis abuelos Ana y Gabriel no podían hacer ese costoso viaje. Releo la carta, de la que no había escuchado hablar, surgida entre fotografías que Elia me muestra. Un gran salto en el tiempo.

—Qué lista y nada romántica —digo—. No buscó casarlos por la iglesia, sino por lo civil. No sé a quién cuidaba, a mi papá para que no lo acusaran de robarse a una adolescente, o a ti, para que al menos tuvieras algunos derechos. ¿Quiso protegerte...?

—¡Ni me conocía! Pero llegó a quererme y yo a ella. Mucho. Yo estaba con tu abuela cuando murió del corazón. Se fue en mis brazos —dice Elia, la voz quebrada, ciñe un cuerpo imaginario, sopesa otra ausencia en el regazo.

Lo que no le digo, y no sé por qué, es una curiosidad. Es la forma en que mi abuela Socorro escribe el nombre de Elia, cómo dibuja la E que parece un rizo saltarín, separado de la l, que sí se une a las letras que siguen. Tu nombre, Elia. Así exactamente es como tú lo escribes.

–¿Hay palabras que te gustan más que otras del náhuatl? –pregunto.

Piensa un poco y sonríe.

–Xiteita inmetzintle iga hualtzontlin.

Ha empezado a hacer algo que nunca antes había hecho: una pausa entre vocablos, un goteo intermitente. Me mira divertida.

–Xiteita inmetzintle... iga hualtzontlin... ¿qué es?

–«Qué bonita luna. Le hablo de usted, con respeto».

–¿Es algo que le dices a la luna?

Asiente.

Conmovida recuerdo el mito nahua de la creación de los soles: dos dioses que se lanzaron a la hoguera, luego aparecieron por el oriente, iluminando el cielo. Como eran iguales, para diferenciarlos a uno le lanzaron a la cara un conejo. Su rostro de luz atenuada brilla en la noche.

Otra escena me entenece: ella alimentando a Marcelo, mi hijo.

La boca del bebé se abre como la de un pajarito hambriento para recibir la leche de un gotero. La vida gota a gota. Elia maniobra con mi hijo en su regazo. Esas son sus manos, que han trabajado la tierra, que han sido heridas por las agujas de la fábrica. Las manos que moldearon mi infancia.

Cuando tengo que volver al trabajo comienzo las dolorosas sesiones con el extractor manual, no quiero dejar de lactar. Guardo en frascos la leche que luego Elia vierte en biberones, los pone a calentar suavemente en baño María, se asegura de que la temperatura sea la adecuada, y ahí comienza el calvario. El niño los rechaza. Hace muecas de asco cuando se le acerca el chupón. En el refrigerador se acumulan los recipientes herméticos. Me desespero. Probamos alimentarlo con sustitutos de fórmula, el resultado es el mismo. El pediatra dice: «No se preocupe, señora, cuando de verdad sienta hambre va a tomarse lo que sea, aunque se lo dé en un zapato».

Intento mantener la lactancia y un trabajo. Como los gusanos de seda, insectos monófagos, mi hijo también se nutre de una sola especie de árbol. Llevo días amamantándolo por la mañana, antes de irme, y hasta la tarde, cuando regreso. Sé que no es suficiente, me angustio. A Elia, que se queda en casa a cuidarlo, se le ocurre lo del gotero.

Uso protectores bajo la ropa, pero a veces tengo que cambiarme en el baño de la biblioteca donde trabajo. Una mujer mayor dice que a menos que deje

de extrañar a mi bebé esas fugas seguirán ocurriendo. Me acostumbro al líquido que fluye y me deja una estela pegajosa en la piel. El aroma a leche nueva.

Vuelvo por la tarde y nos reencontramos, casi lo arrebató de los brazos de su abuela o de su padre. Lo llevo conmigo y me echo en la cama, de costado, primero de un lado. Succiona con ansiedad. Le hablo, le acaricio el rostro, entrecierra los párpados a ratos, me mira. Pienso en mi amigo pintor que cuando lo conoció dijo que tenía los ojos de San Juan de la Cruz. Negros, profundos. Cambiamos de lado, ahora más sosegados los dos. Se separa, descansa. Vuelve a succionar. Sigo contándole de los libros nuevos que llegaron a la biblioteca. Nada nos turba, encuentro mi perfecta sincronía con él.

Igual que las hojas de la morera para los gusanos de seda, yo soy el alimento de mi hijo.

Llamo un día a Elia para ponernos de acuerdo en la hora de nuestro siguiente encuentro. No contesta el celular y le marco al teléfono fijo de la casa. Mi padre contesta, se está quedando sordo y tengo que hablarle muy alto. De todos modos, él dirá lo que quiera, se suelta quejándose de que ha estado solo muchos días, que no entiende esa necedad de ella de ir al pueblo. Después, cuando me reúno con Elia me cuenta que ahora la invitan a muchas fiestas de cumpleaños, amigas suyas o amigas de amigas, también unas primas lejanas, en suma: mujeres que se han hecho mayores y quieren celebrar sus vidas. En las fiestas no esperan a que un hombre las saque a bailar, hacen rondas en las que son compañeras de baile unas de otras. La fiesta más reciente fue para celebrar a la que cumplía cien años, y los festejó comiendo y bailando.

—La hubieras visto, qué bárbara, yo bailé con ella y no me aguanté las ganas de preguntarle qué hacía para mantenerse tan bien. Me contestó que nada, ¡nada! Y estaba risa y risa.

Ese ánimo festivo la rejuvenece, es usual que le calculen menos edad. De por sí, en su cabello negrísimo fueron llegando pocas y tarde algunas canas. Es nuestra herencia indígena, dicen. Aunque en largas épocas ha perdido su alegría, pienso que una clave de su supervivencia es que puede recobrarla.

—Mi amiga del cumpleaños me invitó a otra fiesta, será más grande porque es de todo el pueblo. Me dijo que no vaya a faltar porque habrá un concurso para ver quién baila más bonito.

Y pasarán los días, Elia acudirá a la fiesta del pueblo y luego no sabrá qué hacer con el enorme ramo de flores que le entregan por ganar el primer lugar en el concurso de baile. En los autobuses en que viaja no podría llevarlo.

—Ya sabes lo que la ceniza volcánica le hace a las flores, son más grandes, más bonitas, el olor se te impregna en la ropa. ¡Todavía lo siento!

Preferiría no protagonizar alguna de las confidencias de Elia contadas a media voz a alguna amiga.

Sin embargo, recuerdo bien el tono predominante de esta historia de la que soy parte. La incredulidad. Elia narra esto para poder creer lo que sucedió.

Durante dos años teme no poder concebir. Lleva ese tiempo viviendo con mi padre y la familia de él les pregunta cuándo tendrán hijos. Está lejos de su tierra y de su gente cuando nazco, ay, una niña. Conoce en carne propia que ser mujer solo suma una desventaja tras otra. Ha visto cómo mi abuela protegió más a sus hijos varones, tras su muerte supimos que les había dejado los terrenos más grandes a ellos, mientras que a las tres hermanas les legó parcelas insignificantes. El sentido detrás de esto es que quienes tienen la obligación de cuidar de las mujeres son sus maridos. Por eso se dota a los proveedores. Las niñas son un problema del que hay que deshacerse.

Mi padre llega al hospital para conocer a la hija recién nacida. Está a punto de entrar en el cuarto donde se recupera Elia cuando se encuentra de

frente con una enfermera, carga un bebé. Él pregunta. La enfermera dice que la mamá no ha querido ni ver a la niña. «Llévesela», dice Elia evocando sus palabras, la orden dada a la enfermera. «Llévesela», vuelve a decir. Y esta es una de las cosas por las que ha sido tan difícil llegar a odiarte, papá, y vaya que te lo has merecido. Me acunaste, entraste en la habitación e hiciste que Elia abriera los brazos.

He escuchado este relato más de una vez. Apenas hay variaciones. La incredulidad de Elia, el estupor, están en el corazón de ese momento en que para mi padre la niña no debe ser descartada. Esa niña merece un lugar en este mundo. No cambia lo sustancial en la narración. Es innecesario confrontar la historia con Elia. No hablamos de esto. No tengo ninguna duda sobre lo ocurrido, tampoco resentimiento, pero sí una vergüenza rara. Cada vez que escucho a Elia contarlo me arde la cara y un hueco se dilata en mi estómago. Es la vergüenza de que el dolor me singularice. Es la misma vergüenza de que se compadezcan de mí por haber tenido un hermano que murió asolado por una enfermedad lenta y cruel. Por haber quedado viuda.

Estoy sola en el centro de una sala oscura, la luz cenital me alumbra y no alcanzo a ver, aunque sé muy bien que está ahí, puedo escuchar su creciente rumor compasivo, el de la masa anónima a la que el destino no mira como a mí.



—¿Me platicas cómo fue cuando te llevaron por primera vez a Marcelo, en el hospital? —pide Elia.

De nuevo una pregunta inesperada.

El asunto de mi arritmia desemboca en un diagnóstico de embarazo de alto riesgo. No se supone que vaya a necesitar una cesárea, pero el antecedente clínico es suficiente para que el seguimiento de la gestación y el parto se planeen en el Instituto Nacional de Perinatología, un hospital público de alta especialidad.

No me siento en peligro, los médicos tampoco indican que haga o deje de hacer algo en particular y puedo nadar hasta el octavo mes, que es cuando el bebé empieza a encajar algo que parece rodilla o codo en cuanto me siente ingravida en el agua, es incómodo y dejo la alberca.

El parto ocurre sin ningún contratiempo, solo que mi hijo no llora al nacer. Eso es suficiente para que lo retengan en observación, en lugar de entregármelo como hacen con las otras madres a las que instan a iniciar de inmediato la lactancia. Yo paso esa primera noche en una habitación colectiva con mujeres que ya están amamantando o esperan una cesárea programada. A la mañana siguiente viene una enfermera a dejarme a mi bebé. Volvemos a estar juntos, después de meses en que fuimos una sola persona. Atestiguo el milagro, lo huelo, reviso su cuerpecito, cada fina arruga de su rostro, las manos de dedos largos, el abundante y desordenado cabello negro. Y esa serenidad que aún hoy le acompaña, ¿por eso no lloró?

Los protocolos del hospital impiden llevar ropa para los recién nacidos, supongo que los visten con prendas desinfectadas porque me doy cuenta de que le irritan, tiene sarpullido en el cuello y en la espalda. Es como yo.

La enfermera dice sonriendo que además de besos mi niño también necesita leche materna, en seguida se refiere a algo que yo ya había leído sobre la importancia del calostro y añade con tono mecánico un par de recomendaciones sobre cómo acercármelo para alimentarlo, me ve asentir, y se va.

Poco después, en la hora de las visitas, el padre de Marcelo me encuentra frustrada y a punto de llorar después de varios intentos por hacer que la boquita del niño atrape el pezón. Simplemente no parece interesado.

—Ya sé, no me digas, seguramente él encontró la manera de que Marcelo se prendara y empezara a mamar su lechita —completa Elia, que conoce muy bien al papá de mi hijo.

Se envuelve en su rebozo y la veo pequeña. «¿A quién saliste?», me preguntaban con incredulidad cuando mi estatura rebasó la de mis padres.

Elia y yo también fuimos una sola persona.

Elia

Cómo dejar de consumirnos, de devorarnos, de considerar que cada recuerdo, cada cosa dicha y no dicha, cada estropicio improbable, fatídico, se debió a nosotras y nuestra impericia para vivir y mantener vivos a quienes amamos.

Propongo declararnos inocentes a la manera del poeta José Watanabe:

*Fija en tu memoria esa enseñanza del paisaje,
y esta otra:
de cuando acercaste al árbol reseco un fosforito trivial
y ardió demasiado súbito y desmedido
como si fuera de pólvora.
No te culpes, ¡quién iba a calcular tamaño estropicio!
Y acepta: el fuego ya estaba allí,
tenso y contenido bajo la corteza,
esperando tu gesto trivial, tu mataperrada.
Recuerda, pues, ese repentino estrago (su intraducible belleza)
sin arrepentimientos
porque fuiste tú, pero tampoco.
Así
en todo.*



Coetzee dice que los niños nacen en una lengua, la materna, y que la relación emocional que tienen con otras lenguas nunca los hará sentir como en la primera: en casa. Elia aprendió al mismo tiempo la de su madre y la que su padre adquirió y quiso transferirle para ahorrarle un camino que ella, a su vez, también allanó para sus hijos. La voz de Ana le dio mucho más que una lengua para reconocer y reconocerse en el mundo. Además, era alimento, pertenencia, y llegaba en un fluido que no se parecía a la vida, era la vida.

¿No es hermoso pensar que cuando se habla la lengua de la madre se resiste, no porque se dirija la voz o el pensamiento combativo hacia los que preferirían eliminarnos, sino porque se puede usar la belleza del habla para saludar a un cuerpo celeste? Un acto poético.



Para quién escribo nuestra historia.

Esta memoria anida en células, cauces y ríos que son fluido mitocondrial, calostro mestizo, alimento y ausencia. Chichihualayotl.

Se escribe algo así para que alguien a quien amas sepa quién eres y de dónde vienes.

Pienso en mi hijo. En decirle ven, mira, esto es como abrirnos la piel para ver los afluentes de nuestra sangre. Una lengua es vida indómita, un río de latidos. Esta es tu puntuación ancestral.

Ven. Mira. Escucha. ¿Sientes, como yo, un hormigueo en la lengua?

Elijo y encamino las palabras, caen gota a gota sobre el papel.

Hay ausencia, pero no silencio.

Ven.

Queda algo por contar.

Yeztli.

Huele a sangre.

Mi abuela Ana recibe la noticia de la muerte de mi hermano mientras desgrana maíz en el solar, hincada sobre unos costales viejos.

Durante el día ha sentido en las piernas el nervio del presentimiento, algo que no la deja terminar su tarea en paz. La operadora del único teléfono público del pueblo recibe una llamada, el mensaje entra por su oído en castellano y al llegar a su paladar se transforma en voces del náhuatl, se lo lleva a Ana. Las palabras caen sobre su regazo como monedas de cobre, pesadas, sin valor real. Se tapa el rostro para llorar, se restriega la cabeza. De pie, busca los ixcales. Dirige sus pasos hacia el fondo del terreno, donde los

árboles frutales crecen. Corta unas varas tiernas, florecientes, de durazno. Para él, para ponérselas en las manos, para su viaje.

¿Significa algo esa flor, precisamente esa, Elia?

Ladea la cabeza, pensativa.

Se le ocurre algo, aviva su semblante:

«¿Sabes qué? Esas flores no te harían daño. No son flores de muertos».

Se refiere a la *urticaria* que me comenzó en los sepelios.

La morera también da flores, blancas, le digo. En abril.

La mirada del poeta Mokichi abarca el conjunto de hojas comestibles, los gusanos de seda, las floescencias, todo lo que le recuerda a la madre viva. Después sostendrá una antorcha en las manos, será para encender la pira en que ella arderá. Su madre morera.

Flores y fuego.

Aquí también alzo una hoguera para ti, Elia, es para tu memoria. Para alumbrar y también, si quieres, para dejar que se conviertan en ceniza algunos recuerdos. No dejarán de doler, pero sentir que pasan por el fuego será un consuelo.

«Xocoxóchitl, “flor de durazno”», me instruye Elia.

Xocoxóchitl, repito de corrido.

Tal vez he estado esperando que sea ella, precisamente ella, quien me enseñe náhuatl.

«Mi papá decía que el injerto del árbol de durazno solo debe hacerse en primavera».

Dice.

La misma estación en que partió mi hermano, su hijo, nombre de arcángel, el último de un linaje extinto. Un injerto en el viento.

Según los chinos, la del durazno es la flor más perfecta para decir amor.

Digo.

«¿Lo leíste en alguno de tus libros?».

Pregunta.

Contesto que lo leí en Internet.

«Ahí encuentras todo», dice riendo.

También hay un poema, mira, es increíble que lo haya encontrado por pura casualidad en una librería de viejo, aquí tengo la página del libro marcada, la escritora se llama Alda Merini:

*Mas yo quisiera ir hacia ti
pues he descubierto
algo que permanece muy terrenal
en mi corazón:
el corazón de mi madre,
su nacimiento, sus confines, su amor,
todo lo que me enseñó
a comprender,
al mostrarme las flores del durazno
me decía:
niña mía, esta es la imagen
del Señor,
una floración continua,
una floración primaveral,
un almendro en flor.
Esta es la imagen de tu Jesús,
ese a quien tú amas.
Y yo comía aquellas flores
como si fueran las manos de Dios.
Puedo asegurarte que ninguna niña
tuvo tal sed de Dios como yo,
que jamás mujer alguna pudo hacer el amor
con una flor de durazno
sin raíces
que volaban en al aire como una enorme cometa.*

Se queda ensimismada.

«Parece que habla de Dios... pero nomás parece. ¡Sí es cierto que la flor del durazno se come! Ahora que lo pienso, es como el cuerpo de Cristo que te dan en la misa, no sabe a nada, ¡pero tú sabes que es algo comerse una flor!».

Dice.

¿Mis antepasadas conocen el significado de la xocoxóchitl en el paso al inframundo? Estoy segura de que sí. Las mujeres que me anteceden hablan con los astros, leen el cielo, cazan sombras, enderezan corazones. Saben, aunque a veces olviden. Tenemos tanto para olvidar.

La orquídea me hace pensar en mi estirpe. Florecen varias en su rama, como una misma experiencia multiplicada. Cada capullo, cada brote, parecen una repetición. No es así. Su singularidad es difícil de asimilar. Lo que circula de una flor a otra, la información de las entrañas, el hambre, el mundo, la lengua, todo persiste en su curso sanguíneo, pero también todo se transforma. No hay río estático. ¿Podría decirse que el alma es parte de lo que se transfiere? Una memoria elástica, voluble, frágil.

En la oscuridad de su vientre mi abuela gestó silencios, los alumbró, los tuvo en su regazo, los amamantó, los dio al mundo. Un tumultuoso silencio habitado por gestos y aspavientos fue la lengua materna de Sara, y para comunicarnos con ella tuvimos que aprenderla y crearla en nuestros cuerpos, nos enseñó a hablarle. Sara también es la orquídea. La espera imposible de que por su tallo ascienda la palabra en flor. Presentir su pulso ascendente, adivinar la otra especie, la lengua extraña que brotará.



Tengo once años y no sé por qué están pasando tantas cosas.

Elia recibe la llamada del hospital del ISSSTE. La requieren con urgencia, por algo de mi hermano internado. Solo ayer, domingo, había regresado de allá, como lo vio estable calculó que le daba tiempo de correr de vuelta a Cuernavaca porque la alacena estaba vacía, mi padre desaparecido y yo sola.

Nunca antes había recibido ese tipo de llamada. No sabía cuándo podría volver o qué tan grave era el motivo por el que la buscaban, aunque lo intuía. Se comunicó a Hueyapan para que Sara viniera a acompañarme. Una vecina le prestó dinero para el pasaje. El autobús la recogió en la calle, los choferes ya la conocían y por eso le permitían abordar fuera de la terminal, la habían llevado con el hijo y sin él, a veces de visita, como ahora, suponían. Sintió eterno el trayecto a su destino desolado.

Y llegó tarde. No por la hora. No era cuestión de tiempo, ese tiempo. Era tarde en la pequeña vida de mi hermano. Él, un lugar donde el crepúsculo se fijaba. Agotado con nueve años, la flamita se extinguió y no hubo nadie con él.

Era para siempre tarde.

En el Hospital 20 de Noviembre de la Ciudad de México, el lunes 9 de abril de 1984, una enfermera la recibió así:

–Su hijo ya acabó. No vaya a gritar, aquí hay más niños y los puede asustar. Palabras inolvidables en su miseria.

Habían vendado su cuerpo, que palpó con amor y desesperación. Aún se sentía tibio. Unos minutos tarde era para siempre tarde, en el alma, en la vida. La mirada se volvía y permanecía doliente.

Tu voz, Elia.

–Y yo me quería morir también.

Localizaron a mi padre y él se ocupó de los trámites para el traslado del cuerpo de Gabriel desde el hospital. Tuvo que pasar una noche entera a su lado. Lo persigue, a mi padre, esa noche.

Vuelves a casa y se ve que no querías hacerlo.

Elia, ¿se terminaron las vueltas a Ciudad de México?

¿De veras ya no te vas a ir?

¿Puedo dormir contigo cuando nos quedemos solas, cuando papá no aparezca?

Regresas del hospital sin ellos.

Es casi la hora de ir a la cama. Sara me sirve un vaso de leche que vuelco sobre la mesa en mi carrera para recibirte. Un abrazo rápido y busco detrás, hacia la calle, a ver si vienen los rezagados. Una estela triste, nada, nadie te sigue. Mi tía entiende todo antes que yo. Quietas, nos quedamos una frente a la otra. Por primera vez no movemos las manos para comprendernos, ni siquiera intentaremos decirlo. No hace falta. Hasta ese momento llega a mi cuerpo la sensación del abrazo apresurado que te di, fue como estrechar un tronco seco.

Después me enteraré de que papá ya no iba al hospital. También falta en casa. Nos deja solas. Descubro que una persona puede desertar, inventarse otra vida. E incluso volver.

Siento algo parecido al día en que te escuché hablar en náhuatl por primera vez: que una desconocida está frente a mí.

Un retorno de brazos desiertos.

Una orfandad, una lejanía.

Tienes el rostro enrojecido, finas capas de piel se desprenden. Es como si hubieras permanecido bajo el sol mucho tiempo, olvidada. Me arrodillo en el suelo junto al sillón donde te dejas caer, y al principio solo te miro. Quiero reconocerte. No me importa que tú no seas tú, que te hayas ido para siempre, y me abrazo a tus piernas. Te desenredo las manos que aprietas bien fuerte sobre las rodillas. Estás delgada, tensa. No lloras. Esa sal te ha lavado muchas veces las mejillas.

Con los ojos cerrados comienzas a hablar en voz muy baja. Sé que no te diriges a mí, me acuerdo de aquella ceremonia en el templo evangélico donde la gente comenzó a pronunciarse en lenguas que manaban de sus almas exaltadas. Tú no inventabas una lengua, esta constituía cada átomo en ti. No sé qué estás diciendo, me concentro, te escucho, te acompaño. Vas alzando la voz y salen redondas las palabras, se atropellan, es una historia larga y profunda, la de una herida mortal. Puedo sentir, aunque no entienda lo que dices. Me creaste ajena y no a tu imagen y semejanza. Soy la hija no hablante del idioma de mis ancestras.

Pasarán años antes de que pueda escribir estas páginas, pero existen desde entonces. Larvas de tu voz. Dicho todo en náhuatl. Tu lengua de dolor.

La desposesión, dejar de tener al hijo. Me miras como a una extraña. Para sobrevivir a esto, aprendo, si es que queremos sobrevivir, debemos dejar de sentir amor. Amar es salir de uno mismo. Sobrevivir requiere concentración, egoísmo, encierro, olvido de los otros.

Los años pasarán, y no sé bien cuándo vuelves a quererme. Un día bajas la guardia y haces lo que todos: aceptas que estás viva.



Velamos a mi hermano en la sala de la casa.

La muerte, cómo ensancha los espacios. De dónde viene tanta gente y de qué forma encuentran acomodo unas y otros, las cosas, las flores, tantas flores, todas blancas. Personas, comida, y un féretro en el centro de ese departamento de interés social.

Escribí que no sabía que la muerte podía ocurrirle a los niños. Me olvidé de Lucía. Antes que Gabriel, fue ella. La coloqué en el ático del pasado que se rechaza porque, ¿qué podía hacer con eso?

No sé con exactitud cuándo fue el funeral de Lucía, y me aterra siquiera tratar de recordarlo, pero con seguridad fue *antes* porque debí guardar el secreto. Era la mejor amiga de mi hermano y también estaba enferma de cáncer. Él no debía enterarse de su muerte. Acompañé a papá al sepelio. Insistí en ir, más por estar con él; cómo imaginar siquiera lo que vería. Con razón no quería llevarme, pero con razón me llevó, no sabe estar solo mi padre.

Lucía era muy blanca, a veces se le veían en la frente unas venas azules muy finas. Hubo un tiempo en que llevaba largo el cabello, para su despedida le pusieron un gorrito anaranjado. En su caja se veía muy chiquita, un rostro muy pálido. No podía dejar de mirarla mientras mis manos corrían por mi cuello, mis brazos, el pecho. El aroma de las flores funerarias podía dejarme en carne viva.

Lo que más me impresionó es que Lucía tuviera rellena la nariz con algodón. Y los oídos. Eso era morir. Ya no se respira ni se escucha. Lo que se ha ido no retornará. Se clausuran los conductos.

A mi hermano no le pusieron algodón. ¿O sí? Es la clase de recuerdo que nadie necesita. Lo he enterrado con él. En mi memoria tendrá siempre la expresión de cuando dormía. Quédate así, por favor.

En el velorio de Gabriel alguien dejó en un sillón de la casa *Désirée*, una novela de páginas que amarilleaban, la portada tan rota como la joven narradora: la hija de un comerciante en sedas de Marsella, enamorada locamente de un muchacho ambicioso que empieza su carrera militar y llegará a convertirse en emperador de Francia. La corona está en el arroyo y, cómo resistirse, se inclina a recogerla. Traiciona a su joven novia al casarse con otra y traiciona a la República. Hace venir al Papa a una ceremonia fastuosa en Notre Dame, pero es él mismo quien se corona. Puedo ver cada escena una vez, otra vez, y por eso la pintura que más me gusta de la Enciclopedia de las Bellas Artes es «La coronación de Napoleón», una obra de gran formato en los muros del Louvre. Désirée termina casada con uno de los mariscales del nuevo emperador, un hombre decentísimo que la salva cuando está a punto de saltar al Sena, descorazonada al enterarse de la boda de su exnovio con la hermosa Josefina. Esa historia era justo lo que yo necesitaba para alimentar un imaginario romántico, al hilo de las canciones de Julio Jaramillo. El amor te hará capaz de saltar a un río o no es nada.

No quería enamorarme, quería saberme todas las historias. Me aferré a los libros que sacaba de la biblioteca pública o que mis amigas de la escuela me prestaban para que les contara de qué iban. Mis grandes compañeros, mi defensa personal. Fui la chica rara que iba a las fiestas obligada por sus padres y llevaba un librote. Era mi compensación, mi trinchera. No bailaba ni socializaba, no buscaba novio ni nuevas amigas. Leía. Era mi vida, la más real, la intocable, ahí nada malo podía alcanzarme.

Leer y releer se volvió mi mundo a los once años. Mi duelo, tal vez. Elia volvió a trabajar en la fábrica de material médico, ya sin la ilusión de que esas agujas a las que insertaba una pieza para crear un dispositivo con forma de tubo estrecho y alargado, un catéter, quizás un día sirvieran para salvar la vida de su hijo. Se distraía y cada error era una excoiación que apenas percibía.

Solía pasarme una mano sobre la mejilla, un gesto distraído. La miraba sin parpadear, en realidad la buscaba. Sus ojos, agrisados por una distancia, esa medida de la muerte que ocupaba los espacios entre nosotras, una presencia ineludible, se cebaba sin dejarnos abrazar a la otra. Nos evitábamos. Yo, para alimentar esa distancia, me sumergía en mi novela francesa y otros libros, de mitología griega, la biografía de Lincoln, lo que me encontrara. No sabría decir qué tenían los demás en casa. Su mano en mi rostro, casi un rasguño, Elia llevaba en las yemas de los dedos aquellas heridas mal cicatrizadas.

¿Era una caricia? Daría la vida, hoy también, por ese gesto, un instante que me devolvía la existencia. Podía ser tocada.

Se iba muy temprano a tomar el colectivo que la llevaría a su trabajo en Equipos Médicos Vizcarra. A esa hora, el cielo aún oscuro, la niña que fui dormía. Faltaría una hora para que despertara y se pusiera el uniforme y se hiciera ella misma el desayuno. ¿Mi papá?

Sé, como saben los que han perdido a alguien muy amado, que Elia no se dirigía a la parada del transporte público, más preciso sería decir que se arrastraba. Cada centímetro, una lucha desmesurada. Cada paso, una interrogante: ¿por qué sigues viva? Llegaba aniquilada a esperar el autobús. Una vez allí se acercaba a cualquier desconocida, siempre una mujer, y le contaba:

–Señora, se me murió mi niño –lloraba.

Elia, una mendicante. La necesidad de decir, de darle palabras al duelo. Que la consolaran, quería. Pero cómo, si no existía en este mundo, en

ninguna estación de autobuses, nada que pudiera llevarse esa pena.

La niña, yo, aún dormía.

Gabriel, te arropa una caja blanca. No perteneces allí. No pertenece tu amiga Lucía. Los niños no deben morir. Duermes, estás dormido. No sientes más dolor. Tienes uno de esos sueños de palmeras y agua que corre. Nos va a faltar el mar siempre y no hay nada que quiera escribir para aminorar el tamaño de esa carencia. La honro dejándola intocada.

Xocoxóchitl. Las manos de mi hermano cubiertas de flores, innumerables corazones extraviados en nuestra sangre.

—También leí que, en la fiesta de año nuevo, en Vietnam, se adornan las casas con flores de durazno para ahuyentar los malos espíritus y como un símbolo de fertilidad.

El duelo tras la partida de Gabriel fue largo. Seis años. Y entonces mis padres tuvieron otro hijo y yo tuve otro hermano al que llamaron Daniel.

—Cada florecita en esas varas es la promesa de que nacerán nuevos frutos.

Dice Elia, mi madre.

*Invierno de 2025.
Ocotepéc-Ciudad de México-Oaxaca-Granada.*

AGRADECIMIENTOS

A Clara Obligado, Sylvia Aguilar Zéleny, Yásnaya Elena Aguilar Gil y Bárbara Graham por sus lecturas sabias y generosas.

A Gabriela Cabezón Cámara, por traerme la voz de Caístulo.

A Miguel Tafolla, mi cómplice guardabosques.

A Ileana Arias, gran lexicógrafa.

A Blanca Lozano, Édgar San Juan y Natalia Toledo, mis hospitalarios amigos en Oaxaca; a Maribel Cabrera, en Granada.

A Juan Casamayor, que quiso escuchar estos latidos.

MÁS AGRADECIMIENTOS

- ACKERLEY, J. R., *Mi padre y yo*, Anagrama, Barcelona, 2011.
- AGUILAR, Yásnaya E., ANZALDÚA, Gloria, BAUTISTA, Ruperta, CONTRERAS, Gabriela, *Lo lingüístico es político*, ONA ediciones, Chiapas, 2023.
- ALTUNA Enzunza, Aitzol, «Las leyes contra el euskera y el catalán», *Nabarralde*, 2023.
<https://nabarralde.eus/es/las-leyes-contra-el-euskera-y-el-catalan/>
- APPELFELD, Aharon, CHENG, François, COETZEE, J. M., LAFERRIÈRE, Dany, PINEDA, Irma, SEMPRÚN, Jorge *et al.*, *La lengua es un lugar*, Gris Tormenta, Ciudad de México, 2024.
- BARTHES, Roland, *La cámara lúcida*, Paidós, Barcelona, 1989.
- CARSON, Anne, Nox, New Direction, Nueva York, 2020.
- DAVIES, Maia, «Trump makes English official language of US», *BBC News*, 2025.
<https://www.bbc.com/news/articles/c2kgq5pzpllo>
- DE LUCA, Erri, *En el nombre de la madre*, Siruela, Madrid, 2007.
- DOESBURG, Sebastián van, «Las primeras obras impresas en lenguas indígenas de la Nueva España», *Boletín FAHHO* 33 (nov.-dic. 2019). <https://fahho.mx/las-primeras-obras-impresas-en-lenguas-indigenas-de-la-nueva-espana/>
- ERIBON, Didier, *Vida, vejez y muerte de una mujer del pueblo*, El cuenco de plata, Buenos Aires, 2024.
- ERNAUX, Annie, *Los años*, Cabaret Voltaire, España, 2022.
- FUENTES, Carlos, «Viva Zapata», *The New York Review*, 1969.
<https://www.nybooks.com/articles/1969/03/13/viva-zapata/>
- GHISO, Reynaldo y ALESSIO, Enrique Carmelo (comp.), «Te odio y te quiero».
- GLÜCK, Louise, *Ararat*, Visor, España, 2021.
- GORNICK, Vivian, *Apegos feroces*, Sexto Piso, Madrid, 2016.
_____, *Mirarse de frente*, Sexto Piso, Madrid, 2021.
- GRAY SEXTON, Linda, *Buscando Mercy Street*, Navona Editorial, España, 2019.
- GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel, *El libro de mis viajes*, Colección Digital, Universidad Autónoma de Nuevo León.
http://cdigital.dgb.uanl.mx/la//1020020250/1020020250_030.pdf
- HALFON, Eduardo, *Saturno*, Gog y Magog, Buenos Aires, 2022.
- HOLIDAY, Billie, *Lady Sings the Blues. Memorias*, Tusquets, Madrid, 2025.

- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), *Encuesta Nacional sobre Discriminación (ENADIS) 2017*, INEGI, México, 2017.
<https://www.inegi.org.mx/programas/enadis/2017/>
- _____, *Encuesta Nacional sobre Discriminación (ENADIS) 2022*, INEGI, México, 2022.
<https://www.inegi.org.mx/programas/enadis/2022>
- JURESA, José Luis, *La realidad por sorpresa*, Paidós, Argentina, 2024.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista*, UNAM, México, 2022.
- _____, *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista*, UNAM, México, 2024.
- LEWIS, C. S., *Una pena en observación*, Anagrama, Barcelona, 1994.
- LI, Yiyun, *Querida amiga, desde mi vida te escribo a tu vida*, Chai Editora, Buenos Aires, 2024.
- LOWRY, Malcolm, *Bajo el volcán*, Ediciones Era, México, 1964.
- MARGARIT, Joan, *Todos los poemas (1917-1970)*, de Edicions 77, Austral, Barcelona, 2020.
- MERINI, Alda, *Me aniquila*, Penguin Random House, Nueva York, 2025.
- MIYAWATL, Ateri, *Kalpan*, Originaria, Morelia, Michoacán, 2025.
- MOKICHI, Saito, *Shinitamau Haba, muere mi madre*, Verdehalago, México, 1995.
- MONTALBETTI, Mario, *El lenguaje del poema*, Gris Tormenta, México, 2024.
- MONTEMAYOR, Carlos, «Realmente había indios en América», en *Los pueblos indios de México*, Temas de Hoy/Planeta, México, 2000. pp. 23-28.
<https://www.uam.mx/difusion/revista/sep2000/montemayor.html>
- MORÁBITO, Fabio, *El idioma materno*, Sexto Piso, México, 2014.
- MORRISON, Toni, *La fuente de la autoestima*, Lumen, Madrid, 2021.
- O'FARRELL, Maggie, *Sigo aquí*, Libros del Asteroide, Madrid, 2019.
- OLDS, Sharon, *Los muertos y los vivos*, Bartleby Editores, Madrid, 2006.
- QUIGNARD, Pascal, *El nombre en la punta de la lengua*, Interzona, Buenos Aires, 2022.
- RILEY, Denise, «Coro de Partida», *Periódico de Poesía*, UNAM, México, 2021.
<https://periodicodepoesia.unam.mx/texto/coro-de-partida/>
- SAGASTI, Luis, *Lenguas vivas*, Eterna Cadencia Editora, Buenos Aires, 2023.
- SELINKO, Annemarie, *Désirée*, Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1956.
- Sistema de Información Cultural-Secretaría de Cultura, «Nahuatl, Tlaxcala», *Lenguas indígenas*, Secretaría de Cultura, Gobierno de México, 2025.
https://sic.gob.mx/ficha.php?table=inali_li&table_id=5
- TEILLIER, Jorge, *Crónicas del forastero*, Colihue, Santiago, 1999.
- VUONG, Ocean, *En la Tierra somos fugazmente grandiosos*, Anagrama, Barcelona, 2020.

WATANABE, José, *Poesía completa*, Pre-textos, Madrid, 2013.

Table of Contents

Portada
Créditos
Nota de la autora
Citas
Dedicatoria
I - Di la verdad
II - Una vida en otra
III - El lenguaje es amparo materno
IV - Xocoxóchitl
Agradecimientos
Más agradecimientos